

Razón 1: hacerse llamar El Príncipe

Siempre hay un hombre especial en todas las historias románticas: es guapo, inteligente, gracioso, sexy y te hace sentir como nadie te había hecho sentir jamás.

Christian King no era ese hombre.

Christian King se hacía llamar «Prince», porque siempre decía:

—El señor King es mi padre —antes de echarse a reír.

Y, por supuesto, todos se reían con él.

Nunca entendí esa magia con la que parecía hipnotizar a todos los demás, porque conmigo estaba claro que no funcionaba. Quizá fuera su atractivo de surfista californiano, o su actitud divertida y sociable, o su acento americano, o su infalible sonrisa; pero todos caían rendidos ante él como un grupo de borregos en dirección al matadero.

A nadie parecía importarle que en realidad solo fuera un alcohólico y un baboso incapaz de controlarse ni mantener la polla metida dentro de los pantalones.

Solo a mí; y esa era una razón más que suficiente para no acercarme jamás a él.

Razón 2: tener mala fama

Cuando me mudé a Birmingham para aceptar mi plaza como policía de la Scotland Yard, tenía algunos planes en mente. Cambiar de ciudad, dejar Londres atrás, tener al fin un sueldo estable sobre el que construir un futuro... en resumen: empezar a pensar a lo grande.

Empezar «Tu Nueva Vida».

Así que lo primero que hice fue buscarme un buen apartamento de soltero —con mucha luz, en una calle tranquila y sin muebles—, e irme a IKEA de compras. Lo siguiente que hice fue ir a trabajar y aprender lo máximo posible de mi nueva ciudad y mis tareas como policía.

No pasó ni un mes antes de que oyera hablar de «Prince», el bombero de West Midlands Fire Service.

—Has tenido suerte, chico. Has llegado justo a tiempo para la fiesta anual —me dijo el agente Patrick Johnson, mi nuevo compañero de recorrido.

Noventa y ocho kilos de adicción al café, charla ligera y sonrisas.

—Contratamos un pub para toda la noche y acabamos tan borrachos que no sabemos ni volver a casa. También vienen los chicos del Parque de Bomberos, son terribles —y se rio tanto que puso a prueba los botones ya demasiado tensos de su camisa—. Sobre todo ese Prince. Está completamente loco.

Y ahí estaba, «ese tal Prince», del cual volví a oír hablar dos semanas después; en esa ocasión de labios de la agente Sarah Smith, siempre sentada en su mesa de la comisaría, buscando cualquier excusa para distraerse del aburrido papeleo que debíamos rellenar tras cada detención.

—¿Ya te han hablado de la fiesta, Alfred? —me preguntó, girando la silla y cazándome de camino a mi escritorio.

—Oh, sí, Patrik me lo ha comentado un par de veces —asentí—. Parece muy divertida.

Ella resopló y puso los ojos en blanco, echando atrás su cabeza.

—Son viejos borrachos hablando de antiguas batallitas —me aseguró antes de señalarme con el bolígrafo—. Lo bueno viene después, cuando los jóvenes nos vamos a pasarlo bien de verdad.

No quería destruir mi incipiente amistad con Sarah, una de las pocas compañeras de trabajo que estaba tan fuera del armario como yo; así que me ahorré el comentario: «¿Qué piensa tu mujer de que todavía te consideres “joven” con cuarenta y tres años y dos hijas?».

—No me digas...

—Sí —afirmó ella, acercándose y echando una rápida ojeada alrededor como si temiera que «los viejos» nos oyeran—. Normalmente vamos a locales con mejor música y mejores bebidas. Prince siempre nos sorprende —y se encogió de hombros antes de recostarse en la silla de nuevo—. A ver a dónde nos lleva este año.

—¿Quién es Prince? —pregunté, frunciendo ligeramente el ceño, porque, siendo sinceros, ya empezaba a picarme la curiosidad.

—Ah, es uno de los bomberos.

Entonces supe que algo iba mal cuando la sonrisa de Sarah se afiló, destacando sus ya visibles arrugas en las comisuras de la boca.

—¿Por qué?, ¿te lo quieres follar? —preguntó en un tono y de una forma que me recordaron al instante que Sarah había nacido en una zona de clase media baja en Liverpool.

—No —respondí—. Ni siquiera le conozco.

—Es muy guapo, rubio americano, cuerpo de bombero... —comenzó a decir ella como si estuviera aburrida de repetirlo constantemente, o aburrida de que todos le preguntaran por él—. La clase de hombre con el que pasas un buen rato y ya está.

—No me gustan esa clase de hombres —le dije antes de señalarle el papeleo entre mis manos y recordarle que tenía trabajo que hacer—. Nos vemos, Sarah.

—Serías el único gay de Inglaterra que no querría follar con él, Alfred —exclamó a mis espaldas con un tono tan alto como divertido, porque a ella le encantaba recordar a todos que en la Scotland Yard también había maricones y bolleras.

—Pues que pena —respondí igual de alto, volviendo a despedirme.

Razón 3: ser un cerdo

Lo mío nunca habían sido los rollos rápidos, ni los líos de una noche, ni los encuentros a oscuras. Nunca me habían gustado y nunca lo harían. Tampoco es que necesitara pasarme años conociendo a un chico para acostarme con él; pero había un termino medio entre ambos mundos. Un punto exacto en el que yo me encontraba cómodo y dispuesto a intimar con alguien.

Christian King era todo lo contrario: una mecha corta que se consumía al instante, una estrella fugaz que te perdías si parpadeabas, un gilipollas que coleccionaba ligues y tachaba nombres de una lista. Al menos, eso me dijo Fred Cold, de tráfico.

—Te daré un consejo, Alf: ni se te ocurra enamorarte de ese subnormal.

Fred hacía dos cosas que odiaba: fumar como una chimenea y llamarme «Alf», pero, al igual que Sarah, me había ayudado en todo lo posible nada más verme perdido y solo en uno de los pubs gays de Birmingham. Aunque temía que las intenciones de Fred tuviera una motivación mucho más oscura que el mero echo de apoyarnos entre la comunidad LGTB+.

—Sarah ya me dijo que era uno de esos chicos de una noche —respondí, llevándome a los labios mi pinta negra.

—Sí... bueno —Fred puso cara de asco y soltó una voluta de humo al frente—. Digamos que es peor que eso: es de los que no dejan las cosas claras y después te dan largas o desaparecen sin más.

—Ah —lo entendí al momento—. ¿Te dejó tirado?

—No, no —Fred se rio y me dedicó una mirada de «¿en serio has creído eso?»—. A mí nunca me ha propuesto nada, no soy su tipo.

Supe que había dejado un leve silencio en ese punto con una intención muy clara: ver mi reacción. Si le decía algo como «pues no sé por qué», o «él se lo pierde», Fred sabría que me gustaba.

—Vaya —murmuré.

Neutro, calmado, ni bueno ni malo, pero más malo que bueno porque aunque el agente de tráfico fuera un encanto, tampoco era mi tipo.

—Ya... —dijo él rápidamente, aspirando aire por entre los dientes antes de llevarse el pitillo de vuelta a los labios—. Pero varios de mis amigos y conocidos sí han caído en la trampa y a todos les ha pasado lo mismo: Prince es maravilloso y perfecto hasta que les baja los pantalones y se la mete —dejó otro breve silencio para comprobar si esa idea me horrorizaba tanto como a él. Cuando asentí con mueca de entendimiento, continuó—: ¿Sabes lo peor, Alf? Que cuando se lo vuelven a encontrar, el cabrón les saluda y les sonríe como si no hubiera pasado nada.

—Así que es de esos —asentí.

—Sí —me aseguró, echando la colilla del pitillo hacia la carretera repleta de charcos antes de volverse hacia mí—. Así que si esta noche se acerca a ti, que sepas que lo único que quiere es una mamada en los baños y tachar tu nombre de la lista.

Arqueeé las cejas y parpadeé. Una forma un poco dura de decirlo, sin duda, pero creía que Fred estaba muy preocupado por mí: por un lado, para que no cayera en la trampa; y por otro, para que no le decepcionara al comprobar que yo también era un chico guapo que perdía las bragas por El Príncipe.

—Estaré atento —le aseguré, levantando mi pinta antes de señalarle el pub con la cabeza.

Razón 4: querer ser siempre el centro de atención

Cuando Christian King entraba en un lugar, todos se giraban a mirarle. No porque tuviera algún tipo de aura magnética, sino porque siempre lo hacía de la forma más ruidosa y llamativa posible.

—¡Aquí llega la caballería! —fue lo que se oyó rugir por encima de la música.

Cuando me giré, lo primero que vi fue un cono de tráfico moviéndose entre la multitud que llenaba el bar, abriéndose paso en dirección a la barra. Ese inesperado sombrero causó toda clase de respuestas: tanto buenas como malas, pero, sin duda, no dejó a nadie indiferente.

Objetivo conseguido: que todos te miren y hablen de ti.

Fred ya se estaba quejando en nuestra mesa, llamándole «ridículo» e «inmaduro». Por el contrario, a Sarah Smith y a su mujer, Lola, les había parecido muy divertido. Yo estaba demasiado ocupado intentando discernir algo del famoso Christian King entre la muchedumbre que ya se había acercado al recién llegado grupo de bomberos.

En aquel momento tenía una profunda curiosidad por verle, por comprobar cómo era el famoso Christian King, tanto que, tras un par de minutos, pregunté:

—¿Alguien quiere otra pinta? Voy a ir a pedir a la barra.

Lola asintió y se bajó casi la mitad de su cerveza de un par de tragos, Sarah la miró todo el proceso y después la llamó «puta borracha», a lo que su mujer respondió con una sonrisa y el centro corazón alzado en su cara.

Fui caminando tranquilamente a la barra y me apoyé en el extremo contrario donde el grupo de bomberos hablaba a gritos, se reía o charlaba con algunos policías. Era el lugar perfecto para esperar a la camarera y verles de frente, sobre todo al hombre con el ridículo cono de tráfico sobre la cabeza. El centro de toda la acción.

Christian King.

Y era... la verdad, no era para nada lo que me había imaginado.

Cuando te hablan de un «rubiazco americano de sonrisa irresistible», piensas en alguien como Bratt Pitt, Chris Pratt o Trevor Donovan; pero jamás te imaginas a alguien como Christian King. No es que fuera feo, en absoluto. De hecho, era muy atractivo, pero de una forma extraña.

Para empezar, tenía los ojos pequeños y muy almendrados, tanto que casi te llegabas a preguntabas si tendría algún tipo de ascendencia inuit o esquimal. Pómulos altos, labios gruesos y rosados, mandíbula ancha y barba pajiza. Resultó que no era rubio del todo, sino más bien de un marrón muy claro con destellos dorados. Al menos, el poco pelo que se le podía ver bajo el cono de tráfico que llevaba sobre la cabeza.

Del cuello para abajo, sí, era completamente lo que me había imaginado: un metro ochenta y muchos de bombero adicto al gimnasio que tonteaba con las cabinas de bronceado, los locales de tatuajes y los anabolizantes.

Y esa famosa «sonrisa perfecta», eran carillas dentales.

Lo supe en el instante en el que nuestras miradas se cruzaron de esquina a esquina de la barra y me sonrió. Una mirada que duró apenas un instante antes de que yo la apartara y me quedara a la espera de que la camarera me entregara las pintas que le había pedido.

Razón 5: ser ridículo

Para mí, una mirada no significaba nada.

Las novelas y películas exageran hasta el límite la importancia de un instante que, por muchas razones, podía ser completamente casual. Por ejemplo, yo me quedaba mirando muchas veces al vacío y coincidía que, en ocasiones, me encontraba con los ojos de un desconocido. Que la otra persona se creyera que había sido un vistazo intencionado y que estaba interesado en él, era solo culpa suya, porque yo solo estaba repasando la compra mentalmente o dudando en si volver al IKEA a por más estanterías.

Christian King era una de esas personas que malinterpretaban las miradas.

—¡Vaya, tú debes ser el nuevo! ¡El chico de Patrick!

Su voz grave, su acento americano, su sombrero de cono de tráfico y su sonrisa blanca me asaltaron por sorpresa nada más salir del baño. Así que me quedé helado, mirándole allí, parado en el pequeño pasillo del pub, repleto de viejos anuncios de cerveza inglesa y la luz fluorescente del enorme letrero de neón que señalaba los aseos.

—Emh, sí, soy yo —dije al fin.

—Yo soy Christian King —se presentó, ofreciéndome una mano a forma de saludo—, pero todos me llaman Prince porque el señor King es mi padre —sonrió más.

Mi cara: un ladrillo.

Mi humor: inexistente.

—Lo sé —asentí, aceptando el apretón de manos pero evitando alargarlo más de lo estrictamente necesario—. Alfred Whitechapel, encantado.

Christian puso entonces una expresión de ceño fruncido y entrecerró los ojos de tal forma que casi ni se veían sus pupilas. Con una sonrisa todavía en los labios, me miró de arriba abajo y me dijo:

—Joder, eres muy guapo.

Yo era guapo, pero no tanto como para resaltarlo de esa forma o parecer sorprendido por ello, así que Christian solo estaba sacando a relucir sus cutres armas de seducción; como asaltarte borracho en la puerta de los baños y hablar sin parar.

—O sea, ya me habían dicho que eras muy guapo, pero no me había imaginado que fuera verdad —se rio—. Eres muy inglés, pero bien, ¿sabes? Como esos que salen en las películas y series de la BBC, pero que, después, cuando llegas a Inglaterra, no te encuentras por ninguna parte.

Volvió a reírse mientras colocaba una mano en el marco de la puerta de los baños y se llevaba la otra a la cabeza para equilibrar el cono de tráfico. Cuanto más sonreía, más achinados eran sus ojos de un azul oscuro.

—Oye, Alf, los chicos y...

—No me llames Alf —le corté al segundo—. Lo odio.

Christian se detuvo un momento con los labios entreabiertos, arqueó las cejas y soltó un bajo «disculpa», antes de continuar:

—Los chicos y yo vamos a ir a un local del Gay Village a seguir con la fiesta. Está genial, es nuevo y tiene unas copas y una música increíble, ¿te apuntas?

Dudé en qué responder, porque sí que quería ir pero no que Christian se creyera que lo hacía porque él me había invitado.

—Preguntaré al grupo, a ver si quieren —delegando decisiones, un movimiento maestro, siempre seguro y neutro.

—¡Genial! —lo celebró, volviendo a sonreír—. ¿Con quién estás?

—Sarah, su mujer Lola, Fred, Carl y Vicky.

—¡Oh, entonces seguro que se apuntan! —exclamó de nuevo, dando un golpe sobre el marco de la puerta para reafirmar sus palabras y separarse al fin.

Entonces hizo su siguiente movimiento: volvió a fruncir el ceño, ladeó el rostro hasta que el cono casi se le llegó a caer y, apuntándome con el dedo, preguntó:

—No tendrás pareja, ¿verdad? O algún tipo de relación monógama.

Ojalá hubiera podido decir que sí.

—No, no tengo pareja.

Eso le hizo volver a sonreír, pero en esa ocasión con cierto rastro de deleite.

—Yo tampoco...

—Vaya, cuantas cosas tenemos en común —murmuré sin cambiar ni un instante mi expresión seria mientras retomaba mi camino en dirección al pub.

—Justo eso estaba pensando —respondió, acompañándome de cerca mientras se reía—. Ambos trabajamos para servir al público y ambos somos de fuera de Birmingham. Dime, ¿qué te hizo elegir esta ciudad? No —se respondió a sí mismo, poniendo una mano en mi hombro y usando la otra para señalar la barra del bar—. Déjame invitarte a una copa y me lo cuentas allí.

Mi primera reacción fue mirar su mano en mi hombro y, la segunda, responder:

—No, gracias.

No me gustaban los desconocidos que te tocaban como si ya fuerais amigos nada más conoceros. Quizá yo sí fuera demasiado «inglés» en ese sentido.

—Vamos, Freddy —insistió, probando otro estúpido pseudónimo con el que alimentar esa falsa y artificial idea de cercanía e intimidad—. Es una noche para beber y pasarlo bien. Apenas le has dado dos tragos a esa pinta que te has pedido antes.

—Que atento has estado —respondí.

—Bueno... —Christian movió la cabeza a un lado y se hizo un poco el tonto. Iba a decir algo más, pero entonces se le cayó el cono de la cabeza y se agachó a recogerlo del suelo.

Cuando se lo volvió a colocar sobre el pelo revuelto, me miró y se lo señaló con el dedo.

—Es para que no me pierda —me dijo—. Los chicos siempre se quejan de que desaparezco y nunca pueden encontrarme, así que me lo he puesto para que siempre sepan dónde estoy. Lo encontramos a un lado del camino hacia aquí después de beber un par de rondas en un pub cercano al parque de bomberos.

Me lo había contado como si se tratara de toda una emocionante anécdota o algo curioso y divertido de lo que reírse; pero a mí me pareció estúpido y ridículo.

—Ya, qué bien —asentí, echando una ojeada a mi mesa a un lado del local—. Oye, creo que debería volver con mis compañeros.

Todos en la mesa nos estaban mirando, especialmente Fred y Sarah, la cual tuvo la delicadeza de señalarnos y, borracha como estaba, empezar a hacer sórdidos gestos sexuales; como si estuviera segura de que Christian King y yo íbamos a terminar follando.

Por desgracia, él siguió mi mirada y también lo vio, algo que le hizo reírse de una forma escandalosa.

—No parece que les importe que nos conozcamos un poco mejor —me dijo, volviendo a señalarme la barra del bar—. Ya no tienes excusa para no tomarte una copa conmigo.

—De hecho, no necesito excusas —respondí, volviendo a mirarle—. Pareces muy agradable, Christian, pero no me apetece tomarme una copa contigo esta noche.

Lo dije en serio, pero traté de suavizar mi tono y mi expresión lo máximo posible para no sonar como un gilipollas cruel. La verdad era que, en el fondo, Christian King no me había parecido alguien desagradable, ni alguien que se mereciera la versión más fría, seca y cortante de mí mismo. Era ridículo y se notaba demasiado lo mucho que se esforzaba por dar espectáculo, como si siguiera siendo alguna clase de universitario borracho y sediento de nuevas anécdotas que contar a los demás; pero quitando eso, de tú a tú, no había hecho ni dicho nada que me hubiera asqueado realmente.

Aparte de llamarme Alf, claro.

—Oh, bueno, en otra ocasión entonces —respondió, perdiendo gran parte de la sonrisa para limitarse a levantar la comisura de los labios.

—Claro, en otra ocasión —asentí, participando en esa falsa promesa que, ambos sabíamos, nunca se haría realidad.

Christian King se despidió colocando una mano en el base del cono de tráfico y agachando la cabeza como si fuera un sombrero de verdad y él un caballero de perfectos modales.

Aunque me doliera en las entrañas, eso consiguió arrancar una ligera sonrisa de mis labios fríos, secos y muertos.

—Señor Whitechapel —añadió en fingido y terrible acento británico.

Con un profundo asentimiento, mi peor imitación del acento americano y la mano en el pecho, respondí:

—Señor King.

—Oh, vamos, yo soy de California, no de Texas —se quejó con una sonrisa y una ceja arqueada, como si no quisiera parecer ofendido, pero lo estuviera.

—Claro... —murmuré, moviendo las manos para fingir que estaba surfeando mientras me alejaba de él—. Adiós, compi...

—Eso no... —dijo él, pero se detuvo y, con una gran sonrisa y un brillo divertido en los ojos, levantó su dedo central para dedicarme un cuerno y un muy americano —: «*Fuck you*».

A lo que yo respondí con el mismo gesto y un muy británico:

—«*Fuck off*...»

Su risa escandalosa y grave me acompañó todo el camino hacia la mesa, donde los demás esperaban impacientes a que les contara lo sucedido.

Un historia muy breve, la verdad: Christian King no me caía mal, pero no me interesaba lo más mínimo.

Razón 6: ser un borracho

Después de todo lo que había oído de él, de su fama y la clase de relaciones que buscaba, me había hecho una idea muy clara de Christian King. Una idea que había influido profundamente en mi actitud hacia él desde el segundo uno. Nada más verle había estado a la defensiva y me había negado a seguirle el juego.

Y casi hubiera deseado poder odiarle, pero yo no era esa clase de persona cegada o incapaz de ver más allá. Christian era un *fuck boy* de manual, sí, pero empezaba a creer que esa horrible fama que le seguía como una sombra se debía más bien a las malas lenguas de hombres despechados o con el corazón roto.

Como uno de los mejores amigos de Fred, William Bullock, al cual nos encontramos en el Gay Village junto a su novio Paul.

—Quedamos dos veces y dejó de responder a mis mensajes —me dijo mientras miraba al otro lado del local abierto.

Allí donde el famoso Prince seguía con su cono de tráfico en la cabeza, siendo el centro de atención, perreando en la tarima y dejando que un joven le levantara la camisa para enseñar los marcados abdominales.

—Me dijo que estaba ocupado y después me lo encontré de fiesta y comiéndole la boca a otro —concluyó antes de beber uno de los chupitos de la mesa y mirarme—. Ni siquiera folla tan bien, y no la tiene tan grande.

Arqueé ambas cejas y asentí a aquella información que ni había pedido ni me interesaba conocer.

—Yo ni siquiera lo intenté —añadió el novio de William, Paul, sentado justo a su lado, con una mano alrededor de sus hombros y la otra alrededor de un cóctel—. Prince es solo activo, como yo, así que no iba a ser divertido. ¿Y qué me dices de ti, Alfred?

—¿Qué te digo de qué? —pregunté.

Paul fue a beber un trago del cóctel, pero arqueó sus cejas rubias por el camino y no dejó de mirarme al preguntar:

—¿Te va más arriba o abajo?

Fred me había comentado que tenían una relación abierta, y me parecía genial; pero no estaba seguro de hasta que punto era sano que William todavía se sintiera dolido y traicionado por el rechazo de Christian; o que Paul tratara de ligar conmigo de forma tan descarada delante de su pareja.

—Lo que le va a Alf es la monogamia, Paul —respondió Fred por mí, volviendo con nuestras bebidas y las veinte libras que le había dado para pagarlas.

Cuando me iba a quejar al respecto, alzó una mano y negó con la cabeza. Ya era la segunda vez que me invitaba aquella noche y eso no me hacía ninguna gracia.

—Eso es maravilloso —asintió Paul antes de dejar el cóctel a un lado e inclinarse sobre la mesa alta. Era un hombre atractivo, con ese encanto inglés de barba, mejillas rosadas y ligera barriga cervecera por encima de sus músculos del gym al que iba cinco veces por semana.

—Pero eso no quiere decir que no se pueda divertirse estando soltero, ¿a qué no, Alf? —me guiñó un ojo.

Por suerte no tuve que responder, ya que unos gritos y abucheos llegaron en oleadas desde el extremo del local. En lo alto de la tarima había un Christian King ya con la camiseta levantada, mostrando su escultural cuerpo de piel morena y músculos marcados. Al parecer, el insistente joven y compañero de baile había conseguido convencerle para echarse cerveza por el pecho y después se había agachado para lamerla y beber los regueros que recorrían sus abdominales. Por supuesto, esa clase de espectáculo rozaba una línea peligrosa y el dueño había intervenido al momento, obligándoles a parar y salir de allí.

Aquel local era gay, pero no era «uno de esos locales gays» en los que todo estaba permitido; lo que produjo una gran queja entre el numeroso público que se había reunido alrededor, algunos con el móvil en alto para grabarlo todo.

—Siempre dando el puto espectáculo —farfulló Fred a mi lado mientras negaba con la cabeza e iba en busca de su décimo cigarro de la noche—. No entiendo como no le echan del parque de bomberos.

—No pueden —respondí yo—. Lo que haga o no haga en su tiempo libre, es solo cosa suya.

—¡Pero esto es una vergüenza! —insistió, señalando al fondo. A un Prince que se despedía de su público y se encogía de hombros como si él no tuviera la culpa de tener que parar el show—. ¿Qué va a pensar la gente sobre el departamento de bomberos de la ciudad?

—Pues pensará lo de siempre, Fred —respondió Paul—. Que estás jodidamente buenos y que este año hagan el calendario con incluso menos ropa puesta.

—Son un cuerpo público del Estado.

—Uff... ojalá fueran un cuerpo público —resopló él, echando una mirada de arriba abajo a Christian—. ¡Dios salve América! —terminó exclamando mientras alzaba el cóctel.

Aquella broma me hizo gracia, pero por respeto a Fred, no me reí. El agente de tráfico tenía razón: nosotros teníamos que dar una imagen correcta y limpia porque éramos fuerzas del Estado. Por el contrario, no dejaba de ser un trabajo y, una vez fuera, nadie podía decirte nada ni juzgarte por la forma en la que quisieras disfrutar tu vida privada.

—Siempre que no lo haga con el uniforme o de servicio, no pueden echarle —le recordé.

—Alf —dijo nada más expulsar una apurada voluta de humo al aire—. Somos agentes de policía. Puede que no llevemos siempre el uniforme, ni la placa ni la pistona, pero eso no cambia lo que somos. La gente nos conoce y aceptar el puesto es aceptar la responsabilidad de ser ciudadanos modelo y dar buen ejemplo.

Por primera vez, Paul y yo coincidimos en algo.

—Por Dios, Fred, relaja el culo —le dijo—. No eres el puto Superman, ni una inspiración para los niños. Pones multas a coches mal aparcados y revisas los parquímetros.

—¡Soy un agente de la ley! —exclamó Fred con un tono bastante cortante mientras le señalaba con el dedo—. ¡Formo parte de la Scotland Yard!

¿Era eso cierto? Sí. ¿En la oficina se consideraba al departamento de tráfico tan importante como el del resto...? No, no mucho. La verdad es que había bastantes chistes al respecto porque solo los del departamento de tráfico se consideraban policías de verdad.

—Mirad lo que hace ahora... —nos interrumpió William, quien, al parecer, no se sentía lo suficiente traicionado como para no pasarse la noche mirando a Christian King.

Cuando volvimos el rostro, me encontré con el bombero arrodillado en el suelo a un lado de la barra, con el cono de tráfico en la boca a forma de embudo mientras otro chico vertía toda una jarra de un litro de cerveza. La gente les rodeaba de extremo a extremo y le animaban a seguir bebiendo. Cuando no pudo más, apartó la cabeza y tomó una gran respiración, provocando un grito de celebración que llenó el local abierto y gran parte de la calle.

Entonces, otra persona se puso de rodillas y comenzó a beber.

—Decir lo que queráis, pero siempre es el alma de la fiesta —murmuró Paul antes de llevarse el cóctel a los labios—. Los pubs y locales donde está él son los más divertidos.

Por un momento, fruncí el ceño. Christian ya estaba borracho antes de llegar al pub con nosotros y había seguido bebiendo todo el camino hasta allí. De eso hacía casi dos horas.

—¿Siempre se emborracha tanto? —pregunté.

—Pffff —resopló William—, se pillá unas borracheras de cuidado. A veces termina la noche y ni se puede sostener en pie.

—No importa, siempre hay alguien dispuesto a sostenerle lo que haga falta —se rio Paul—. Tú incluido.

A su novio no le hizo ninguna gracia aquel comentario y apartó el brazo de Paul de sus hombros con un gesto cortante.

—A ti sí que nadie te va a sostener nada esta noche —le aseguró con tono seco.

—Mmh... eso no lo sé —respondió Paul mientras me miraba fijamente.

—No, nadie va a hacerlo —le aseguré con una sonrisa.

Eso le hizo mucha gracia a Fred.

Razón 7: estar demasiado atento al móvil

Hay quien encuentra el amor de forma casual en el trabajo, en la universidad o en la cola del supermercado; y hay quien lo encuentra de forma activa, saliendo de noche y conociendo gente.

La segunda opción suele ser la más común.

Hay quien prefiere ligar de forma analógica, de tú a tú; y hay quien prefiere la comodidad de las apps que se usan en la tranquilidad de tu casa.

Todos quieren la primera opción, pero la vida moderna nos arrastra inevitablemente a la segunda.

Lo que está claro es que el amor no va a venir a buscarte a la puerta de tu casa si tu no pones algo de tu parte para que ocurra.

Por eso, yo no me cerraba a ninguna de las opciones, incluso las que suponían esconder el móvil debajo de la mesa de la cafetería para mirar Tinder y perder la fe en la raza humana. Suena duro pero, sinceramente, era todo un proceso para el que había que estar mentalizado.

Había personas que dedicaban demasiado esfuerzo y otras que dedicaban demasiado poco; había quienes te escribían una biblia dedicada a sus gustos, aficiones y sueños, y quienes no escribían ni su edad; había los que se hacían sesiones de fotos dignas de Vogue y otros que ponían sus dos fotos del móvil más desenfocadas y borrosas.

Yo quería pensar que estaba en un punto medio: descripción breve, un par de aficiones y cinco fotos; todo lo necesario para hacerse una idea clara de mí y valorar la posibilidad de conocerme. Lo único en lo que había dudado era en si poner o no una imagen mía con el uniforme del trabajo. No era estúpido, sabía que ser policía era un plus muy grande, pero me temía que fuera una espada de doble filo. Posiblemente le gustaría a más gente, pero también me convertiría en un fetiche sexual; y yo no estaba allí para ser el fetiche de nadie.

Así que no la puse.

Fue una lluviosa tarde de descanso, en el discreto piso superior de un Starbucks, cuando con un café latte en una mano y el móvil en la otra, deslicé la pantalla para encontrarme con el perfil de Christian King.

Era él en el baño de su casa, sin camisa, el cepillo de dientes en la boca, el pelo revuelto y la toalla anudada a la cintura.

Mi primera reacción fue arquear las cejas y deslizar el dedo hacia la izquierda mientras la señal de «Nope» aparecía en rojo en la pantalla. Entonces me detuve. Ladeé la cabeza y crucé las piernas. La verdad es que estaba increíble. Tenía un cuerpazo y los brazos tatuados, una v perfecta, un pectoral torneado y sin rastro de vello, y esa toalla anudada rápidamente a la cintura... dejaba mucho espacio a la imaginación y el erotismo.

Físicamente, Christian King era todo lo que me gustaba. A mí y, evidentemente, al 90% de los homosexuales de Birmingham.

Eso no era algo que me doliera reconocer, solo algo que me daba cierta... pena.

Pasé la foto y vi la siguiente: él en el gym con camiseta de asas, pantalones muy cortos y dos dedos alzados con el símbolo de paz. La siguiente: él en la playa, sonriente, con gafas de sol, bañador muy corto y un mojito en la mano; la siguiente, él en el trabajo, con el uniforme de bombero y el casco, sonriendo y posando justo antes de subirse al camión —por supuesto, no podía faltar esa—; la siguiente, un pequeño vídeo en bucle, tomando una pinta en un pub con su camiseta ajustada, los brazos cruzados sobre la mesa y la lengua un poco fuera mientras guiñaba uno de sus almendrados ojos a la cámara.

Joder, era muy sexy. Ese fue el pensamiento que asaltó mi mente como una pequeña bomba. Una bomba que me hizo echar atrás la cabeza y tomar aire, recordándome a mí mismo que lo último que necesitaba en aquel momento era caer en la trampa de un borracho ególatra y frívolo.

Con un suspiro volví a mirar la pantalla del móvil y deslicé el dedo para leer lo que el increíble «Prince» se atrevería a decir sobre sí mismo. Lo primero que apareció después de su edad —29 años— fue el mensaje de «En Busca de», seguido de un macabro y salvaje «Relación Seria».

Solté tal «JA» que todos los demás clientes alzaron la mirada de sus portátiles y móviles para mirarme. No me importó, solo continué negando con la cabeza y sonriendo como un pequeño psicópata en mi esquina.

«No se me da nada bien escribir estas cosas, pero aquí va. Soy muy sociable, me gusta salir, viajar, hacer deporte y buscar planes divertidos, ya sea en casa o en la ciudad. Me considero alguien sincero y estoy en busca de la persona que me haga sentir especial».

Christian King estaba tan lleno de mierda que podría abonar toda la comarca de York.

Por un momento estuve sentidísimo a hacer una captura de pantalla y enviársela a Fred, pero lo pensé mejor y descarté la idea. El famoso Prince ya tenía suficientes hombres despechados riéndose de él a sus espaldas y diciendo mierda como para sumarme a ellos. Yo estaba por encima de eso.

A lo que no pude resistirme, sin embargo, fue a mirar su Instagram. El que, sorprendentemente, era privado. Eso no me lo esperaba. Lo que sí me esperaba era su foto de perfil —otra sin camiseta—, y sus más de 100k de seguidores.

Entonces, pasó el desastre. Al volver a la app de ligues, todavía perdido en mis pensamientos, me equivoqué de lado al deslizar, dándome cuenta en el último instante cuando sobre la pantalla apareció un enorme, verdoso y aterrador «LIKE».

Pero ya era tarde.

Sin aire en los pulmones y el corazón en un puño, miré el siguiente perfil el segundo en el que la pantalla se fundió en verde y apareció el mensaje «¡Es un Match!».

—¡Mierda! —exclamé, volviendo a asustar al resto de clientes—. No, no, no... no me jodas... —jadeé, inclinándome sobre la mesa para pasarme la mano por el pelo.

«Dile algo a Prince», me animaba el móvil; pero eso *no iba a pasar*.

«Ey, Fred, ¿tú sabes cómo se deshacen los match estes? O se borran o se cancelan o se quitan o lo que sea, por favor», mandé el mensaje rápidamente.

Después, me puse a investigar por mi cuenta. El problema no era que hubiera sucedido, el problema sería si Christian King se daba cuenta antes de poder deshacer el error. Sería como darle pie a creer que estaba interesado en tener algo con él, y las cosas habían quedado bastante bien entre nosotros después de esa fiesta del mes anterior.

Un rechazo suave, una pequeña broma y una relación amistosa pero neutra. Eso era lo que quería. Entonces, pasó el horror.

«Qué tal, Alfred?! No he vuelto a saber de ti desde la fiesta. Cómo va todo?»

Miré los mensajes en azul y después cerré los ojos antes de dejar caer la cabeza con un golpe seco sobre la mesa.

Razón 8: no entender las indirectas

Algunos errores requieren ingenio y astucia para solucionarse y, aunque simplemente pudieras ignorarlos y dejarlos de lado, no quieres ser esa clase de persona que evita confrontaciones y deja cabos sueltos que puedan volver para atormentarle en el futuro.

«Hola, Christian! Pues bien, de descanso y tomando un café. Qué tal tú?»

«Pues igual, de descanso. Ayer terminé el turno y me fui con los chicos al pub para tomar unas pintas. Al final terminamos a las tantas de la madrugada en el apartamento de Gregor en Westside. Una puta locura! Hahahaha».

—No jodas... —murmuré, porque yo también tenía un loft en esa zona. Algo que jamás le diría.

Dos horas después respondí:

«Vaya, suena muy bien. ¿Gregor era el chico pelirrojo? Me suena de la fiesta»

«No, ese es Will. Gregor es el grandullón calvo. Tiene un apartamento increíble y siempre nos invita a pasar la noche si estamos muy borrachos. Es un chico genial».

«Qué generoso. Yo me lo pensaría dos veces antes de dejar a un grupo de bomberos borrachos dormir en mi casa».

«Hahahaha. No somos tan peligrosos! Tenemos práctica en solucionar desastres. Hahahaha».

Al día siguiente.

«Eso me tranquiliza. Sería un desastre para la ciudad si no los tuvierais»

«Hahaha. Nah, tranqui, nunca pasa nada. El mayor peligro en esos momentos es que me atragante con mi propia saliva mientras duermo la mona en el sofá. Ese sofá y yo hemos pasado por grandes momentos juntos! Hahahah»

«Eso suena a muchas aventuras y noches de pasión. Haha».

«Noooo. Nada así hahaha. Nunca se me ocurriría llevar un ligue a casa de Gregor. Sería muy maleducado. Hablaba más bien de que el sofá me acompañó en muy malos momentos».

«Entonces deberías pedirle que fuera el padrino de tu boda y llevártelo arrastrando por toda la iglesia con una pajarita».

«HAHHAAHAHAHA. Eso sería genial!! Sabes qué? Quizá lo haga!!»

Llegado ese punto, no dije nada. Era la situación perfecta: la conversación no daba pie a más desarrollo y mi más que evidente falta de interés en continuarla, la dejaría estancada y muerta, sepultada en el cementerio del chat junto a las demás conversaciones que había enterrado allí.

Por desgracia, Christian King estaba decidido a resucitarla y convertirla en un muerto viviente; arrastrándose sin cabeza ni sentido de un lado a otro.

«Hola, Alfred! Qué tal hoy? Sales esta noche?», me escribió dos días después después.

Miré el mensaje sobresaliendo por encima de la conversación que mantenía en aquel momento y resoplé. No le respondí al momento, de hecho, tardé unos buenos veinte minutos, pero solo porque no quería ser maleducado.

«Hola, Christian. Pues hoy bien. Creo que saldré con un amigo, pero todavía no estoy seguro».

«Oh, genial! A dónde vais a ir? A algún local del Gay Village? Quizá podamos encontrarnos».

«No, creo que vamos a cenar sushi».

«Me encanta el sushi. Tenéis que ir a Takedoki! Puedes ver como el chef lo cocina y es el mejor de todo Birmingham».

«Pues suena bien, gracias, se lo diré a ver qué le parece».

«Y después no vais a salir a tomar una copa?»

—No me hagas esto, Chris... —murmuré en la soledad de mi salón, negando con la cabeza.

«No lo creo. No le gusta mucho beber».

«No?? Qué clase de inglés es ese amigo tuyo?? Hahahah»

«Pues eso es lo que quiero descubrir. Le conocí hace dos semanas y nos vamos a ver hoy por primera vez. Es enfermero y no tiene un horario demasiado bueno. Gafes del oficio».

«Ahhhh. Es una cita. Pensé que era solo un amigo».

«No, es una cita. Bueno, más o menos. Digamos que es una cena de contacto, el resto ya se verá».

— A ver si así lo pillas, campeón — añadí en voz alta.

«Entiendo haha. Pásalo bien!!»

«Gracias. Tú también»

Con una ligera sonrisa y un suspiro, bloqueé la pantalla y dejé el móvil a un lado para empezar a prepararme. La cena con Josua el enfermero resultó un absoluto desastre, pero al menos creía haber conseguido resolver el «Problema King».

Me equivoqué.

«Qué tal esa cita, Alfred? Triunfaste?», preguntó a la noche siguiente.

Tuve una buena excusa para no responder en varias horas, ya que estaba de guardia nocturna en la comisaría. Algo que suena mucho más emocionante de lo que realmente es, porque un martes noche en Birmingham no es que sucedan los crímenes más espectaculares del mundo. Así que tras pasarme la nueva historia de *Asesinato en Hillhouse*, repasar el Instagram y recorrer kilómetros de Twitter, no me quedó otra cura para el aburrimiento que responder:

«No, la verdad. No conectamos muy bien».

Fue a la media mañana del día siguiente cuando respondió:

«Estuviste de guardia o es que sufres insomnio y miras la app a las cinco de la noche? Hahaha»

«Haha. No, estuve de guardia. Me toca toda esta semana».

«Uff, las noches son lo más duro. Nosotros podemos dormir, pero no creas que es muy relajante hacerlo cuando en cualquier momento puede sonar la sirena y te tienes que levantar corriendo».

«Creo que en el momento en el que decidiste hacerte bombero aceptaste la idea de dormir mal tres noches a la semana. O es que solo lo hiciste por el uniforme y para poder apagar fuegos en el culo de chicos guapos?».

«Hahahaha. Nooo. No me voy a quejar de apagar fuegos en cualquier parte, pero la verdad es que siempre quise ser bombero, desde que era niño. Tú por qué te hiciste policía? Para combatir el crimen o para poder usar las esposas y la porra con los enfermeros? Hahaha».

«Por ambas», respondí con una ligera sonrisa en los labios.

«HAHAHAHA. Woff... la verdad es que debes estar jodidamente sexy con el uniforme ahora que lo pienso. Cómo es que no tienes ninguna foto de esas por aquí?»

La sonrisa se me borró de un plumazo. El comentario había sido más humorístico que sexual, pero había sido culpa mía no haberme dado cuenta antes de que podría dar pie a esa clase de giro en la conversación.

«Seguro que estás aburrido de ver policías y, además, tras cuatro horas sentado en el escritorio, comiendo un tupper recalentado y bebiendo café de máquina, estás de todo menos sexy», *control de daños a máxima potencia* «Y no tengo fotos con el uniforme porque, la verdad, me parecería solo una forma de llamar la atención y convertirme en un fetiche».

«Auch! Eso me ha dolido. Hahaha. Yo sí tengo una en el trabajo».

— Por eso lo he dicho — murmuré, llevándome el café con leche a los labios. El primero de los veinte que seguramente me acabara tomando aquel día.

«Ya, pero porque tú y yo no buscamos lo mis...», empecé a escribir, pero entonces me detuve y lo borré, sustituyéndolo por un menos salvaje y cortante: «Quizá a ti no te moleste que te vean así. Es cuestión de gustos».

«Mmh... no, la verdad es que sí me molestaría un poco...».

— Pero cómo mientes... — dije incluso antes de terminar de leer, negando con la cabeza en la soledad de mi cocina americana con vistas al salón.

«... La verdad es que la puse porque mi trabajo también tiene unos horarios complicados. Me paso tres días seguidos a la semana en el parque de bomberos, durmiendo allí y sin poder salir».

— Y los otros cuatro te los pasas borracho, follando con cualquiera y de fiesta — concluí.

Si era tan mezquino, era solo porque estaba en la soledad de mi casa, recién despierto a las cuatro de la tarde, con el pelo revuelto, un café en la mano y a cinco horas de volver a entrar en el trabajo. En cualquier otro momento, me hubiera limitado a resoplar y dejarlo correr.

«Es algo a tener en cuenta en una relación conmigo, como el hecho de que tengo un trabajo muy peligroso y que hay una posibilidad real de que algún día me pase algo», concluyó con el último mensaje.

«Ah, entiendo. Sí, la verdad es que es importante tener eso en cuenta! hahaha». Escribí con la cara de un ladrillo antes de darle otro sorbo al café.

«Entonces, tú nunca les dices que eres policía? Tu trabajo también es muy peligroso»

«Solo si preguntan a qué me dedico. Y creo que has visto demasiadas películas para considerar mi trabajo “muy peligroso” haha».

«Hahaha. No espero que te metas en tiroteos cada semana, pero sí es verdad que podrías recibir un balazo algún día», me soltó de pronto.

«Joder, qué alegría, Christian», escribí y mandé antes incluso de darme cuenta de lo que hacía, por lo que apuré un segundo mensaje. «Hahahaha».

Después me tomé otro sorbo de café.

«Hahaha, ya, suena un poco duro. Perdona, estoy de resaca y me pongo algo melancólico a veces. Haha».

Me quedé mirando el móvil encima de la mesa durante un buen par de segundos y, tras echar una rápida ojeada al reloj para saber que aún me quedaba un poco de tiempo antes de prepararme para el gimnasio, escribí:

«Entiendo que no puedas evitar pensar en la muerte cuando tienes resaca, a mí me pasa lo mismo. Pienso que un balazo en la cara sería más rápido y menos agónico que vomitar hasta los intestinos».

«HAHAHAHAHAHA. Qué va, yo casi nunca vomito! Me siento fatal y soy como un zombie, pero por suerte no tengo que quedarme abrazado al váter todo el día».

«Entonces eres un afortunado. De todas formas, esto no es Norteamérica, aquí la gente no tiene libre acceso a las armas de fuego. Sería mucho más probable que me apuñalaran o me pegaran una paliza antes que morir de un disparo».

«Pues no sé qué es peor, la verdad. haha».

«Te diré lo que es peor: morirse tras una larga y dolorosa lucha contra el cáncer».

Ese fue el primer momento en el que Christian King tardó un poco en responderme. Vi aparecer y desaparecer los puntos suspensivos de la pantalla en un par de ocasiones antes de que, finalmente, mandara:

«Yap. Mi madre murió así. No fue nada agradable».

Cogí aire y abrí los ojos.

«Mierda. Perdona, Chris, de verdad. No lo sabía», apuré a responder.

«No, no te preocupes. Haha. No tenías por qué saberlo».

— Eso no me hace sentir mejor —le aseguré.

Y fue, quizá, la culpabilidad lo que me llevó a escribirle:

«La próxima vez que nos veamos, te invito a una copa para compensarlo».

«Eso suena genial!»

«Prometido, entonces. Me iré ya al gym. Pasa buena tarde de resaca!»

«Gracias! Disfruta del ejercicio y la larga, larga, larga noche en vela hahaha».

«Hoy me voy a llevar un libro, así que espero que se me haga más corta haha».

Ahí dejé el móvil para, como le había dicho, terminarme el café e ir a preparar la mochila. Al volver a la cocina con la ropa de deporte y recoger el móvil, vi la notificación de un nuevo mensaje.

«Oh, y qué libro es?? Yo también leo a veces en el trabajo. Quizá me puedas recomendar alguno».

Como un niño pequeño, eché la cabeza atrás, gemí por lo bajo y fruncí el ceño.

— ¿Pero por qué no lo dejas pasar, Chris...? — me quejé de camino a la salida, incapaz de entender por qué el bombero cañón de Birmingham insistía tanto para conseguir un triste polvo de una noche.

—Porque eres la novedad —fue la respuesta que me dio Sarah esa noche, hundiendo sus palillos chinos en su baso de *noodles* picantes—. Dale una semana y se aburrirá.

—Eso espero —respondí—, porque parece que no pilla las indirectas.

—¿Sabes cuál es una indirecta maravillosa? —me preguntó antes de sorber la pasta de la forma más ruidosa posible—. Dejar de responderle de una puta vez.

Puse los ojos en blanco como si eso fuera demasiado obvio y estúpido, pero me lo pensé un momento mientras le daba vueltas al agua caldosa de mi vaso de *noodles* calentados al microondas.

—No quiero ser maleducado.

—Ogh, por favor, Alfred. Vete a contarle a otros esa mierda, quizá te crean y todo.

—¡Joder, es que es un chico agradable! —exploté, alzando mi bote de *noodles* y mis palillos en alto—. Si fuera un gilipollas, me daría igual pasar de él, pero el cabrón insiste y me siento mal por no responderle porque solo está siendo simpático.

—Dile que no quieres comerle la polla —concluyó Sarah con la dulzura y sensibilidad que la caracterizaban—, a ver cómo de simpático sigue siendo entonces.

Chasquéé la lengua y me centré en mirar mi vaso de *noodles* ya fríos. Tras un breve silencio, reconocí:

—Seguro que así deja de hablarme.

—Claro que va a dejar de hablarte. Prince es muy simpático, pero solo quiere una cosa; no lo olvides. No, no lo olvidaba.

Razón 9: reírse de mí

Lo que necesité para terminar con esa estúpida culpabilidad de no responder a los mensajes —aunque tardara horas o incluso días en hacerlo—, sucedió dos semanas y una larguísima conversación sobre películas, series, música y libros después.

Fue una fría noche de sábado, cuando a mi segunda cita del mes se le ocurrió invitarme a un local del Gay Village a tomar una copa. Y no en el interior, porque él fumaba y quiso quedarse en las mesas de fuera, pasando frío mientras me hablaba de sus grandes viajes por Asia y Sudamérica. Yo asentía y pensaba una y otra vez en una buena excusa para irme. Vincent era atractivo, empresario de una importante distribuidora, inteligente, elegante y con un bonito acento galés; pero tenía un horrible aire de superioridad y un tufo elitista que me estaba asqueando por completo.

—¿Y tú a qué te dedicas?, ¿eres modelo? —fue su primera pregunta tras toda una hora.

Arqueeé las cejas, sorprendido de que quisiera saber algo de mí y no continuar relatándome su pomposa vida repleta de éxitos.

—No, soy policía —respondí.

—Vaya, eso es incluso mejor —sonrió, volviendo a abrir su pitillera de oro—. ¿Y os obligan a ir tanto al gimnasio o lo haces por gusto?

Esa era la clase de preguntas estúpidas que me daban ganas de gritar.

—Para entrar hay que pasar unas pruebas físicas, pero después ya es elección de cada uno mantenerse más o menos en forma.

—Claro... yo no voy tanto al gimnasio como me gustaría, con todos los viajes, los vuelos, los cambios horarios es complicado... —y volví a dejar de oírle.

Para mí, aquella cita ya no tenía salvación alguna; así que fue un momento perfecto para que alguien gritara:

—¡Alfred!

Cuando giré el rostro, me encontré con un rostro masculino de barba clara y ojos almendrados de un azul oscuro. Como si nos conociéramos de toda la vida, un más que borracho Christian King caminó hacia mí con ayuda de su acompañante, un atractivo joven de pelo rubio y barba perfecta. Uno que le rodeaba la cadera con un brazo y mantenía la mano metida en el interior del bolsillo trasero de su baquero.

—Christian —respondí, alzando las manos de forma inconsciente para evitar que se cayera sobre mí.

Al detenerse, él se rio de forma escandalosa.

—Estoy bastante borracho —me confesó en voz baja, como si fuera alguna clase de secreto—. Había un concurso de trivial en el *Seven Cats* y no acertamos ni una...

—Un trivial alcohólico —aclaró su acompañante, sonriendo y mirándonos tanto a mí como a Vincent al otro lado de la mesa—. Tienes que beber un chupito cada vez que no aciertas una pregunta. Prince se toma las normas del juego muy a pecho —y se rio.

—¡Mucho! —exclamó él, sumándose a la carcajada—. ¡Si vas a jugar, hazlo bien!

—Aha... —asentí yo—. Suena divertido.

—¡Lo es! ¡Tienes que venir un día con nosotros! —me animó Christian antes de mirar a su amigo y abrir mucho los ojos—. Alfred es policía y le gustan muchísimo las novelas de misterio, por eso se metió en la Scotland Yard.

Entonces su amigo se rio como si fuera una especie de broma y Christian también se rio, clavándome un pequeño puñal en el pecho al hacerlo. Aquello se lo había contado de forma íntima. No llegaba a ser un secreto, pero sí algo muy personal; no la clase de mierdas que vas soltando a forma de chistes.

Pero mantuve el tipo, esperé a que terminaran de reírse y entonces les dije:

—Ha sido un placer veros, pero si no os importa, estoy hablando con alguien —y señalé a Vincent con el pulgar.

—Oh, perdona... —se disculpó Christian en un tono de borracho avergonzado—. ¿Es un... amigo? —y me guiñó el ojo de la forma más obvia, lenta y estúpida posible.

—Sí, Chris, es un amigo —respondí con tono seco.

—Aaaaahhhhhmmmm —murmuró, alzando la cabeza antes de mirar a Vicent.

El hombre estaba tan poco divertido por la interrupción de la pareja de borrachos como yo estaba, pero se mantenía en silencio y se limitaba a dedicarles una mueca asqueada y prepotente.

—Tommy también es mi amigo —me dijo Chris, volviendo a guiñarme el ojo antes de sonreír.

—Yo no soy tu amigo —respondió el joven, perdiendo gran parte de su actitud divertida para mirar hacia el bombero—. A no ser que andes a pedirle matrimonio a todos tus amigos...

Eso me dejó completamente en shock durante los breves segundos que Christian tardó en jadear, reírse un poco y responder:

—Estaba más borracho incluso que ahora —me dijo. A mí, no a él—. Y fue hace mucho tiempo.

—Fue hace dos años, Prince —dijo Tommy con una ligera sonrisa en los labios—. Te pusiste a llorar y me pediste matrimonio.

—No, no fue en serio —insistió él, todavía mirándome.

Tommy iba a continuar, pero antes de que lo hiciera, dije un rápido:

—Qué bien, me alegro mucho por vosotros. ¿Podéis dejarnos tranquilos, por favor?

—Eh, Alfred, no es en... —empezó a decir Christian, pero su amigo-novio-prometido o lo que fuera, le detuvo con un tirón y se lo llevó con él.

—Déjalos ya —le dijo—. Siempre te pones insoportable cuando bebes, joder. Te lo he dicho mil veces.

Les miré alejarse un par de pasos, un grande y tambaleante Christian King con jersey y bufanda y su acompañante, el cual me dedicó una rápida y seca mirada por encima del hombro antes de cruzar la calle.

—¿De qué les conoces?, ¿has tenido que detenerles alguna vez? —preguntó Vincent, ya con un pitillo entre los labios que se estaba encendiendo en ese mismo momento—. Porque deberías...

—No les conozco demasiado —respondí—. Oye, ¿te importa que dejemos lo de esta noche para otro día? Creo que me he pillado frío aquí sentado y ahora me siento un poco mal.

—Oh, claro, perdona. La verdad es que no vivo muy lejos de aquí, si quieres puedo invitarte a...

—No, no creo que sea buena idea —sonreí, ya levantándome de la silla—. Ha sido un placer conocerte, Vicent.

—I... igualmente, Alfred.

Antes de llegar a casa, Vincent había vuelto a mensajearme para decirme que se lo había pasado muy bien, que esperaba que me encontrara mejor del estómago y que, si quería, podía pasarme su número de móvil para llamarme y charlar sobre la siguiente cita.

A veces me preguntaba si esos chicos y yo habíamos vivido la misma noche, porque no podía ser posible que realmente creyeran que aquello había ido bien y que mis excusas eran convincentes. Porque nunca lo eran.

Razón 10: no saber cuándo parar

Tras Vincent, me olvidé de la app por un tiempo. Hay momentos en los que es mejor descansar, darse un respiro de las malas experiencias y volver con energías renovadas, porque sino te amargas y creas un ambiente horrible y tóxico que envenena todas las demás relaciones potenciales que puedas llegar a tener.

Así que la borré de la pantalla principal del móvil y silencié las notificaciones, centrándome en otros aspectos de mi vida; como, por ejemplo, seguir decorando la casa con multitud de cosas que tendría que meter directas a un trastero cuando terminaran los tres años de mi contrato de alquiler.

Pero no pensaba aún en eso; por el momento me centraba en instalar el colgador para dejar mi bici en la pared al lado de la puerta; comprarme otro libro de cocina prometiéndome que esta vez haría las recetas y no caería en la comodidad de abrir latas, cocer arroz y recalentar verduras congeladas; o, incluso, dedicar más tiempo a mis pasatiempos favoritos: el deporte, la lectura y la comedia.

Cuando había dicho que me encantaba el humor, la improvisación y los monólogos, Sarah y Lola me habían llevado a un pequeño teatro amateur donde aficionados al género llevaban a cabo sus actuaciones. La obra que habíamos ido a ver en concreto, resultó ser un drama bastante intenso sobre la depresión y las dudas de género, pero Sarah y su mujer se habían estado riendo por lo bajo todo el rato, casi hasta el punto de llorar y ahogarse.

—Esto no era un monólogo de humor —les dije nada más salir.

—Pero no me digas que no ha sido graciosísimo —respondió Sarah, limpiándose las lágrimas de sus ojos enrojecidos y brillantes de tanto reírse—. ¿No has visto cuando se ha puesto a parir el pollo de goma y lo ahogó en el vaso de espaguetis?

Entonces ambas empezaron a reírse de nuevo al recordarlo, llenando el pequeño callejón con sus altas y agudas carcajadas.

—Era un metáfora de la ansiedad —respondí yo, sintiéndome un poco mal por la chica—. A mí me gusta el humor que es intencionadamente gracioso.

—Sí, cielo —afirmó Lola con su ligero acento español—, pero es mucho más divertido cuando no intentan ser graciosos. Nunca me he reído tanto como cuando estos estudiantes de arte me intentan contar sus traumas con atrezo sacado de un bazar chino.

Lo peor de aquello era que Lola trabajaba de psicóloga en el hospital infantil más importante de la ciudad.

Decidido a no confiar más en los consejos de mis amigos sobre aquel tema, salí por mi cuenta en busca de algún local de *stand up* y comedia, yendo a uno cada semana hasta encontrar el que más me gustaba; aunque eso no siempre dependía del sitio sino de los cómicos a los que llevaban. De todas formas, aquello se convirtió en una entretenida costumbre que me acompañó las cinco semanas que tardé en reencontrarme con Christian King.

Curiosamente, no fue en el Gay Village, el cual había evitado como la peste; no solo por él, sino también por mi necesidad de distanciarme del ligoteo sin sentido. Fue, de hecho, en el trabajo, cuando una noche de guardia nos dieron el aviso de un incendio en un edificio de apartamentos. Patrick y yo salimos corriendo al coche y llegamos al lugar del incidente poco después de las ambulancias y los bomberos, estando al cargo de acordonar la zona y evitar las intromisiones de todo vecino curioso o periodista pesado.

No se me pasó por la cabeza en ningún momento que aquella fuera la ocasión en la que me reencontraría con Christian King después de pasarme casi mes y medio sin hablarle. La verdad, ni

siquiera se me pasó por la cabeza que, incluso en la remota probabilidad de coincidir ambos en el turno nocturno y que hubiera un incendio que nos llevara al mismo lugar de la ciudad, el hombre tuviera las ganas, la autoestima y los cojones para acercarse a mí, sonreírme y decirme:

—¡Alfred, cuanto tiempo!

Giré el rostro al momento, pero tardé un poco en volverme del todo hacia él y dejar de contemplar la línea del cordón policial con los brazos cruzados y cara de pocos amigos.

—Christian, qué sorpresa —respondí.

—Bueno, no tanta —dijo él, alargando ligeramente su sonrisa de dientes blancos y artificialmente perfectos antes de señalar el edificio quemado a sus espaldas.

—Sí, claro —reconocí, sintiéndome algo estúpido por un instante—. Me refería a que diera la causalidad de que ambos estuviéramos de turno.

—Ah, eso sí —afirmó.

Con el grueso traje de bombero, parecía incluso más grande y ancho de espaldas de lo normal y sobre el casco con visor ignífugo se reflejaban las luces rojas y azules de los coches de patrulla y las ambulancias, creando constantes luces y sombras sobre su atractivo rostro.

—Hace tiempo que no hablamos —se le ocurrió decir tras el breve silencio que habían dejado sus últimas palabras—. No te veo por el Village ni... en la app.

—Sí, decidí dejar la aplicación y los locales de copas por un tiempo —me encogí de hombros, intentando sonar casual y no darle mayor importancia a ese hecho—. Necesitaba un descanso, ya sabes. Demasiadas citas desastrosas.

—Ah... —afirmó, abriendo la boca para alargar la vocal mientras arqueando las cejas con entendimiento—. Sí, te entiendo. A veces se hace un poco demasiado.

—¿Y tú qué tal? —le pregunté, separando un momento la mano del pecho para señalarle—. ¿Te has casado ya?

—¿Qué? —jadeó antes de volver sonreír—. ¿Por qué preguntas eso?

Ya, buena pregunta, ¿por qué cojones se me había ocurrido decir eso?

—No, por nada —negué—. Era solo una broma estúpida. La última vez, ese chico, Timmy, creo que se llamaba, dijo algo sobre el matrimonio y pensé que...

—Oh, no, no, no —empezó a negar antes incluso de que terminara de explicarme—. Eso no es en serio. Tommy y yo solo somos amigos. —Y tras un segundo o dos, añadió—: Bueno, fuimos pareja, pero de eso ya hace mucho tiempo. Ahora solo somos amigos.

Asentí sin más y preferí cambiar el tema, ya que la vida amorosa de Christian King ni me incumbía ni me interesaba lo más mínimo.

—¿Y qué tal estás? He oído que liaste una bastante gorda en el Oktoberfest.

—Uff... —resopló, cerrando los ojos y levantando ligeramente la cabeza al cielo—. Fue una completa locura. Los chicos y yo empezamos a beber a medio día y no paramos hasta el final del festival. Kevin, el que ves allí tan serio y modoso —señaló al camión, donde uno de sus compañeros recogía calmadamente la manguera—. Rompió uno de los estantes al caerse encima.

—Vaya, ¿y no se enfadaron los dueños?

—Eso es lo mejor —se rio—, después Kevin se lio con la dueña y terminaron en su casa —se rio más alto.

Sonreí por educación y volví a asentir. Seguía sin encontrarle la gracia a aquellas historias de borrachera y anécdotas de hombres de treinta y pico que se comportaban como adolescentes.

—¿Y tú qué has estado haciendo? Creí que te vería por allí —me dijo.

—Dudo que pudieras ver mucho en ese festival si no paraste de beber en dos días —le aseguré.

Chris se rio de nuevo, pero terminó negando con la cabeza.

—Qué va, aun me acuerdo de bastantes cosas. Estoy seguro de que vi a Fred y a Paul y Will y creo que a ese otro amigo suyo, el de pelo rosa.

—Henry —afirmé—. Al que, por cierto, le va a doler mucho que no sepas su nombre, porque está muy interesado en ti —y guiñé un ojo cómplice.

—Ah, sí... —Christian perdió un poco la sonrisa y se encogió de hombros, algo complicado de percibir tras el enorme uniforme ignífugo—. Tampoco es como si me lo hiciera con todo el mundo ni nada así...

No entendí muy bien porqué sintió la necesidad de aclararme aquello, como si yo creyera que Christian King fuera una especie de follador sin estándar ni filtro alguno sobre quién terminaba en su cama. Yo sabía que eso no era cierto: el famoso Prince de Gay Village era un follador con unos estándares y filtros medianamente aceptables sobre quien entraba en su cama.

Su polla era como una montaña rusa en la que hubiera que pasar una prueba de atractivo mínimo para montarse.

—No, claro que no —respondí—. Te lo decía por si te interesaba.

—Ah —murmuró, no demasiado convencido en si creerme o no—. Nah, la verdad es que no me interesa —añadió, haciendo un vago gesto con la mano—, pero gracias por el aviso. Yo también sé de un par de chicos a los que les gustan bastante, por si te...

—No —le interrumpí, pero con una sonrisa—. No me interesa, gracias.

Christian asintió y se llevó ambas manos de gruesos guantes a la cadera, decidiendo echar un rápido vistazo alrededor en busca de un nuevo tema de conversación.

—La gente es increíble —murmuró al fin, negando con la cabeza—. Ven fuego y se acercan corriendo, cuando eso es lo más peligroso que podrían hacer en una situación así.

—Ya —afirmé, acercándome un paso para poder bajar la voz y que ninguno de los civiles tras la cinta de policía pudiera escucharnos, o peor, algún periodista—. Aunque lo que realmente quieren ver no es el fuego, sino la desgracia en sí misma. Quieren estar aquí por si el edificio colapsa o incluso pueden ver a algún superviviente con quemaduras de tercer grado aferrándose a la vida.

Christian frunció el ceño y me miró a través del visor de plástico.

—Eso es horrible.

—Lo sé —asentí—. La gente es horrible. Ni te imaginas la de veces que tenemos que apartar a hombres y mujeres de las escenas del crimen, sobre todo las sangrientas.

—No... ¿lo dices en serio? —murmuró, girándose de nuevo hacia mí.

—Incluso sacan los móviles para grabarlo todo —le aseguré—. Hace dos semanas hubo un atropello en Queensway y tuvimos que ampliar el perímetro de seguridad porque la gente no paraba de sacar fotos a la sangre y el cadáver. Había quien incluso estaba haciendo directos de Instagram con su reacción al respecto.

—Por Dios... —jadeó—. Te juro que yo le hubiera dado un puñetazo al primero que...

Pero en ese momento, William, uno de los compañeros de Christian, se acercó a él y le interrumpió para decirle que era momento de irse; después, me dedico una mirada y un breve saludo antes de alejarse de vuelta al camión de bomberos.

—Bueno, tengo que irme —dijo él—. ¿Qué te parece si este fin de semana quedamos para tomar un copa o algo y nos ponemos al día?

—Sí, claro, suena genial —sonreí, compartiendo la misma falsa promesa que nos habíamos hecho la primera vez. Una que, de nuevo, nunca iba a cumplirse.

Principalmente, porque yo no tenía pensado volver a entrar en la app en, al menos, otro largo mes. Y quizá incluso entonces lo dudara, siempre dependiendo de mis ganas de chatear sobre los mismos temas una y otra vez y mi paciencia para tener citas con pseudo desconocidos que, muy probablemente, fueran una decepción.

Cual fue mi sorpresa cuando, solo unas horas después, recibí una notificación de amistad en Instagram. «@The.Prince quiere ser tu amigo».

—En serio, no puedes tener tantas ganas de echar un polvo —murmuré en mitad del coche de policía. Por suerte, Patrick estaba demasiado ocupado pidiendo en el McAuto como para oírme.

Christian King debía ser un hombre increíblemente orgulloso y obstinado para negarse a aceptar que alguien no quisiera comerle la polla; pero tendría que aceptar la verdad y rendirse.

Yo no iba a ser un nombre más en mitad de una larga lista.

Razón 11: enseñar demasiado en las redes

A veces, la culpa de las situaciones comprometidas de tu vida la tienen otros. Esas son la clase de cosas que no puedes controlar. Otras veces, tú eres el único culpable de hundirte en la mierda y aceptar propuestas o situaciones que, en el fondo, sabes que no deberías haber aceptado.

Puede deberse a muchos motivos: vergüenza, incapacidad de decir que no, compasión, un repentino golpe de locura, culpabilidad o incluso algo tan trivial como el aburrimiento.

Yo no estuve seguro de cuál fue la razón por la que, tras levantarme a media tarde, me preparé un café cargado, me senté en la mesa de la cocina, cogí el móvil y acepté la solicitud de amistad de Christian King; o, mejor dicho, @The.Prince.

Quizá lo que me hubiera llevado a aquello fuera la curiosidad, porque una vez aceptada la solitud y haberle dado el educado seguimiento recíproco, no pude evitar deslizar la pantalla y cotillear. La curiosidad era algo inherente a la naturaleza humana y yo siempre me había considerado a mí mismo un apasionado de los misterios.

Por supuesto, todo eso que estaba pensando en ese momento eran solo mierdas para justificar el hecho de que me moría de ganas por descubrir si Chritian King era la clase de persona que siempre me había imaginado.

Y, en esa ocasión, no me decepcionó.

Un don nadie de Birmingham no conseguía 100K de seguidores con fotos de obras benéficas ni alimentando a los pobres. Las conseguía siendo un bombero sin camiseta terriblemente sexy. Cada foto que pasaba era diferente a la anterior, pero igual de sugerente y erótica: Chris estaba muy orgulloso de su cuerpo y, la verdad, no le culpaba de ello. Cuando no llevaba ropa apretada, no la llevaba en absoluto. Nunca mostraba nada explícito, pero sí era muy dado a la sugerencia: y, por supuesto, sus fotos en el baño con toalla, en ropa interior o en la cama con la manta subida solo hasta la cintura eran las que más *likes* y comentarios tenían.

Quizá fuera solo yo, pero a mí los hombres que buscaban esa clase de atención por las redes no me atraían nada. Los veía... superficiales. Vacíos. Chris era un hombre guapísimo, no necesitaba que un montón de desconocidos, babosos y pajilleros se lo dijeran por IG.

Pero, de nuevo, esa era solo mi forma de verlo. Muchos otros creerían que sería sexy que su pareja se exhibiera así.

Con ese vago pensamiento en el fondo de la mente, terminé el café y fui a prepararme para el gimnasio, donde, entre repetición y repetición, empecé a ojear twitter. «@The. Prince te ha mandado un mensaje», me asaltó de pronto en el borde superior de la pantalla. Fruncí el seño y dudé un par de segundos en si deslizar la pantalla y pulsar la notificación.

«¡Hola, Alfred! Madre mía, qué guapo sales en las fotos WOFF!! hahaha».

No respondí al momento, sino que descendí por el resto de notificaciones para ver que Chritian King llevaba más de diez minutos dándome *likes* y dejando comentarios en las escasas treinta fotos que tenía yo subidas a IG. Ninguna de ellas ni remotamente erótica o sugerente. A no ser que verme sudado tras una carrera, escalando en el rocódromo o comiendo como un cerdo te pareciera erótico, porque entonces sí.

«Lo de este sábado sigue en pie?? Tengo ganas de verte y charlar», me mandó en un segundo mensaje.

Había algo que no entendía de Chritian King, y era esa intensa insistencia por mí; llegando a rozar peligrosamente lo patético. No quería parecer soberbio ni frívolo, pero lo entendía más de Josua, Frank, Ernie o Vicent, hombres que, incluso con un ligero atractivo y éxito en sus carreras, podían verse cegados por mí, mi trabajo, mi personalidad o mi macabro sentido del humor.

Pero no de @The.Prince, con un ejército de seguidores, un cuerpo perfecto, un trabajo que gritaba fetiche sexual, una vida social sin límites y una larguísima lista de amantes a sus espaldas.

¿Tan obsesionado estaba por conquistarme? ¿Tanto le inflaba el ego conseguir que cediera ante él? ¿O era solo lo mucho que le jodía que le rechazaran?, tanto que estaba dispuesto a ceder parte de su orgullo para lograr ponerme a cuatro patas.

¿Era yo un reto? Posiblemente. Hay personas que solo quieren lo que no pueden tener.

«Claro, ¿a qué hora y dónde?», respondí. Si Christian King quería un reto, le demostraría lo equivocado que estaba conmigo.

«Pues depende de lo que te apetezca. Qué me dices a unas copas en el Village?», respondió apenas un minuto después.

«Perfecto. En el *Lionel's*?»

En el siguiente descanso, ya tenía la respuesta.

«Pff... Lionel me la tiene jurada. Cada vez que entro me sigue como un sabueso, es un aburrido hahaha».

«Ya, es que es un local más relajado. A mí me gusta bastante, la música no está tan alta y se puede charlar. Entiendo que a Lionel no le haga gracia que te subas a la tarima a perrear y dejar que un chico te eche cerveza en el pecho para lamerla antes de que te llegue a la cintura».

No volví a mirar el móvil hasta entrar en los vestuarios una hora después.

«Haha. Si lo dices así suena súper guarro, pero no era para tanto. Solo algo divertido y además estaba muy borracho haha».

«Fue súper guarro, Chris. Una cosa es que a ti te gusten esas cosas y otra que a Lionel no le haga gracia que te comportes en su local como si fueras un gigoló de una discoteca».

«*Auch!* Haha. Ahora me empiezo a sentir un poco mal al respecto, haha».

—No, no te voy a lamer el puto culo y a tratarte como un príncipe, Chris —le dije al móvil mientras caminaba por la calle, con los cascos puestos y la mochila al hombro.

«Si a ti te gusta, hazlo. Solo digo que hay sitios del Village mejores que esos para que des el espectáculo y hagas el ridículo haha».

Chris tardó una hora y media en responder a ese mensaje, y solo para decir un simple:

«Sí, haha. Quizá tengas razón».

Uff... *Te has pasado*, resonó en mi cabeza como la sirena del coche de policía, alertándome una y otra vez de que, de nuevo, me había dejado llevar por mi horrible costumbre de decir las cosas directamente y sin paños calientes. Me pasaba demasiado a menudo y me frustraba tanto como me indignaba.

Allí éramos todos adultos capaces de darnos cuenta de que no hacía falta que nos dieran la manita a la hora de hablar claramente de nuestros errores o aceptar opiniones contrarias a las nuestras. Pero esa era solo una fantasía que me contaba a mí mismo: dando por hecho que la gente era madura y tenía una inteligencia emocional sana y realista.

La verdad era que el mundo estaba lleno de niños grandes y personas con demasiados problemas para que yo llegara con mis ideales y mi fría y directa forma de decir las cosas. Y lo peor era que mi intención ni siquiera era ser cruel o hacerles daño: solo dejar mi punto de vista claro.

«Ey, Chris, no lo decía a mal. Perdona si ha sonado demasiado directo. Me pasa mucho eso de decir las cosas sin pensar. Estoy trabajando en ello. Hahaha», le escribí nada más llegar a casa.

No quise caer, pero caí. Las dos horas siguientes hasta llegar a la comisaría, me las pasé revisando el móvil de vez en cuando para comprobar si Christian me había respondido. Me sentía un poco culpable y mal conmigo mismo, pero, por otro lado, no podía hacer nada más que pedirle perdón y esperar.

Arrastrarse no era nunca una opción. No en este caso, quiero decir, con Christian King, al que apenas conocía. Si hubiera sido un amigo de toda la vida o incluso mi pareja, le hubiera llamado ya a estas alturas para volver a disculparme.

Entonces, patrullando el centro junto a Patrick, con la mirada perdida en las luces de los carteles y la gente que paseaba, llegué a la conclusión de que me estaba sintiendo mal por el mismo hombre que había utilizado algo íntimo sobre mí para echarse unas risas con su ex.

Y, de pronto, ya no me sentí mal.

Casi pareció trabajo del destino que justo diez minutos después recibiera la notificación del mensaje.

«No, no te preocupes hahaha. Entiendo que te pueda parecer ridículo. No eres el único que lo piensa».

Por supuesto que no era el único que lo pensaba.

«Si tú te lo pasas bien, no importa lo que piensen los demás o yo. Tú disfruta y punto. De todas formas, me preocupó haberte molestado y por eso me disculpé».

«Ah, no. No me molestó. Tardé en responder porque me fui al gym y después quedé con unos amigos. Ahora vamos a salir».

¿Le creía? En absoluto. Ambos sabíamos que ese repentino silencio por su parte después de una media de mensajes respondidos en menos de una hora; no era solo casualidad. El hecho de que el propio Chris lo hubiera sacado a relucir, era prueba más que obvia de que sabía que había sido extraño.

«Entonces, me alegro. Haha. Pásalo bien!», respondí, siguiéndole el juego.

«Gracias, Alfred! Tú también!»

Y ahí terminó todo.

Razón 12: ser un rencoroso

Resultó que todo lo que necesité hacer para deshacerme de Christian King fue toquetear un poco su enorme ego; entonces desapareció por completo de la noche a la mañana, herido o puede que incluso ofendido por el hecho de que no cayera rendido ante su festival de gilipolleces como hacían el resto.

Fuera como fuera, no volví a saber nada más de él. Bueno, relativamente hablando, claro, porque en el mundo de las redes sociales, era difícil no saber lo que hacían los demás. De hecho, en esos meses, Christian King se había ido a esquiar a Escocia, había hecho un sendero por York, visitado Nottingham y participado en más de media docena de festivales que envolvían cantidades absurdas de alcohol.

Puede que fuera absurdo, pero encontrarme con aquellas imágenes, vídeos e IG *stories* me animó a hacer mis propias salidas y aventuras. No como si fuera una especie de competición, sino porque a veces necesitas un empujón para dejar la rutina atrás y lanzarte a hacer todos esos planes que siempre dejas para otro momento con malas excusas.

Christian tenía un trabajo de horarios tan limitantes como el mío, pero aún así siempre parecía sacar un par de días para irse fuera de la ciudad; ¿por qué yo me quedaba siempre en casa y pensaba que nunca me daría tiempo a nada? Así que empecé a buscar destinos cercanos y saqué mi bicicleta para hacer algo más que llevármela de ida y vuelta a la comisaría.

Resultó ser una idea maravillosa. Hice un montón de rutas por la comarca, llegando incluso a Shropshire Hills, la reserva natural. Emocionado por la experiencia, me atreví incluso a tomarme unos días de vacaciones antes de Navidad para irme a Escocia a esquiar.

Cuando volví de Londres tras pasar las fiestas con mi familia, me sentía completamente renovado. Mi buen humor se hizo más que patente cuando Fred me preguntó:

—¿Qué pasó, Alf?, ¿te has echado un novio del que no me has hablado?

—¿Qué? —perdí la sonrisa al momento—. No, ¿por qué?

—No sé, pareces tan contento últimamente...

—Hay bastantes razones por las que alguien puede estar contento, Fred —le recordé, prefiriendo enfocarle con humor—. Y no todas tienen que ver con una polla.

—Si tú lo dices —murmuró mientras se llevaba el pitillo a los labios y daba una calada del aire frío de la calle y el humo caliente del cigarro.

A veces me preocupaban esas ideas del guardia de tráfico sobre la capacidad de una persona de ser feliz sin necesidad de pareja. Siempre soltaba comentarios así, quejándose de llevar años soltero y refunfuñando sobre «a ver cuando podía volver a estar tranquilo»; y, sinceramente, a mí también me gustaba estar en pareja, pero eso no significaba que creyera que no podía tener una vida feliz y llena por estar solo.

—Has leído demasiadas veces Orgullo y Prejuicio —le acusé.

Fred soltó un jadeo de humo gris, no solo del tabaco sino también de vaho debido al frío y la nieve que asolaba la ciudad por aquella época. En momentos como aquel, era cuando el departamento de tráfico más aborrecía su trabajo, recorriendo las calles heladas en busca de tickets de parquímetro que se hubieran pasado de la hora.

Al menos el resto podíamos disfrutar de la calefacción del coche patrulla y no tener que salir más que en contadas excepciones en las que nos dieran avisos.

—Nunca me he leído el libro —me dijo él—, pero la película me la he visto una buena docena de veces. —Entonces dio un par de toques al pitillo para echar la ceniza sobre el suelo nevado y preguntó—: ¿Vas a venir a la fiesta de Fin de Año?

—Sí, tengo turno de tarde, pero iré directo desde aquí.

Él asintió.

—A ver el espectáculo que montan los puñeteros bomberos —murmuró con un rastro de desprecio, como siempre que hablaba de ellos.

Tras más de medio año en la ciudad, ya me había quedado claro que el departamento de bomberos de Birmingham tenía una horrible fama de fiesteros y borrachos. Por suerte, esa no era una información que se filtrara al público general, pero sí que era de sobra conocida en la comisaría, quienes compartíamos una o dos fiestas con ellos.

Si creía que la celebración anterior había sido un poco descontrol, me equivocaba. Fin de Año sí que fue un completo despropósito. Los compañeros de la policía del anterior turno se quedaron en comisaría tras terminar, bebiendo y comiendo en la sala de descanso repleta de dulces caseros y comida precocinada. Había un ambiente festivo y un tanto caótico por todas partes. No paraba de oírse música a lo lejos y los gritos de celebración mientras los del turno de tarde intentábamos hacer nuestro trabajo.

—Es solo porque es un día especial —me dijo Patrick en el coche cuando le pillé bebiendo de una petaca al volver con el pedido de cafés calientes—. Sabes que nunca bebo en el trabajo.

—No pasa nada —respondí, sentándome a su lado para quitarle la petaca y echar un chorro de licor en los cafés—. Así entra mejor —sonreí, devolviéndole la bebida.

Yo jamás me emborracharía estando de servicio, pero Patrick tenía razón: un día era un día y no importaba beber un poco, como, la verdad, estaba haciendo todo el mundo. El día de fin de año las calles estaban llenas de gente y lo únicos incidentes para los que nos llamaban eran peleas de borrachos o disturbios en locales.

En total, nos llevamos a más de tres docenas de esposados a la comisaría para dejarles encerrados en las celdas hasta que se les pasara la borrachera y el enfado. Después, les dejábamos salir con una multa y les deseábamos feliz año.

Ese cambio en la rutina y el ambiente festivo hicieron del día uno muy pasajero. Casi ni me di cuenta del tiempo que había pasado hasta que llegó Trevor a darme el cambio.

—Feliz año nuevo —me despedí.

—Sí, que te jodan —respondió sin muchas ganas.

Trevor era normalmente un encanto de hombre, pero ninguno de a los que le había tocado el turno de noche estaba demasiado contento ni dispuesto a participar en la alegría general. Al contrario de los que salimos directos a la sala de fiestas que habían alquilado para la ocasión, más grande, con más alcohol y la música más alta que la vez anterior.

Cuando llegué, ya estaban la mayoría borrachos, a una hora y media de que sonaran las campanadas y diera comienzo el nuevo año.

Me moví entre la enorme cantidad de personas como pude, serpenteando entre ellos, hundido en la penumbra y las luces de colores hasta alcanzar la barra. Allí me detuve, me di la vuelta y vi el escenario, donde una pareja de bomberos cantaba una canción de karaoke. Sonreí y fruncí el ceño. Sonaba tan mal que dolía.

Cuando el camarero me preguntó qué quería, le pedí una pinta y apoyé los codos en la barra, buscando con la mirada a Sarah, Lola, Patrick, John, Fred... básicamente a cualquiera que me

podría acercarse para mantener una conversación. No encontré a ninguno en los cinco minutos que el camarero tardó en servirme.

Entonces le vi, justo al girarme, al otro lado de la barra, casi como la primera vez.

Christian King llevaba un sombrero de copa con luces de Navidad, unas gafas fosforescentes y una pajarita desproporcionadamente enorme en la que ponía: 20-20, en cada extremo. Él y un par de bomberos y policías se estaban sacando fotos, poniendo caras mientras el flash les cegaba por un instante.

No recuerdo cuánto tiempo me quedé mirando, pero fue el suficiente para que Chris se girara a por su bebida en la mesa, le diera un buen trago y, por el camino, nuestras miradas se cruzaran en la distancia. Al contrario que la primera vez, no la aparté, sino que levanté mi pinta y le saludé con una ligera sonrisa. Habíamos mantenido demasiadas conversaciones como para al menos no dedicarle un brindis imaginario y felicitarle las fiestas.

O, al menos, eso creí.

Porque lo que hizo Christian King fue ignorarme por completo. Me vio, levantó la mirada al techo, se bajó toda la bebida y después la dejó de un golpe seco sobre la barra antes de girarse al grupo, dándome la espalda para seguir riendo y hablando con ellos.

Eso me pareció tan extraño que, de una forma totalmente absurda, me convencí a mí mismo de que, en realidad, no me había visto. Quizá estuviera muy oscuro, o quizá él estuviera muy borracho ya para distinguirme a tanta distancia. Pero, si lo hubiera hecho, me habría saludado.

Estaba tan seguro que dolía.

Porque estábamos hablando del hombre que saludaba a *todo el mundo*; incluso a los chicos que se follaba y dejaba tirados, como si nada hubiera pasado entre ellos. Así que *no podía ser* que a mí no me saludara.

Tenía que ser un error.

Un error que dejé pasar cuando una mano me sorprendió, rodeándome los hombros para darme un repentino beso en la mejilla. Sarah Smith estaba tan borracha que incluso llegó a decirme:

—Joder, Alfred, te quiero muchísimo. Me caíste genial desde el primer momento, me alegro de que formes parte de la policía y seas mi compañero.

—Ay. Dios. Mío —sonreí—. Espera, esto tengo que grabarlo en vídeo...

Y, por supuesto, saqué el móvil para capturar un momento que perseguiría a Sarah el resto de su vida; porque eso hacen los amigos de verdad. Hacer de tu vida un miserable pozo de vergüenza.

Después llegó Lola, me vio con el móvil y me pidió que le pasara el vídeo.

—Se lo pondré a nuestros hijos en su boda —me aseguró, tan borracha que le costaba pronunciar correctamente las palabras, pero aún así, ni la mitad de ebria que su mujer; a la que se llevó del brazo en dirección a la mesa con sofás donde estaba todo el grupo.

Allí estaban todos mis amigos del trabajo y un par más con los que mantenía conversaciones pero a lo que no veía más que en la comisaría. Al parecer, estaban hablando del gran cotilleo del momento, que Sophia Darrow y John Hall se estaban liando en los baños.

—No entiendo cuál es la novedad —dijo la Detective Claire, una mujer negra de pelo rapado—. Todos los años algunos del trabajo terminan follando en los baños.

—No se trata de la novedad —respondió Fred, quien estaba fumando dentro de un local en el que, en teoría, no se podía fumar. Aunque no era el único—. Se trata de cotillear.

—Pues no me interesa —declaró la Detective.

—¿Y de qué quieres que hablemos, del tiempo? —preguntó John Rothfield, que casi siempre hacía trabajo de oficina en la tercera planta.

La conversación siguió adelante a medida que las bebidas bajaban y, cuando la mía tocó fondo, fui en busca de más. Esperando por la cerveza, miré de nuevo el escenario. Al parecer, había una especie de espectáculo montado allí, con infinidad de agentes de policía y bomberos lo suficiente borrachos como para hacer el ridículo delante de todos. ¿Y quién se había autoproclamado jefe de ceremonias? No podía ser otro que Christian King.

Con su gorro de luces, sus gafas de neón y su estúpida pajarita, salía a escena entre grupo y grupo, anunciando a las siguientes personas dispuestas a humillarse públicamente en fin de año. A veces incluso soltaba un chiste o un comentario que arrancaba alguna carcajada del público, pero, de nuevo, era un público demasiado ebrio como para considerar eso un éxito.

Una vez presentado, Chris descendía las escaleras y se hacía a un lado. Normalmente se quedaba allí, mirando el show y bebiendo de su última copa, pero, en ocasiones, tenía que hacer un viaje al baño para descargar la vejiga llena. Coincidió que fuera justo en ese momento, y que, casualmente, yo podría dar un breve rodeo en dirección a la mesa para cruzármelo por la parte superior más pegada a la pared.

El alcohol ayudó a que tomara esa decisión, apresurándome a tomar mi pinta para acelerar el paso hasta alcanzar el pasillo y retomar el paso más calmado y casual. Bebí un trago de la cerveza, manchándome parte del bigote con espuma antes de limpiarme y arquear las cejas.

Chris estaba llegando justo delante, saludando aquí y allá a todos los que se encontraba; como si se tratara del sueño del local y necesitara saber que se lo estaban pasando lo mejor posible. En ese último instante, se detuvo un poco más de tiempo con un grupo de tres personas, a las que les dijo algo mientras caminaba de espaldas y señalaba los servicios con el pulgar, entonces se rio y se dio la vuelta.

—¿Qué tal, Chris? —le saludé.

Christian King, pasó la vista, me vio sonriéndole con la mano levantada a forma de saludo y, entonces, miró directo al pasillo de los baños, se mordió el labio inferior y pasó de largo.

Me quedé completamente petrificado.

Razón 13: hacerse la víctima

Hay situaciones que no olvidas. Desaires y actitudes de otras personas que no estás dispuesto a pasar por algo; sin importar lo mucho que después traten de justificarse o mentirte a la cara.

«Feliz año, Alfred. Ayer fuiste a la fiesta? Creo que te vi, pero estaba muy borracho y no estoy seguro. Hahaha. Perdona si nos vimos y no me di cuenta».

Eso fue lo que me escribió a la tarde siguiente.

«Buff. Aun me dura la resaca, qué locura. Tú cómo estás?»

Me escribió el segundo día.

«No te hagas el tonto, Chris. No insistas»

Respondí al tercero.

«???»

Se atrevió a poner cinco minutos después, así que cogí el móvil del hueco de la bicicleta estática y lo acerqué a los labios.

—Mira, si hay algo que odio en esta vida, es a la gente que se hace la estúpida. Ambos sabemos lo que pasó, así que deja de hacerte el subnormal. No pasa nada. No estoy enfadado, pero tampoco estoy dispuesto a seguirte el juego y fingir que fue solo un error y que «estabas demasiado borracho». Esa excusa ya aburre un poco.

Y lo envíe. Christian King lo escuchó al momento, pero tardó casi veinte minutos en mandar una respuesta.

—Ahm... de verdad, Alfred, estaba bastante borracho y no me acuerdo. Siento mucho si te he ofendido, no era mi intención.

Escuché su voz baja, su tono arrepentido y sus palabras, todo con cara de asco y un resoplido de incredulidad final. No iba ni a responderle, porque era estúpido. Tiré el móvil en el interior de la bolsa y fui a ducharme.

Por desgracia, no pude dejar de darle vueltas y masticar las palabras como si fueran veneno, hasta el punto de, nada más salir a la calle, sacar el móvil y decirle:

—Es que no debería ni mandarte este audio, pero creo que lo necesitas. ¿Quieres sentirte mejor contigo mismo, Chris? ¡Bien! Claro que te creo, seguro que no me viste en fin de año. Seguro que yo

fui la única persona de esa fiesta a la que no saludaste por error, seguro que no me viste levantando la mano dos veces ni me giraste la cara de camino al baño. ¡Seguro que sí! Hala, venga, ¿era eso lo que querías oír? Ya está, ya puedes seguir adelante con la conciencia tranquila —e iba a mandarlo, pero en el último momento, no pude resistirme a añadir un bajo y serio—: eres solo un puto queda bien, Chris.

Y ese fue el final, lo último que le diría al respecto y el último segundo de mis pensamientos que le dedicaría jamás.

«Estoy en el parque de bomberos, entre ayer y no puedo irme. Te acercas hasta aquí, te invito a un café de máquina y lo hablamos en persona?»

«No hay nada qué hablar»

Y ese fue el final, lo último que le diría al respecto y el último segundo de mis pensamientos que le dedicaría jamás.

«Me gustaría poder hablarlo, Alfred, de verdad».

—¿Pero de qué cojones quieres hablar? —le pregunté por mensaje de voz, demasiado impaciente para escribir y demasiado inconsciente como para controlar mi tono rápido y alto—. Yo te dije algo que no te gustó y te ofendió, la conversación murió y dejamos de hablar, pero creí que al menos tendríamos un trato formal y nos saludaríamos si nos veíamos. Error mío, ya está.

Y ese fue el final, lo último que le diría al respecto y el último segundo de mis... bah, a quién quería engañar. Estaba ofendido y aquello, por alguna razón, me había afectado mucho más de lo que debería. Ahora mismo solo quería sangre y liberar el veneno y la indignación que había estado acumulando esos días como una bidón de gasolina a punto de explotar.

—Pensé que no querías que te saludara, Alfred —me dijo en el mensaje de veintidós segundos que me mandó un minuto después. Creía que nunca le había oído hablar de forma tan seria, casi ni sonaba como él—. Iba con mi sombrero y las gafas y todas esas mierdas de fin de año y sé que te parecería ridículo, así que preferí no acercarme.

No. No me lo creía. No me creía ni una sola palabra que oía salir de sus labios.

Me senté en la bicicleta y salí disparado en dirección a la carretera, aprovechando el poco espacio sin nieve que había entre los coches aparcados y el tráfico. Después, tuve un cortocircuito cerebral y di un cambio repentino en la dirección, girando 180° para tomar la carreta noroeste en dirección al parque de bomberos del West Midlands.

Llegué veinte minutos después, algo sudado y jadeando visibles volutas de vaho al aire frío y nevado. Cuando llamé al timbre de la puerta, una voz femenina me respondió, preguntando si tenía una urgencia.

—Sí —respondí—. Quiero hablar con Christian.

La voz al otro lado resopló.

—Mira, cariño, Christian está de servicio ahora mismo, ¿vale?. Si quieres resolver problemas sentimentales o lo que sea, espera a que termine su turno y vuelva a casa.

El hecho de no ser el primer hombre que llegaba al parque de bomberos preguntando por él, decía mucho.

—Dile que soy Alfred, por favor —le pedí.

—De acuerdo —se rindió ella—, pero si me dice que no. Te vas, ¿de acuerdo?

—Claro —murmuré.

Solo tuve que esperar uno o dos minutos a que la verja del parque de bomberos se deslizara, permitiéndome cruzar. Christian ya estaba al lado del edificio principal, saliendo por la puerta y haciéndome unos gestos para invitarme a entrar.

—No me esperaba que vinieras —me dijo con tono serio—. Gracias.

—Oh, no, no. No me des las gracias —respondí, bajando de la bicicleta antes de pasar la puerta metálica y dejarla a un lado—. Espera a oír lo que tengo que decirte, después me das las gracias.

—Suenas aterrador... —murmuró él, quizá intentando relajar el ambiente con una pequeña broma.

No iba a conseguirlo.

Cuando al fin dejé la bicicleta y me quité la bufanda manchada de aguanieve, miré al bombero directamente a los ojos. Llevaba un jersey azul marino con banda roja al pecho y unos pantalones largos de color caqui terminados en gruesas botas negras; todo parte del uniforme de descanso, diferente al uniforme de protección que tendrían que ponerse por encima en caso de una urgencia.

— Ven, te invito a un café — me dijo, haciéndome un vago gesto para que le siguiera hacia el interior del edificio.

El parque de bomberos era grande, pero la mayoría del espacio estaba reservada a las funciones principales, el almacenaje o el enorme garaje de los camiones. Las necesidades de los trabajadores quedaban relegadas a un espacio menor en la parte trasera, allí donde tenían las camas, un pequeño salón de descanso, el gimnasio y la cocina a la que Chris me llevó.

Deteniéndose frente a la máquina de café en una esquina, tomó dos tazas con el símbolo del departamento de bomberos impresa y las llenó hasta la mitad. Nada más girarse hacia mí, se escuchó:

«Pensé que no querías que te saludara, Alfred. Iba con mi sombrero y las gafas y todas esas mierdas de fin de año y sé que te parecería ridículo, así que preferí no acercarme».

— Ahora dime a la cara que piensas que esto es verdad, y no solo un montón de mierda que te has sacado de la manga para quedar bien — le reté.

Christian me miró a los ojos antes de echar un rápido vistazo al móvil alzado en mi mano. Después, me ofreció una de las tazas de café.

— Es verdad — me dijo —. A veces me da la sensación de que me odias.

Entreabrí los labios y arqueé las cejas.

— ¿Qué?

Chris se tomó el tiempo de dar un sorbo a su taza, cruzarse de brazos y dejar caer la cadera sobre la repisa de la cocina.

— Llevo detrás de ti medio año y ni siquiera me has dado un *like* en Instagram.

Bajé la mano del móvil y por poco bajo también la de la taza.

— Estás de puta broma... — murmuré.

Razón 14: vivir en un mundo paralelo

Christian King mantuvo mi mirada sin si quiera parpadear al decirme:

— Eres muy duro al decir las cosas, Alfred. Cuando hablamos, no sé si me estás echando todo el rato cosas a la cara o incluso si intentas insultarme. De pronto desapareces de la app, no me respondes y meses después nos reencontramos y me dices que te has aburrido de las citas. Llevo invitándote a una copa todo este tiempo y jamás te encuentro por los locales del Village ni por ninguna parte, pero cuando te lo pregunto directamente, siempre me das largas o me ignoras.

— ¿Y qué tiene que ver eso con los *likes* de Instagram? — se me ocurrió preguntar, porque era algo que no era capaz de superar.

— Pues que no me has dado ninguno — respondió, como si fuera obvio —. Ni me has dejado ningún comentario ni nada. He estado empezando a creer que ni siquiera te gusto.

— Dios mío... — murmuré, llevándome la mano al rostro antes de pasarla por el tupé.

— No, Alfred. No te hagas el sorprendido — me acusó con un tono más duro del que le había escuchado jamás. Cuando volví a mirarle, incluso había fruncido el ceño y apretado las comisuras de los labios —. Sabes cómo funcionan las cosas: si te gusta alguien, le das *likes* en las fotos.

— Por supuesto — asentí con cansancio —. Vivimos en la Era del Vacío.

— Tampoco me has dicho nada en persona sobre si te parezco atractivo o no — insistió.

Negué con la cabeza, ya incapaz de sentir enfado o ninguna otra emoción más allá de la pura perplejidad. Di un paso hacia él y dejé la taza de café sobre la repisa de la cocina antes de posar la mano en su hombro.

— Eres un hombre muy guapo y muy sexy, Christian — le dije —. Tienes un cuerpo increíble y me pareces una persona muy agradable con la que charlar.

Mis palabras dejaron un breve silencio entre nosotros, lo que tardó Chris en parpadear, sonreír un poco y ladear la cabeza.

—Vaya, gracias.

Asentí y retiré la mano de su hombro.

—Ese no es el problema —continué—. El problema es que tú y yo no buscamos lo mismo.

Entonces el bombero perdió la sonrisa.

—Creía que ponía que buscabas una relación seria —murmuró, señalando con el pulgar a un lado como, si allí, junto a los tarros de conservas y la sal, estuviera expuesto mi perfil de la app.

—Sí —afirmé.

—Yo también —concluyó antes de encogerse de hombros—. Podemos intentarlo a ver qué tal.

—No —respondí, pero entonces me di cuenta de que esa era una de las ocasiones en las que sonaba demasiado serio y cortante, así que suavicé la expresión y añadí—: no creí que hiciera falta mantener esta conversación, pero aquí vamos —tomé aire y miré sus ojos almendrados—. Tienes una fama horrible en lo que a relaciones se refiere. Cada semana estás con un chico y a la semana le dejas por otro. Todos lo saben.

Christian King no era estúpido, aunque se lo hiciera a menudo. Sabía que la fama le precedía y no perdió el tiempo fingiendo sorpresa o arrepentimiento.

—Supuse que era eso —reconoció, dejando la taza de café a un lado antes de mirar al suelo y cruzarse de brazos—. ¿Hay algo más que no te guste de mí? —preguntó.

—Pues por ahora tengo catorce buenas razones para no estar contigo —le confesé.

Chris arqueó las cejas, pero no dejó de contemplar las baldosas en ningún momento.

—Y que haga el ridículo en los locales es una de ellas, ¿no?

—No lo digas así —le pedí, dejándome caer a su lado en la repisa—. «Ridículo» fue una palabra equivocada que usé en un momento de frustración. A lo que me refería es que siempre parece que necesitas ser el centro de atención y hacer algo estúpido para que todos e miren.

—Me gusta ser sociable y divertido —murmuró, todavía en tono bajo.

—Vamos, Chris —le pedí, buscando sin éxito su mirada—. Una cosa es ser sociable y divertido y otra es dejar que te lamen los abdominales en público, o empezar a jugar a pasarse el hielo de boca en boca, o hacer un estriptis en la fuente del Village. Te gusta llamar la atención y punto.

Christian King tardó un par de segundos en girar el rostro y mirarme. No me lo esperaba, pero el azul oscuro de sus ojos estaba empañado por una ligera humedad.

—No lo hago por lo que crees —me dijo.

—¿Y por qué lo haces? —pregunté.

El bombero se pasó la lengua por su labio inferior y terminó mordiéndolo suavemente antes de mirar a la pared frente a nosotros.

—Estoy borracho y me parece divertido.

—Vale —asentí. No le creía, pero tampoco estaba allí para una profunda sesión psicológica—. Entonces, si te gusta, hazlo —concluí, levantándome para darle un leve y amistoso golpe en la espalda.

—No hagas eso —me dijo de pronto—. No digas eso de «si te gusta, hazlo» —me pidió con tono serio—. Me hace sentir mal cuando lo dices tú.

—Perdona —murmuré—. No lo diré más.

Chris asintió y se puso de pie para pasarse una mano por los ojos y el pelo.

—Oye, Alfred, ¿te gustaría ir a tomar un café de verdad cuando termine el turno de tres días? —me preguntó.

Me lo pensé un momento y, de pronto, respondí:

—Claro, ¿por qué no?

Christian King volvió el rostro y sonrió un poco. La verdad era que tenía una sonrisa preciosa.

—Me tomaré un café contigo y, cuando me aburra, te dejaré para ir a tomar un café con otro.

Tardé un par de segundos en entender la broma, pero terminé riéndome un poco y asintiendo.

—Sentido del humor —asentí—. Eso me gusta mucho.

—A mí también —murmuró.

Razón 15: ser un infiel

Christian King me mandó una foto en el coche, con sus gafas de aviador, su pelo mojado por la ducha reciente, su cazadora de cuero y una enorme sonrisa.

«Al fin terminé! Qué me dices de ese café??», mandó después.

Con el móvil en una mano y mi taza en la otra, mandé de vuelta una foto que podría estar en la portada de un folleto titulado «Policías con Problemas Mentales». Todo ello seguido de:

«Hoy solo llevo cinco, así que me parece bien».

«HAHAHAH. Perfecto! Por cierto, estás increíble con el uniforme. Wofff!»

Ya había buscado si aquel «Woff» eran las siglas de algún acrónimo que no conociera, pero resultó que solo era la forma americana de decir «ufff», solo que a la manera de un perro, como si bufara de excitación. Por un lado me había sentido estúpido al pensar que era una palabra de verdad, por otro me había parecido ridículamente lindo.

«Está claro que solo has visto el uniforme y no mi cara», escribí de vuelta.

«No, te aseguro que lo vi todo. Hahaha. Qué cafetería te gusta?? Conozco una muy buena en el centro, cerca de Temple Row».

«Roma's Coffee?»

«Sep! La conocías ya?»

«Por favor, Chris. Soy policía. Conozco todas las cafeterías y tiendas de donuts a diez kilómetros a la redonda».

«HAHAHHAHA. Con ese cuerpazo dudo que comas donuts. A las cinco allí?»

Christian tenía una habilidad sorprendente para mandar inapropiados halagos en mitad de las frases.

«Allí nos vemos», concluí, añadiendo un educado: «y gracias por los halagos. Tú también estás muy guapo. Woff, woff».

«hahahah. Si me mandas una foto con el filtro de perrito, me matas de amor».

Repetí la misma foto de antes, con la misma cara seria en el coche patrulla y el café en alto, solo que en esa ocasión con el filtro de perrito, así que tenía una expresión de estar a punto de matar a alguien, pero con hocico y orejas de labrador.

«HAHAHHAHAHHAHAHH WOOOOOFFFFF».

Sonreí los pocos segundos que Patrick tardó en volver a subirse al coche, poniendo a prueba la suspensión y tambaleando los asientos antes de dar un portazo y quejarse de que cada día ponían menos sirope de chocolate en los waffles.

—Mandaré una notificación a central —murmuré, guardando el móvil en el bolsillo—. Ellos enviarán el aviso al departamento de desfalcos y le harán una revisión a las cuentas de Sweet&Creepy.Co.

—Ha, ha, ha —respondió él de forma irónica—. Ese es el problema con los jóvenes de hoy en día, que os lo tomáis todo a broma.

Sonreí, pero no insistí en el tema, dejando que Patrick despotricara a gusto sobre lo cara que estaba la vida a la vez que se comía su waffle.

—Mary te va a matar como te vuelvas a manchar la camisa de uniforme —le advertí para que, un minuto después, sucediera justo eso y el policía empezara a cagarse en toda divinidad posible a gritos.

Fue una anécdota divertida que contarle a Sarah durante la última hora del turno, con los brazos apoyados en la pared de su cubículo mientras ella se recostaba en la silla y jugaba con el bolígrafo, relatándome a cambio la escenita que un par de prostitutas habían montado.

—Una de ellas reconoció a Dalton. Él dice que es porque se pasea mucho por la autopista para vigilar, pero nadie le cree.

—Con que no lo haga cuando lleva el uniforme, no pasa nada —le recordé, porque asumir que los policías de la Scotland Yard no hacían cosas como esa en su tiempo libre, era vivir en el mundo de la piruleta.

Puede que fuéramos la ley, pero también éramos humanos y a veces un trabajo como el nuestro quemaba mucho.

—Eso no le hace menos putero —concluyó Sarah, echando una mirada asqueada a la esquina, donde el enorme agente Dalton Jr. terminaba de rellenar unos impresos—. ¡Y participar activamente en la prostitución es delito! —tuvo el valor de gritar lo suficiente alto para que nos oyera.

Esa fue mi señal para irme a mi escritorio y pasarme la última media traspasando los archivos al ordenador. Al salir, me dio tiempo justo para darme una ducha rápida, cambiarme e ir a la cafetería de dos plantas en el centro de la ciudad.

Christian King ya me estaba esperando en el interior, con un ajustado jersey de color rojo a juego con su sombrero de invierno. Me miró entrar y dejó de mirar el móvil para guardarlo y dedicarme una sonrisa perfecta de ojos achinados.

Era exactamente la clase de hombre que sueñas con que te espere algún día al salir del trabajo.

—¿Llevas mucho esperando? —le pregunté.

—No, acabo de llegar hace poco —respondió, alargando una mano con la que, creía, iba a ofrecerme un apretón.

Sin embargo, la movió en dirección a mi cadera y se inclinó un poco para darme un beso en la mejilla. Decir que me quedé helado sería decir poco. La sorpresa me dejó en shock un segundo o dos antes de poder mirar sus ojos y arquear las cejas.

—Perdona —se disculpó al momento, perdiendo por completo la sonrisa—. Creí que... Perdona —terminó por repetir.

—No, no —negué, alzando una mano—. No pasa nada. Es solo que no me lo esperaba.

—Ah, sí. Perdona —repitió por tercera vez antes de recuperar una tímida sonrisa.

—Estas costumbres americanas siempre me pillan desprevenido —atajé, tratando de diluir el incómodo momento lo más rápido posible—. ¿Cuánto llevas en Inglaterra?

—Pues... creo que hace ya dieciséis.

—¿Dieciséis meses?

—No —se rio—. Dieciséis años.

Me quedé con tal cara de sorpresa que a Chris no le quedó otra que desarrollar su explicación un poco más.

—Mi padre trabaja en la embajada americana, así que siempre he estado yendo y viniendo. Terminé la escuela aquí, pero hice la carrera en california, regresé cuando me licencié.

—Ah... —¿qué más podía decir? Ah, sí—. ¿Pedimos ya?

—Claro —sonrió.

No fue hasta que nos llevamos nuestros cafés al piso de arriba que encontramos una tranquila mesa en la esquina, al lado de la cristalera, para poder seguir charlando con vistas a la calle nevada de principios de enero.

—¿Y tú de dónde eres? —me preguntó.

—Londres, pero conseguí el puesto aquí y me mudé.

—Vaya, ¿y no echas de menos la gran ciudad?

—Oh, no, no —le aseguré—. Ser policía en Londres es de lo peor.

—¿Hay más crimen?

—Sí, hay más crimen, pero peor que eso: hay londinenses.

Chris se rio y le dio un breve trago al café.

—¿Tú echas de menos california? —pregunté.

—No, la verdad es que me gusta mucho Inglaterra —murmuró, mirando la calle nevada a través del ventanal—. Y los ingleses —añadió, volviendo a mirarme.

—Sí, que te gustan mucho los ingleses lo sabe todo el mundo —sonreí.

Chris se rio de esa forma grave y un tanto escandalosa, pero, por suerte, estábamos solo en el piso superior y nadie se sobresaltó por ello.

—Sí, me imagino que sí —dijo en un tono más bajo mientras deslizaba la mirada a su taza de café—. La verdad es que soy un hombre muy sexual —reconoció.

—Ya, yo también lo soy —asentí.

Chris me miró por el borde superior de los ojos, quizá a la espera de encontrar en mi rostro alguna señal de que estuviera bromeando o algo; sin embargo, me mantuve serio, me llevé la taza a los labios y arqueé las cejas.

—¿Te sorprende? —pregunté después.

—Eh... un poco —reconoció—. No te imagino con una apasionada vida secreta llena de relaciones esporádicas.

—Oh, no, nada de eso —respondí, dejando de nuevo la taza sobre la mesa al mismo tiempo que negaba con la cabeza—. Soy un cerdito, pero solo con mi maridito.

—¿Qué? —jadeó él antes de reírse un poco.

—Ehm... —cerré un momento los ojos—. Es algo que solía decir a mi ex.

—Ah... —vocalizó antes de asentir y devolver la mirada a su taza de café—. Yo también tengo un par de ex.

—Eso he oído —murmuré. No como algo malo, sino más bien como un dato casual que me pareció adecuado dar en aquel momento—. Has dejado muchos corazones rotos.

—Sí... —afirmó, aunque no parecía orgulloso de ello—. Empiezo a creer que tengo un problema con el compromiso.

—Mmh... qué sexy que digas eso —bromeé.

Chris soltó una levísima carcajada y volvió a asentir, mordiéndose suavemente el labio inferior.

—Creo que ya te habrán contado toda la mierda posible sobre mí, así que no creo que esto te sorprenda —me dijo, alzando al fin la mirada de ojos azul oscuro, un poco más claros con la luz cálida que bañaba la cafetería—. Terminé engañando a todas mis parejas.

Mi reacción: un sencillo y calmado gesto de sorpresa.

Mis pensamientos: una sentencia a muerte para toda remotamente posible relación sentimental con Christian King.

—Eso es duro —respondí.

—Ya, lo sé —me aseguró, frunciendo el ceño antes de girar el rostro hacia la cristalera—. No sé qué me pasa. Como que... —se detuvo.

—¿Cómo qué...? —pregunté, animándole a continuar.

Chris tragó saliva, haciendo moverse su abultada nuez del cuello, cubierta en parte por una barba corta y de un bonito color miel.

—Como que me aburro —soltó entonces, y después no pudo parar—. No sé, empiezo a perder el interés. El sexo ya no me parece divertido, todo se estanca y pensar en pasarme el resto de mi vida así me agobia muchísimo. No quiero hacerles daño, pero al final me emborracho y termino cayendo otra vez. Siempre se lo cuento —me juró con tono muy serio y una mirada firme—. No soy esa clase de cerdo que sigue traicionándote a tus espaldas.

—Bueno, eso ya es algo —tuve que concederle.

—Sí, eso creo —murmuró, devolviendo su mirada a la taza entre sus manos—. También tuve un par de relaciones abiertas, pero tampoco funcionaron para mí. Esto es muy irónico, pero soy algo posesivo y protector con mis parejas.

—Pff... —no me quedó más que resoplar—. Lo tienes todo, Chris. Menudo príncipe azul.

El bombero se rio de nuevo, demostrando que, a pesar de todo, sabía encajar un golpe o dos.

—Soy consciente de que es muy complicado —reconoció—, pero no he perdido la esperanza de encontrar a un chico que me enamore y no...

—No —le corté en seco—. No digas eso.

Chris parpadeó y se quedó de labios entreabiertos hasta que dejé la taza sobre la mesa y miré fijamente sus ojos almendrados.

—Si has terminado engañando a todas tus parejas, el problema no es de ellos, sino tuyo. No puedes esperar que, mágicamente, aparezca el «amor de tu vida» y solucione todos tus traumas y mierdas.
—Le apunté con el dedo—. Tú tienes que solucionar tus propios problemas y después buscar pareja. Nunca al revés.

Quizá, una vez más, me había pasado de la raya y había dicho las cosas de una forma demasiado cortante y seca; por lo que relaje el gesto serio de mi rostro y alargué la mano para agarrarle de la muñeca.

—Te lo digo porque parece que estas esperando que alguien te salve de ti mismo, Chris, y eso no va a suceder.

El joven bajó la mirada a mi mano en su muñeca y después, muy lentamente, asintió.

—Sí, quizá sea verdad que estoy esperando a mi superhéroe particular.

—Ya... —suspiré, apartando la mano para apoyar la mejilla en el puño—. A mí también me pasó. Tras la ruptura con mi ex estuve meses tratando de buscar otra pareja, no porque la necesitara, sino porque no era capaz de estar solo. Fue un desastre.

—Hubiera sido gracioso que nos hubiéramos conocido entonces —dijo, llegando incluso a sonreír un poco con la idea.

—Hubiera sido lo peor que nos hubiera podido pasar a ambos —le aseguré—. Si ahora crees que soy demasiado directo y destructivo, tendrías que haberme visto entonces.

Chris tomó una profunda bocanada de aire y se incorporó un poco en el asiento, llevándose consigo la taza para darle un trago corto y mirarme.

—Creo que eres «desgarradoramente sincero», Freddy —me dijo.

Sonreí.

—Suena bastante bien.

Christian elevó la comisura de los labios en una media sonrisa.

—A mí me gusta —murmuró—. Ahora que sé que no me odias, claro.

—Nunca te he odiado, solo evitaba que tacharas mi nombre de tu larga lista de folladas.

El bombero se llevó una mano al pecho y puso una sexy expresión de dolor.

—Auch... —dijo, como si le hubiera dolido—. ¿En serio pensabas eso de mí?

Ladeé la cabeza, buscando las palabras correctas.

—Para ser justos, he oído muchísimas cosas malas de ti y verte en las fiestas borracho no mejoró en absoluto tu imagen.

—Ya —asintió, perdiendo la sonrisa y las ganas de reírse. Entonces, tras un par de segundos, se inclinó hacia delante en la mesa y murmuró—: No soy así, Freddy. No voy buscando hombres para tachar una lista.

—Solo te gusta mucho follar —asentí.

—Sí, pero tampoco es eso —insistió, como si le costara explicarlo—. Digamos que mi búsqueda del amor se está alargando demasiado y nunca acaba de cuajar.

—Oh... así que en el fondo eres un romántico incomprendido —arqueé las cejas.

Chris estalló en una carcajada y, después, me dio un pequeño empujón con el puño en el hombro.

—Eres un gilipollas —me acusó—. ¿Y qué te sucede a ti con todos esos amigos con los que vas a cenar?, ¿por qué nunca funciona?

—Porque al parecer tengo un gusto terrible para elegir perfiles en la app —respondí.

—¿En qué te fijas primero? —preguntó, apoyando los codos en la mesa para entrelazar los dedos a la altura de los labios y parecer todo un detective en busca de resolver el misterio.

—Mmh... —lo pensé un momento, echando un vistazo a la carretera nevada—. No sé. Si me llama la atención, miro las fotos y después leo el perfil. Si parece agradable, busca una relación estable y tenemos intereses en común, le doy a *like*.

—Aha —asintió—. Y después soy yo el romántico que cree en cuentos de hadas.

—¿Y qué hago mal? —quise saber—. ¿Cómo lo haces tú?

—Miro las fotos y si veo a un guapísimo inglés de ojos azules, un metro ochenta, al que le gusta montar en bicicleta, hacer turismo, la escalada e ir a restaurantes de comida oriental; les doy a *like* y espero impaciente a que respondan.

Al principio me lo tomé en serio, hasta que le oí describiendo mis fotos del perfil y terminé por entrecerrar los ojos y ladear la cabeza a la espera de que terminara.

—¿Esto de ser tan baboso te funciona? —pregunté.

Chris arqueó una ceja y movió un momento la cabeza a un lado.

—Creo que ha quedado claro que sí —respondió—. Me funciona bastante bien.

Tras un segundo terminé por soltar un bufido y cerrar los ojos, sonriendo y asintiendo. La verdad, a veces Christian King era gracioso y todo.

Razón 16: dejar las cosas pasar

Algunas veces, las cosas simplemente fluyen sin esfuerzo. Ni demasiado rápido, ni demasiado despacio, como una gota de agua deslizándose por el cristal de la mampara de la ducha.

Sin apenas darme cuenta, Christian y yo habíamos alcanzado la clase de amistad en la que nos pasábamos el día mandándonos mensajes estúpidos o quejándonos de la primera tontería que se nos ocurría.

La mayoría de veces, con fotos o audios rápidos; como el que le mandé aquella noche de finales de enero.

—Te juro por Dios que no entiendo cómo sigo dando dinero a Netflix. Sus series parecen escritas por monos cumpliendo una lista de cosas de moda: multiculturalidad, *check*, feminismo barato, *check*, gays, *check*; pero vamos a hacer siempre lesbianas para que los cis-heteros no se sientan amenazados, *check*...

Dejé el móvil tirado a un lado del sofá y continué negando con la cabeza mientras navegaba por la pantalla. Cuando un par de minutos después recibí la respuesta, escuché:

—Estoy apunto de terminar el turno. Cuando llegue a casa, hacemos una llamada y vemos una película a la vez, a ver quién se queja más.

—Eso es una gilipollez —respondí al momento—. Vente a casa y la vemos juntos como dos personas normales.

—Eso sería incluso mejor. ¿Me paso por la tienda a comprar palomitas?

—Sí, por qué no.

—Puedo comprar también condones...

—Si te hace ilusión, cómpralos. Puedes hacer globos con ellos mientras miramos la película.

El siguiente audio era solo de Chris riéndose, hasta que le mandé la dirección y me dijo:

—Ehh... ¡vives solo a tres calles del apartamento de Will! No me lo habías dicho —por el ruido lejano de su voz y el repiqueteo de la lluvia en los cristales, supe que ya estaba en el coche.

—¿No? Se me habrá olvidado —murmuré sonando cero convencido al respecto—. ¿Has comprado las palomitas?

—Y los condones —respondió.

Puse los ojos en blanco y dejé el móvil sobre un cojín, esperando a que escasos diez minutos después, sonara el timbre del portal. Salí al pasillo a recibir a Chris, el cual salió del ascensor mirando primero al lado contrario antes de encontrarme al final del corredor, con mi camiseta de asas y pantalón de pijama.

—Wofffff... —dijo lentamente mientras me daba un segundo repaso—. Woff, woff —añadió mientras caminaba en mi dirección, con la mochila al hombro y su cazadora de cuero. Mi favorita.

—¿Has cogido frío por el camino y ahora toses? —le pregunté, haciéndome a un lado para dejarle pasar.

—Si te dijera lo que estoy pensando en coger, te asustabas —me dijo al pasar por mi lado, lo que me arrancó un leve bufido y una sonrisa.

—Joder, este apartamento es enorme —exclamó cuando cerré la puerta—. ¿Cómo puedes pagar el alquiler tú solo?

Westside tenía montones de antiguas fábricas reconstruidas y reconvertidas en apartamentos y lofts con enormes ventanales y mucho espacio abierto. Eso había puesto el barrio muy de moda y había encarecido los precios hasta lo absurdo, por eso Christian estaba tan sorprendido.

—Mis padres conocían al dueño y me hizo una bajada de precio.

—Creía que eran profesores de secundaria, no mafiosos —respondió, quitándose la cazadora de camino a la cocina, en un extremo.

—Mi madre es profesora, mi padre tiene un pub y conoce a bastante gente.

Chris murmuró con interés y echó otro vistazo antes de negar con la cabeza.

—Es un piso precioso, Freddy, de verdad.

—Gracias, lo he decorado yo.

—Pues ha quedado increíble —insistió, dejando la mochila sobre una de las sillas altas para sacar las palomitas y, como si fuera una broma, la caja de condones—. ¿Qué quieres primero? —preguntó, ofreciéndome ambas opciones.

—Mmh, no sé —murmuré, acercándome para cruzarme de brazos sobre la isla—. La verdad es que hoy ando bastante tonto, ya me he hecho tres pajas.

Chris arqueó una de sus cejas pardas, ladeó el rostro y me dio esa mirada de advertencia. Según él, no bromeaba nunca cuando decía que yo le ponía «terriblemente cachondo», pero, aunque yo le picara a veces, jamás habíamos cruzado la línea.

—Si me dejaras, te aseguro que te bajaba el calentón enseguida —me dijo.

—Siempre me pregunto si realmente te crees el dios del sexo que dices ser —respondí con calma, mirando sus ojos almendrados al otro lado de la mesa—. Porque, por lo que he oído, no eres para tanto.

Chris resopló y puso los ojos en blanco.

—A la gente le encanta decir mierdas, pero después en la cama son unos aburridos —me aseguró—. Intenta tú hacer algo con un hombre que se tira, se abre de piernas y lo único que hace es gimotear como si estuviera en una porno. ¡No voy a hacer yo todo el trabajo! —terminó exclamando con las manos alzadas.

Solté una carcajada y di un leve golpe a la mesa con la mano antes de ir en busca de las palomitas.

—¿Quieres algo de beber? ¿Agua, refrescos sin azúcar, zumo, café?

—¿Tienes algo que pueda beber que no compres en la sección fitness del supermercado?

—Sí, lejí.

Chris se rio y asintió.

—Dos vasos de eso, por favor.

Metí las palomitas en el microondas y fui a la nevera a por dos botellines de agua, entregándole uno y quedándome con el otro.

—¿Qué tal el turno? —le pregunté.

—Meh, ya sabes, lo mismo de siempre. Tuvimos un aviso, pero era solo un hombre que se había quedado encerrado en una tienda —respondió antes de abrir el botellín y darle un buen par de tragos. Al terminar, jadeó y lo volvió a cerrar—. ¿Qué tal tú con Danni?

—Donald —le corregí—. Quiso ir a un restaurante italiano, se comió un plato enorme de espaguetis, pan de ajo, postre, media botella de vino y después quiso besarme a la salida.

Una leve y afilada sonrisa se deslizó por los labios de Chris mientras me oía.

—El hombre de tu vida —murmuró.

—Voy a dejar de quedar con empresarios —le aseguré—. Están todos fatal de la cabeza.

La campana del microondas nos interrumpió por un instante y fui en busca de las palomitas. Mientras abría el paquete y las volcaba con cuidado en el bol, llenando la casa de un delicioso olor a palomitas saladas, Christian me contó su última aventura amorosa.

Le conocí borracho —un clásico—, era bastante guapo —un requisito esencial—, nos liamos... —algo inevitable—... en los baños —solo había tres opciones: baños, pista de baile o entrada del

local —, se puso un poco pesado —el principio del final —, no paraba de tocarme y seguirme a todas partes —una sentencia a muerte—, al final volvimos a liarnos —una de mis miradas por el borde superior de los ojos y una mueca de incomodidad por su parte—, estaba muy borracho —esa siempre era la excusa—, al final terminamos en su casa —lo de siempre—, fue un polvo de mierda —la sorpresa del siglo—. Ahora no para de buscarme por el Village.

—Me sorprende que puedas salir a beber sin encontrarte cada dos pasos con examantes resentidos —fue mi conclusión, muy similar a la que siempre le daba.

—Pfff... —resopló él, ya sentado a mi lado en el sofá, con el bol de palomitas entre nosotros y el brazo alargado por el respaldo—. Tengo un imán para los hombres trastornados.

—Ojalá pudiera decir que no, pero a tus ex hay que darles de comer a parte —reconocí.

—Ya, qué me vas a contar... —murmuró—. Ahora ya me da miedo mandar nada.

Arqueeé ambas cejas y seguí mirando la pantalla en busca de algo que ver.

—Eso no me lo has contado.

—¿No? —me miró—. Te dije lo de Paul.

—Sí, pero solo me dijiste que te miraba el móvil y te hacía chantaje emocional.

—Ah, pues cuando rompí con él, filtró todas las fotos y vídeos que le había mandado.

—NOO —jadeé, girando el rostro al momento para encontrarme con sus ojos y su expresión entristecida.

—Sí... y no eran sutiles, que se diga.

—Pfff... —resoplé, alargando una mano para darle un leve apretón en la pierna—. ¿Le denunciaste?

—No, qué va.

—¿Qué?, ¿y por qué no?

Chris se encogió de hombros y miró la pantalla.

—¿Para qué? Los vídeos ya estaban subidos, no iban a poder pararlo ya.

—Pues para meterle una denuncia que se cagara vivo —insistí en un tono bastante duro—. La violación de la privacidad y el intercambio de imágenes y vídeos de otras personas sin su permiso explícito es un delito bastante grave. Las leyes no se andan con tonterías con esas cosas hoy en día. Por alguna razón, Chris puso una media sonrisa y me miró por el borde de los ojos.

—Fue hace varios años ya —me dijo—. Y... la verdad, me daba mucha vergüenza.

Sufrió un leve cortocircuito que provocó una expresión incrédula y a la vez una mueca de entendimiento.

—Sí, no es agradable para las víctimas —reconocí—. Cuando nos llegan denuncias así, lo pasan fatal, pero nos lo tomamos muy en serio y no hacemos más preguntas de las necesarias. Al final, compensa el mal trago —le aseguré.

Christian asintió, pero era evidente que no quería una lección ni que le recordara ese momento de su pasado en el que un ex hijo de puta le había humillado y roto por completo su confianza.

—¿Y si vemos una de miedo? —preguntó, señalando la televisión.

Miré el catálogo de Netflix, después a él y, finalmente, asentí; pero no antes de colocar una mano en su muslo y darle otro leve apretón.

Razón 17: no saber imponerse

En el cumpleaños de Fred nos reunimos todos sus amigos y le dimos una más que esperada y predecible sorpresa a la salida del trabajo. Fred se hizo el sorprendido y nos insultó a todos.

—Sois unos cabrones, dije que no quería fiestas, solo irme a casa y llorar.

—No puedes quedarte en casa el día que cumples treinta y sieteeeeeee —gritó Jamie, uno de los mejores amigos del policía de tráfico y, posiblemente, el gay con más pluma de Birmingham—. ¡Toma tu bandaaa!

Y le puso una banda de cumpleaños en la que ponía «Daddy Fred». Él la miró y cerró los ojos como si hubiera sido una sentencia a muerte.

—No hace tanto que era un inocente twink —murmuró con pesar.

—Tú nunca fuiste inocente, cerda —respondió Carl.

Y todos nos reímos. Ese no fue ni el comienzo del festival de insultos velados y bromas, pero no puedes juntar a tu grupo de amigos homosexuales y no esperar que te dejen en ridículo y te claven puñales a la velocidad de una ametralladora semiautomática.

Nada más entrar en el local de drag del Village, ya estaban pidiendo permiso a la gente para que se apartara, como si Fred fuera alguna especie de anciano con andador. Era exagerado, por supuesto, pero treinta y siete no era lo mismo en edad heterosexual que en edad gay. Para nosotros, como para las mujeres, la juventud era un concepto enfermizo. Si seguías soltero pasados los treinta, todo te daba miedo y la cosa solo iba a peor.

—¡Al parecer tenemos un cumpleaños en el público! —anunció la drag que llevaba el show, con una enorme peluca pelirroja, gafas de pasta, un vestido de flores y toda la pinta de bibliotecaria con gatos.

El grupo de Fred rugimos y aplaudimos, señalándole a los pies del escenario.

—¿Cuántos cumpleaños, cariño? ¿Cincuenta?

—Treinta y siete —chilló Jamie, quien, aunque muy majo, tenía esta desagradable costumbre de ser el más ruidoso y el que más llamaba la atención. Y eso era decir mucho en un local drag.

—Uff... —resopló la presentadora con una profunda expresión de pesar—. ¿ya has pagado a la funeraria, cielo? No querrás que tus gatos y perros se hagan cargo de ese gasto cuando te mueras, ¿verdad?

La risa generalizada acompañó a un Fred decidido a aguantar todo lo que pudieran arrojarle aquella noche; y a beberse todo el licor del Gay Village, porque no paró desde la entrada hasta la salida. Ojalá fuera el único, pero el grupo se desbordó un poco demasiado esa noche. Éramos siete y yo era el único que aún era capaz de caminar recto y hablar sin balbucear.

A las tres de la noche, salimos del local drag y fuimos a una discoteca que conocía Carl. Nada más entrar fuimos directos a la barra a pedir más alcohol.

—¿Puedes ponerme un agua y echarle un par de hielos y una hoja de menta para fingir que estoy bebiendo? —le pedí al camarero.

—Claro, alguien tiene que llevarles a casa —respondió, echando una rápida mirada al resto del grupo.

No es que yo estuviera sobrio, era un cumpleaños después de todo, pero tampoco quería llegar al límite. Me gustaba la sensación de estar ebrio, no el malestar de estar a punto de echar hasta los intestinos por la boca mientras todo te daba vueltas sin parar.

Con mi copa falsa, acompañé a los demás a un extremo del local e hicimos campamento en uno de los sofás libres. Ese sería el punto neurálgico al que volveríamos si nos perdiáramos o si decidíamos salir a bailar y necesitábamos un descanso. Y yo sería su guardián, porque no pensaba moverme de allí; sin importar lo mucho que insistieran los demás o las muchas miradas interesadas que me cruzara por el camino.

Y entonces, en mitad de mi alcohólica vigía, lo vi.

Debía haber llegado hacía poco, pero, como solía suceder, en seguida se había hecho con el control de todas las miradas. Era como un monstruo y como un héroe: causando estragos a su paso y llegando para rescatar la noche.

Christian King estaba en lo alto de una tarima, con su jersey deportivo anudado al cuello como un niño de preescolar y su gorro de invierno calado hasta casi los ojos. A mediados de febrero aún hacía frío en la ciudad, pero eso no le impedía quedarse medio desnudo en el interior.

Su pecho desnudo brillaba por el sudor, al igual que sus marcados abdominales y sus enormes brazos tatuados, reflejando las luces de la discoteca y dando la impresión de que brillaba. Bailaba de forma caótica, más haciendo el subnormal que otra cosa, pero era demasiado sexy y guapo para que importara. Movía esa cadera de una forma que te hacía arder por dentro.

En un momento, incluso levantó una pierna hasta apoyar el pie en la barandilla y empezó a agitar el culo mientras sonreía y se reía, animado por las docenas de hombres que se habían detenido para acercarse y animarle.

Por supuesto, no tardó demasiado en aparecer su ligue de la noche, porque siempre había uno. En esa ocasión era un rubiazo de metro setenta y poco, con tupé perfecto, barba corta y toda la pinta de bailarín que hacía sus pinitos como modelo de vez en cuando.

Se acercó directo a el Príncipe del Gay Village y le comió la boca en mitad de la tarima, delante de las maravilladas miradas de todos los presentes. Chris se sorprendió, pero no demasiado, respondiendo a aquel ebrio y apasionado beso.

En ese momento bajé la mirada al suelo y dejé de sonreír.

Lo que había sentido en ese momento lo culparía al alcohol y a esa estúpida parte de mí que aún creía en los cuentos de hadas; porque la verdad es que me había dado un poco de miedo.

Con la mirada a un lado, fui en busca de mi copa de agua y me la terminé, dejándola sobre la mesa antes de echar una ojeada al móvil. Las cinco de la noche, uff, qué tarde era ya. Quizá debería irme. Me levanté del sofá en el que me había hundido sin darme cuenta y recogí mi beisbolera del reposabrazos.

Miré la muchedumbre que bailaba en la semioscuridad, solo interrumpida por los ramalazos de luces que surcaban la pista de baile de forma intermitente. La música era profunda, alta y ruidosa, convirtiendo la discoteca en una especie de sueño febril y ebrio. Quería encontrar a alguien del grupo y decirle que me iba a ir para que no se preocuparan, pero tras una infructuosa búsqueda de casi diez minutos, lo único que había conseguido era tropezarme con un par de borrachos encantados de ayudarme.

Dándome por vencido, me dirigí a un extremo y saqué el móvil para mandar un mensaje al grupo. No era el método más apropiado, pero no iba a pasarme una hora buscándoles por el local; conociendo a Jamie y Carl y Thomas, posiblemente ni siquiera estuvieran en la parte visible, sino en la trasera.

—¡FREDDY! —gritó una voz que llegó a asustarme.

Cuando volví el rostro, me encontré de frente con Christian King, con su cuerpo semidesnudo y brillante, su preciosa sonrisa y sus ojos almendrados muy abiertos.

No me dio ni tiempo a responder antes de que diera un paso y me abrazara, hundiéndome con cierta violencia contra la pared del local. Su cuerpo estaba bastante caliente en contraste con el mío y ese precioso sudor que lo bañaba no era tan agradable al olfato como a la vista. De hecho, Chris olía un poco mal después de una noche bebiendo y bailando.

—Sálvame, por favor —jadeó en mi oído con rapidez y un tono bastante ebrio.

Entonces apartó el rostro y miró mis ojos. Su expresión ya no era sonriente y divertida, sino cercana al pánico.

Fruncí el ceño y, justo cuando iba a preguntar qué ocurría, alguien más nos interrumpió.

—Ey, ¿no me presentas a tu amigo, Prince?

El joven bailarín y modelo se había quedado de brazos cruzados, con el hombro apoyado en la pared y una fina y fría sonrisa en los labios. De cerca no era tan atractivo como de lejos, pero eso era algo que solía pasar cuando te podías parar a analizar los pequeños detalles.

—Ahm, sí, este es... —empezó a farfullar Chris, separándose lentamente y buscando desesperadamente una buena excusa entre las pesadas brumas de su mente entumecida.

—Su novio —atajé yo, moviendo la mano del móvil para meter un dedo en la cintura de su vaquero y volver a acercarle—. ¿Y quién eres tú? —sonreí.

El joven arqueó ambas cejas y me miró de arriba abajo. Soltó un jadeo sarcástico, pero era evidente que yo no era la clase de hombre que hubiera deseado que fuera: es decir, feo y gordo y nada amenazante para él y su autoestima.

—Pues soy el chico al que tu novio lleva metiéndole la lengua toda la noche —respondió.

Asentí calmadamente y señalé la salida con el pulgar.

—Pues ahora está conmigo, así que ya no te necesita para pasar el rato. Adiós.

El joven soltó una de esas carcajadas con las que tan desesperadamente intentas salvar el poco orgullo que te queda.

—Pues quizá tú no le des lo que necesita, porque me agarraba el culo como si no le dieran de comer en casa.

No me digné ni en responder a eso, solo repetí el gesto hacia la salida y ladeé el rostro.

—Lárgate antes de que te parta la boca —le pedí.

Y, tras otra mirada asqueada de arriba abajo, se separó de la pared y se alejó, dándose al fin por vencido. Christian King le observó atentamente y, cuando se perdió entre la muchedumbre, volvió a mirarme y a sonreír.

—Gracias, Freddy —me dijo, demasiado cerca para no poder percibir el regusto alcohólico en su aliento caliente—. Lleva toda la noche detrás, en serio, un pesado. Me seguía de local en local y no paraba de echárseme encima.

Asentí sin más y le alejé un poco, porque seguíamos muy cerca y ya no era necesario.

—No pasa nada.

—¿Qué haces aquí, por cierto? —me preguntó—. ¿Cómo no me dijiste que ibas a salir? Podíamos haber venido juntos.

—Era el cumpleaños de Fred.

—Aaaahh... Yap. Sí, me lo dijiste —recordó de pronto, abriendo muchos sus ojos cristalinos—. Pero no sabía que ibais a venir al Village. ¡Déjame que te invite a una copa! —y casi se giró en dirección a la barra.

—No, no —le detuve—. Ya me voy. Estoy cansado.

Chris bajó la mirada a mi mano en su brazo y después de vuelta a mis ojos. Parpadeó un par de veces y asintió con la cabeza.

—Sí, ya es tarde. ¿Te importa que vaya contigo? —me preguntó en un tono más bajo y calmado—. La verdad es que yo también estoy cansado.

—Claro —me encogí de hombros, haciéndole un gesto para que me siguiera al exterior.

Una vez allí, el cambio radical de temperatura, el aire fresco y la lejanía de la música, fueron como un chute de sobriedad instantáneo. Chris también debió notarlo, porque se desanudó el jersey del cuello y se lo puso, caminando a mi lado al mismo tiempo.

—Gracias de nuevo por ayudarme —me dijo con una voz tranquila y grave—. De verdad que lo necesitaba.

Apreté las comisuras de los labios y le eché una ojeada rápida por el borde de los ojos.

—Deberías empezar a imponerte un poco, Chris —le aconsejé de la forma más suave que pude—. No pasa nada por decir que no. Está claro que huir e intentar escapar no te funciona.

—Sí, lo sé. Lo sé —murmuró mientras se frotaba el rostro y hundía los dedos bajo el sombrero, terminando por quitárselo para descubrir su pelo amielado y revuelto—. Tengo un puto problema con las confrontaciones. Después me arrepiento, pero ya es tarde.

Asentí y, en un momento dado, le ayudé a mantener el camino recto agarrándole del borde del jersey. Que fuera capaz de hablar más calmado y dejar de sonreír como un maníaco, no quería decir que estuviera ni cerca de la sobriedad.

—¿Te hace una hamburguesa? —le pregunté—. Te sentará bien comer algo.

—Uff... sí, joder —respondió como si acabara de tener un orgasmo solo por oírlo. Entonces, me miró de pronto y sonrió—. ¡Conozco uno increíble en el Westside! Los chicos y yo siempre vamos allí al final de las fiestas.

—Suenan genial —reconocí, porque todo lo que quedara cerca de mi casa y me permitiera no tener que andar más de lo necesario, era bueno.

Quizá por la emoción, quizá por el alcohol en sangre, Christian King pasó su brazo por mis hombros y me dio un apretón antes de seguir caminando pegado a mí como si nada. Supuse que ya éramos suficientes amigos para que eso no significara nada, como el hecho de invitarle después a dormir la borrachera en mi casa en vez de hacerle tomar un taxi y cruzar la ciudad.

—Qué ironía que el único chico que quiero que me invite a dormir en su casa, sea también el único que no quiere follar conmigo —me dijo cuando llegamos al apartamento.

Me reí porque aún seguíamos ambos un poco borrachos.

—Date una ducha, anda —le pedí—. No vas a dejarme el sofá apestando a sudor.
—¿El sofá? —se rio—. No... Quiero dormir en tu cama.
—Claro que sí —dije con un sarcasmo tan evidente que podría haber partido una piedra.
Sin embargo, cuando Christian King salió de la ducha con tan solo su slip rojo de banda negra, fue caminando a mi cama y se tiró sobre ella, a mi lado.
—Chris... —le advertí sin abrir los ojos—. Ambos sabemos que en cuanto echemos un polvo, te aburrirás de mí y dejaremos de hablar.
—Mmh... —murmuró con la cara hundida en la almohada, así que su voz sonó baja y apagada al decir—: empiezo a creer que jamás me aburriría de ti.
No quise ni responder.
Christian King era un hombre caprichoso y, aunque a veces tenías ganas de creerle, estaba claro que ni él sabía lo que quería.

Razón 18: ser impulsivo y descerebrado

Hay momentos en lo que te das pequeños caprichos a ti mismo. Sabes que no deberías, pero lo haces igualmente. Piensas que te lo has ganado, piensas que un día es un día, piensas que no pasará nada por solo una vez, piensas que no cambiará tu vida en absoluto.

Eso fue lo que pensé yo cuando me desperté y me di cuenta de que, en algún momento, me había dado la vuelta y había rodeado con el brazo a Christian King antes de apoyar la cabeza en el hueco entre su hombro y su cuello y volver a quedarme dormido. En ese momento podía haberme separado y regresar al pequeño espacio que el bombero había tenido el detalle de dejarme libre en la cama, con sus brazos y piernas estiradas sin consideración alguna; pero no me moví.

«No pasa nada», pensé. «Ni siquiera se dará cuenta».

Hasta que media hora después Chris dejó de roncar, sorbió aire por la nariz y me rodeó con el brazo para pegarme más a él y subirme un poco a su cuerpo. Entonces gruñó por lo bajo y me empezó a acariciar la espalda por debajo de la camiseta corta.

Eso era preocupante, porque ya empezaba a rozar peligrosamente el límite; pero seguí sin moverme. Sinceramente, estaba muy cómodo y, sinceramente, la resaca y mi larga temporada de pajas solitarias no me permitieron rechazar un contacto como aquel; y mucho menos con Christian King, el Príncipe Bombero del Gay Village.

En otro mundo, en otro momento y en otra realidad paralela donde él fuera un hombre sin traumas y con una inteligencia emocional estable; no tenía ninguna duda de que le hubiera hecho de todo. Y lo decía en serio: *de todo*...

Pero la realidad era diferente, y cuando Chris empezó a deslizar su mano hacia mi cintura, tonteando con la idea de acariciarme el final de la espalda con los dedos antes de comenzar a hundirlos por debajo de la goma elástica de mis bóxers... bueno, empecé a comprender que debía ser yo quien pusiera los límites.

—Chris... —le advertí en voz baja y ronca, todavía con el rostro hundido en el hueco de su cuello.

—¿Mmh? —murmuró, haciéndose por completo el tonto mientras, suavemente, hundía más la mano.

—No... —le dije, aunque, quizá no con el tono más convincente del mundo.

No fue un «NO, aparta la mano o va a haber serios problemas»; ni siquiera un «No, deja de jugar y espabila, no va a pasar»; sino más bien un «no, venga, no insistas...». La clase de «no» que «no» te tomas en serio.

—Wooofff... —resopló como un perro en el momento en el que consiguió alcanzar mi nalga derecha.

Entonces la apretó suavemente y gimió por lo bajo, empezando a mover la cadera.

—Siempre me pongo cachondo de resaca, pero en serio, me tienes empalmadísimo —dijo al fin con un tono grave y de voz algo ronca.

Yo también me ponía cachondo cuando estaba de resaca, pero eso pocas veces nublaba mi buen juicio.

—Sería un error y lo sabes —murmuré.

Chris uso su otra mano para tirar de mí y ponerme un poco más encima, obligándome a levantar la cabeza y mirarle en la penumbra de la habitación. Posiblemente ya fuera de tarde, pero las persianas estaban bajadas y solo se veía la línea de luz solar que entraba por debajo de la puerta.

Creí que me diría algo para convencerme, que intentaría explicarme por qué no sería un error o incluso que, aunque lo fuera, merecería la pena.

Pero no dijo nada, solo ladeó suavemente la cabeza y me besó.

Hay algo especial en los primeros besos: una especie de primer contacto que puede decirte mucho de la otra persona. Normalmente son siempre terriblemente malos, porque no os conocéis y puede que necesitéis tiempo para adaptaros el uno al otro; a veces eran mediocres o incluso agradables, lo que te daba esperanzas de que fuera a funcionar.

Pero cuando eran buenos, ya desde el primer momento, significaban que era mejor que salieras corriendo, porque estabas muy jodido.

Christian King, besaba como nadie.

Siempre me había imaginado que lo haría con toda la boca, metiendo lengua y usando mucha saliva antes de morder y sonreír; porque eso era lo que le había visto hacer en varias ocasiones, borracho, probablemente sin camiseta y con un chico diferente en cada ocasión.

Pero a mí me besó con lentitud, primero uno corto en los labios que, sin separarlos de los míos, volvió a abrir para humedecerme ligeramente con la lengua antes de cerrarlos sobre los míos. Se me escapó un jadeo de placer y cerré los ojos, entreabriendo la boca para repetir el proceso, esta vez más profundo.

Hubiera sido perfecto haber vuelto a mirarle a los ojos entonces, encontrar su mirada en la penumbra y repasar silenciosamente lo que acababa de suceder.

Sí, eso hubiera sido muy bonito; pero lo que pasó es que me puse terriblemente cachondo y me volví un poco loco, moviendo la mano a su pelo para agarrarlo antes de volverle a besar, esta vez con necesidad.

Chris no se lo pensó dos veces, arrastrado por completo en la ferocidad y desesperación de ese beso más salvaje, apretando la cadera contra la mía al mismo tiempo que me agarraba ambas nalgas con las manos, hundiendo sus grandes dedos en mi piel pálida.

Nos besamos, nos mordimos los labios, gruñimos, jadeamos y nos revolvimos de un lado a otro de la cama, entrelazados constantemente, frotándonos sin parar, inmersos en la excitación y la necesidad.

Estuvimos así hasta que la boca me picaba del roce de nuestras barbas, hasta que, Chris, ahora sobre mí y con mis piernas alrededor de la cadera, levantó la cabeza y me miró a los ojos.

—¿Dónde tienes los condones? —jadeó.

Me quedé en blanco.

—No tengo —jadeé en respuesta.

Chris siguió respirando por entre los labios, arrojando bocanadas de aire cálido sobre mi rostro.

—Joder... —murmuró—. Yo tampoco.

—No me vas a dejar así —le aseguré. No era una amenaza, solo una declaración de intenciones.

Una que al bombero pareció hacerle bastante gracia, porque levantó la cabeza y se rio, haciendo vibrar su cuerpo pegado al mío.

—No, claro que no —respondió antes de agachar la cabeza para continuar besándome.

Yo no era de los que creyeran que la penetración fuera necesaria para pasar un gran rato; y, al parecer, Christian King tampoco lo creía. Me lamió el cuello hasta arrancar un gemido alto de mis labios y después me quitó la camiseta a tirones, continuando el recorrido por mis pectorales en dirección a mis pezones.

Con impaciencia, tiré de él para que volviera a besarme y le volqué de espaldas a la cama, devolviéndole cada lametón y mordisco que me había dado. Repasé su maravilloso torso con las

manos y los labios como si jamás fuera a disfrutarlo jamás —lo cual era una posibilidad muy real—, antes de, lamida a lamida y beso a beso, descender por sus abdominales en dirección a su entrepierna.

Chris interrumpió su festival de gruñidos, gemidos y «woffs» para jadear:

—Si quieres me doy una ducha ant... oooh... —terminó gimiendo cuando lamí la cabeza de su polla por encima del slip.

El bombero no había bromeado al decir que estaba muy mojado. En la tela roja de su ropa interior había una evidente mancha más oscura, coincidiendo con la zona más gruesa del alargado bulto que sobresalía de allí.

Los que decían que la polla de Christian King «no era para tanto», o habían visto demasiadas películas porno, o se sentían demasiado despechados, o no sabían lo que era bueno de verdad; porque a mí me pareció una puta maravilla. Ni grande ni pequeña, ni especialmente gorda ni delgada, de cabeza más gruesa y buen tronco. Estaba completamente dura y deliciosamente mojada, lo que me hizo gemir como hacía mucho que no gemía nada más metérmela en la boca.

De rodillas en el hueco entre sus piernas, le dediqué toda mi atención y tiempo a su entrepierna, hundiendo la boca hasta meterla del todo para después sacarla y jadear, escupir en la punta y masturbarle mientras le lamía las pelotas. En contadas ocasiones, me levantaba para lamer los rastros de líquido preseminal que le manchaban y volvía a gruñir como un cerdo.

Aunque no estaba seguro de que Chris lo escuchara, inmerso en su propio trance de jadeos, gruñidos, palabras farfulladas por lo bajo y miradas intensas. No participaba demasiado, sino que me dejaba a mí. En alguna que otra ocasión sí movió la cadera para metérmela un poco más en la boca o me agarró del pelo, pero fueron momentos cortos, como si dudara y se echara atrás.

Solo me detuvo en el momento en el que jadeó:

—No, no, para, para, para... —y echó atrás la cadera, sacándome la punta de la boca y agarrándome de la muñeca para que dejara de masturbarle.

Después resopló y se pasó la mano por el pelo, como si agradeciera no haberse corrido ya, pero le jodiera no haberlo hecho. Al levantar la cabeza, me miró, se mordió el labio inferior e hizo un repentino movimiento para atraerme hacia él. Me tumbó sobre su cuerpo, me besó con fiereza, lamió mis comisuras de los labios y gruñó muy alto mientras se frotaba contra mí cuerpo y me agarraba las nalgas.

Entonces volvió a tirar de mí con cierta violencia, me bajó el pantalón del pijama y me hizo sentarme en su pecho. No entendí lo que quería hasta que rodeó mi cadera y me acercó más para poder chupármela.

—Oh... —sonreí.

Por alguna razón, había tenido muy claro que Christian King sería esa clase de activo que no la chupaba; pero, para mi terrible, terrible sorpresa, no lo era. Y no había nada que a mí me gustara más que una buena mamada.

Y yo, al contrario que él, no me cortaba nada a la hora de hundirla del todo, verle ahogarse y agarrarle del pelo para follarle la boca. El único momento en el que me detenía, el para agacharme y escupirle, lo que, al parecer, volvía especialmente loco a Christian King.

—La madre que te parió... —jadeó con la boca y la barba empapada, mirándome por el borde superior de sus ojos humedecidos mientras movía una mano por debajo de mis piernas para poder masturbarse—. Háztelo encima de mí —gruñó, soltando un repentino jadeo que le manchó el pectoral con unas gotas de saliva—. Quiero ver como te pajeas.

Con una mano en la pared y la otra en la polla, mantuve su mirada y empecé a masturbarme, apretando los dientes y gimiendo. Chris me miraba, pero a veces no podía evitar agachar la vista a mi entrepierna, o recorrerme el cuerpo con los ojos y volver a gruñir. Cuando estuve a punto de correrme, no avisé, solo lo hice, manchándole el pectoral, la almohada, el cabecero de la cama e incluso su rostro.

Chris gimió y arqueó las cejas entreabriendo los labios y apurando el feroz movimiento de su entrepierna.

—Joder, joder —dijo momentos antes de usar su mano libre para agarrarme de la cadera y empujarme.

Con mi culo pegado a su polla, al fin se corrió, terminando con una inesperada explosión que me alcanzó la parte baja de la espalda antes de mancharme la nalga.

Fue en ese momento cuando el bombero echó atrás la cabeza y soltó un profundo suspiro, con la respiración agitada, el cuerpo caliente y ligeramente sudado.

—Increíble... —fueron sus palabras.

Razón 19: ser un caos de persona

Hay errores que cometes de forma inconsciente, errores que cometes conscientemente y errores que cometes porque ya das todo por perdido. Esos en los que te dices: ya la he cagado, así que vamos a sacarle el máximo partido a esto.

Como hice yo ese lluvioso y resacoso día de febrero con Christian King.

El mal ya estaba hecho, ya habíamos cruzado esa línea y, por mucho que lo deseara, no había vuelta atrás. Una vez que le comes la polla a tu amigo, deja de ser tu amigo; quieras verlo o no. Nunca nada vuelve a ser lo mismo, porque el pasado no se puede borrar y dentro de ti sabes que algo ha cambiado.

Tras la ducha compartida, una comida ligera y una pequeña siesta, habíamos tonteado con la idea de: sí, nos abrazamos mirando la televisión y nos reímos, pero hay un silencioso acuerdo para no sobrepasarse.

Incluso aunque Chris no dejara de empalmarse debajo de la manta del sofá, insistía en no hacerlo obvio y olvidarse por completo de todas sus bromas sexuales y provocaciones habituales; como si no quisiera incomodarme.

Así que, con todo el placer del mundo, volví a besarle y a agarrarle la entrepierna de la forma más obscena posible, oyéndole soltar un jadeo de sorpresa antes de gruñir con placer y devolverme el beso.

No volvimos a prestar atención a la película hasta que, cuarenta minutos después, había terminado de lamerle de arriba abajo, frotarme contra él, revolverle por el sofá y chupársela hasta conseguir que se corriera sobre su abdomen.

Cuando yo lo hice también, de rodillas en el suelo frente a él, me limpie los labios y le dije:

—Ojalá me la hubiera podido tragar.

Chris sonrió y se pasó una mano por el pelo antes de responder:

—Pff... ojalá.

Le di un par de palmadas en el muslo y, con esfuerzo, me levanté del suelo para sentir una punzada en las rodillas y agitar la cabeza. Aun seguía algo resacoso, pero la mamada había sido maravillosa y la ducha que la seguiría terminaría por despejarme del todo.

Chris también se levantó, prefiriendo terminar de sacarse el slip antes de seguirme desnudo en dirección al baño de la habitación, el único con plato de ducha. Una vez dentro, cerró la puerta y me dijo:

—De todas formas, yo me hice los análisis hace cuatro meses y estoy bien, eh.

—No estoy sugiriendo que tengas nada, Chris — respondí.

—No, ya, pero dijiste que ojalá pudieras tragártelo, y yo te digo que, si quieres... —se encogió de hombros.

En ese momento dejé de mirar el agua de la ducha y me giré hacia él, esperando con la cadera apoyada en el lavabo y las manos a ambos lados de la repisa.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —pregunté.

—Sí, claro —respondió—. Hay quien se lo traga y ni siquiera me pregunta primero —se rio—. Eso sí es salvaje.

—Hay mucha gente con muy poca cabeza y muchas ganas de pasarse la vida tomando una pastilla —le aseguré—. Yo no soy una de ellas.

—No, claro que no —dijo, cruzándose de brazos sobre sus pectorales manchados de su propia corrida—. Solo digo que yo estoy sano y no pasaría nada.

—Tú eres un hombre con una vida sexual muy activa —le corregí—. Y sé que siempre usas protección, pero incluso así puedes llevarte sustos.

Christian perdió la sonrisa y la cambió por un gesto de labios apretados y mirada baja.

—Sí... una vez —se detuvo un momento y tomó una bocanada de aire antes de confesar—: una vez pillé gonorrea y en otra, Sullivan, mi ex, me pasó clamidia.

—Pues eso —murmuré, volviéndome de nuevo hacia la ducha.

—Pero ya estoy curado y me he hecho bastantes análisis desde entonces y todo bien.

Con un suspiro, entré en la ducha y le invité a acompañarme antes de cerrar la mampara de cristal, entonces le rodeé con los brazos y acerqué mi rostro al suyo.

—No dudo de ti, Chris —le dije—, pero yo solo practico sexo sin protección con mi pareja y en una relación monógama, ¿de acuerdo?

—Eso tampoco te asegura que él no te engañe y te termine pasando algo, mírame a mí con Sullivan.

—Ya, pero si no puedo follar a pelo ni con mi novio, casi que prefiero arrojarme desde lo alto de un edificio.

Chris se rio un poco y, apretándome contra él, me dio un buen beso con lengua. Creí que solo sería eso, pero el gruñó y se pegó más, yo gemí y le agarré del pelo mojado y, sorprendentemente, tuve que retirarme un poco para comprobar que el bombero se había vuelto a empalmar.

—Vaya, sí que estás salido —reconocí.

—Buff... eres tú, te lo juro —respondió—. Normalmente no me empalmo tanto.

—Me lo tomaré como un halago —le aseguré, bajando la mano por sus pectorales y su abdomen hasta alcanzar el bulto caliente y carnoso de su entrepierna—. ¿Crees que podrías una segunda vez?

—Oh, sí... —jadeó, acercándose para besarme.

Había tenido mis dudas, pero ahora no entendía cómo la gente podía decir que Christian King era un mal amante. No sé, puede que la cosa cambiara cuando incluía penetración; pero a lo que preliminares, besos y toqueteo se refería, era de todo menos aburrido y decepcionante.

Eso fue lo que le dije tras salir de la larguísima ducha que nos habíamos dado, vestírnos e ir a cenar fuera antes del trabajo.

—¡Te lo dije! —exclamó él, señalándome con los palillos del Takedori, su restaurante de sushi favorito—. Aunque, la verdad, tú lo pones muy fácil —añadió en un tono más bajo, mirándome por el borde superior de sus ojos almendrados.

Me encogí de hombros y ladeé el rostro por un momento mientras iba en busca de una de las piezas de sushi.

—Nunca he sido de los que se quedan quietos —reconocí.

—Oh, no, sin duda —sonrió él antes de mordisquearse ligeramente el labio inferior y añadir en un bajo—: La chupas genial...

—Gracias —respondí antes de llevarme el sushi a la boca y masticarlo un par de veces—. Me gusta muchísimo hacerlo —añadí todavía con la boca llena.

—Se nota —me aseguró, arqueando las cejas y poniendo una expresión de seguridad antes de ir en busca de uno de los rollos de aguacate y arroz—. Woff... —resopló entonces, cerrando los ojos y negando con la cabeza—. Para, me estoy volviendo a empalmar.

—¿Has pensado en que quizá tengas un problema?

—Sí. Tú eres mi problema —respondió.

Terminé de tragar y, con el ceño fruncido, le señalé un momento con los palillos.

—¿Lo dices en serio? —pregunté—. ¿De verdad te pasa solo conmigo o estás exagerando para hacerme sentir mejor?

Chris dejó el rollito empapado en salsa de soja a medio camino hacia su boca y, mirándome por el borde superior de los ojos, respondió con tono serio:

—Me gustas muchísimo, Freddy, desde la primera vez que te vi.

—Ahm... —murmuré.

No es que no le creyera, pero no podía dejar de pensar que con la larga lista de amantes a las espaldas de Christian King, el bombero estuviera exagerando un poco al respecto.

—¿Cuándo empecé a gustarte yo? —me preguntó entonces.

—¿Físicamente? —lo pensé, echando una mirada al techo de lámparas orientales y los paneles con pinturas que separaban las mesas, aportando un aire íntimo y romántico—. Siempre pensé que eras muy atractivo, pero creo que fue la foto tuya en el baño con la toalla la que me puso muy «woff».

Crish se rio y asintió.

—Ya, esa foto triunfó mucho. Tú no tienes ninguna así en el Instagram, te aseguro que las estuve buscando muy a fondo —y volvió a reírse.

—No, no me gusta enseñar demasiado por las redes —murmuré, yendo en busca de otro de las piezas de sushi que ahogar en el vaso de salsa de soja.

—¿Y eso? —preguntó él, frunciendo el ceño—. Tienes un cuerpo increíble.

—No es por eso —le corregí—. No me siento en absoluto mal conmigo mismo, solo es que creo que esa clase de fotos atraen la atención equivocada.

—Ah... —comprendió, dándole un par de toques al mantel con la punta de los palillos—. Sí, yo a veces recibo comentarios bastante desagradables en las fotos.

—¿Lees todos los comentarios? —pregunté con el ceño fruncido y la mitad del rollito en la boca.

—No, no todos —se encogió de hombros—, pero sí que leo bastantes —y antes de que pudiera decir nada, alzó ambas manos y asintió en consecuencia—. Lo sé, no debería hacerlo, pero me aburro mucho en los turnos y no sé qué más hacer para pasar el rato.

—Léete un libro —le sugerí—, como hago yo en las noches sin mucho movimiento.

—Mmh, no me gusta tanto leer —dijo con una mueca algo avergonzada.

—¿Y qué me dices de los audiolibros, o los podcast?

—Mmh... quizá lo pruebe. ¿Conoces alguno bueno?

—Buff —me reí—. Saca el móvil, así los vas anotando...

Razón 20: tener demasiada vida social

Cuando terminamos de cenar y salimos a la calle para despedirnos, Christian King me dio un último beso. Apenas un roce que, tras un gruñido de deseo, se convirtió en un morreo con lengua delante del restaurante japones.

Después se despidió deseándome una buena noche y se dio la vuelta para ir a trabajar.

Ese fue el momento en el que empecé a reflexionar sobre lo que había pasado. Lo hice en mi breve caminata hacia la comisaría de policía y las primeras horas del trabajo.

Y, la verdad, no conseguí sacar nada en claro: probablemente hubiera sido un error, pero había resultado un día muy agradable y con un sexo genial, así que no podía decir que me arrepintiera en absoluto.

Sí, las cosas se habían torcido y al final me había convertido en un nombre más en una lista —como me prometí a mí mismo que no sucedería—, pero tampoco había sido para tanto. No me sentía sucio, ni usado ni nada remotamente parecido.

De hecho, me sentía genial. Chris me había dado tres polvos maravillosos y me había bajado por completo el calentón acumulado tras tanto tiempo sobreviviendo a base de pajas. Y yo le había sacado partido, oh, sí... los recuerdos de esos labios, ese cuerpo y esa polla me iba a acompañar durante mucho, mucho tiempo en mis largas noches.

De eso estaba seguro.

El problema era que, una vez tachado de la lista, Christian empezaría a perder interés en mí y, paulatinamente, dejaríamos de hablar para tan solo dedicarnos rápidos saludos si nos encontrábamos en el Gay Village alguna noche tonta. Sin duda echaría de menos nuestras conversaciones, pero eso era algo inevitable.

Los hombres como Christian King nunca se quedaban por mucho tiempo en tu vida.

—Hola, Freddy, ¿qué tal la noche?, ¿saliste a detener a algún criminal internacional o a desentrañar un misterio sin resolver? —se rio—. Ya he empezado a escuchar algún que otro podcast y, la verdad, me están gustando mucho, sobre todo el de «Yo solo escucho a Jay» —más risa—. Tiene que estar guionizado, no jodas, es imposible que El Invitado sea así de verdad.

Me mandó al día siguiente, poco antes de que me despertara. Cuando le respondí, me mandó otro, y otro después de ese; y cuando le dije que estaba en el gimnasio, me dijo:

—Woofff... ¿y no le enviarías al bueno de Prince una foto?

Me lo pensé un poco y, cuando llegué a los vestuarios, hice un vídeo en bucle. Salía mi rostro en picado, mi ceja arqueada, mi media sonrisa y, por un momento, mi cuerpo sudado y mi polla balanceándose de lado a lado, tan solo un segundo antes de volver a mi rostro.

«WOFFFF WOF WOFFFF», fue la respuesta, la cual, por estúpido que sonara, me arrancó una sonrisa.

Yo no se lo pedí, pero a los veinte minutos, casi cuando había llegado al trabajo, recibí una notificación de vídeo. Entre en el IG y, echando una ojeada alrededor para asegurarme que nadie podía verlo, le di a reproducir. Era Christian King en el baño del parque de bomberos, con su cazadora ignífuga pero sin camiseta debajo. Se veía su pectoral hinchado y sus abdominales, pero se aguantaba los pantalones del uniforme con una mano para que la cintura no cayera más allá del principio de su pubis de pelo claro y corto.

Tomé una profunda respiración y cerré los ojos antes de soltarla.

—Qué suerte tienes ahora mismo de que no te pille así... —le mandé un audio que sonó exactamente como debería: a advertencia terriblemente excitada.

—¿Suerte? Créeme, ojala me pillaras así ahora mismo...

—No, no sabes lo que dices —respondí tras ponerme el uniforme y, un poco por venganza, un poco por hedonismo, enviarle esa foto que todos sueñan tener de un policía.

Esposas incluidas.

Estuve esperando su respuesta, un «woff, woff» o algo así, pero tras pasar diez minutos lo único que me mandó fue un mensaje de apenas diez segundos que decía:

—Me acabo de hacer la paja más rápida y patética del mundo. Gracias por hacerme sentir como si tuviera dieciséis años otra vez.

—De nada —respondí acercándome en móvil a los labios mientras me recostaba en la silla del escritorio—. La próxima vez, haz un vídeo de eso.

Como un resumen rápido de mi relación con Christian King: no esperaba que nada pasara y, de pronto, sucedía.

No era mi intención comenzar a intercambiar sexting en nuestras habituales charlas por Instagram, pero es lo que comenzamos a hacer desde ese momento. Y no era algo que iniciara siempre él, porque, como ya le dije una vez, yo también era un cabrón muy sexual; solo que con las personas adecuadas.

Cuando a la mañana siguiente me mandó un audio dándome los buenos días y preguntándome qué tal, yo le mandé un vídeo de mí en la cama, haciéndome una buena paja debajo de la manta hasta correrme. Terminando, como no podía ser de otra forma, lamiéndome la mano manchada, sonriendo y guiñándole un ojo.

Porque así era yo, todo un príncipe de cuento de hadas.

«¿Te importaría que me descargara el vídeo?», respondió media hora después.

«Como termine colgado en algún sitio, te aseguro que te mato», respondí.

«NO. Te juro que jamás haría eso. De verdad».

Se lo había dicho en broma, porque me fiaba bastante de él; una ironía si me paraba a pensarlo. Que Christian King te traicionara, te engañara y te dejara tirado era algo que te esperabas, pero ni se me pasaría por la cabeza que te hiciera una putada de esas.

«Era broma, Chris. Claro que puedes bajarlo»

«Gracias, Freddy. Muchísimas gracias», me dijo, y, media hora después:

—¿Trabajas este miércoles? Terminé el turno y podíamos ir a tomar una copa al *Hidden Palace*. Es un local que encontré, creo que te va a gustar.

—Trabajo el jueves de mañana, pero el viernes lo tengo libre y el sábado también.

—Jueves a la noche, ¿entonces?

—Perfecto —mandé el mensaje y me levanté de mi sitio para ir junto a Sarah y decirle —: no podré ir a cenar el jueves.

—¿Y eso? —respondió ella, echándome una mirada por encima del hombro mientras le quitaba las esposas a uno de los detenidos, el cual, por cierto, no paraba de amenazarla con denunciarla por acoso policial.

—Una cita —mentí.

—Uuh... —sonrió ella, terminando con las esposas y dándole un leve empujón al hombre para que espabilara —. ¿Has vuelto al mercado?

—Sí, supongo.

—Enséñame la foto —me pidió, dando un cabeceo y mirando el móvil en mi mano —. Tengo muy buen ojo para los gilipollas. Quizá pueda ahorrarte una mala noche.

—Oh, no, es un completo gilipollas —le aseguré —, pero está muy, muy bueno.

—Ahh... —comprendió, asintiendo y dándome un leve golpe en el hombro —. Haces bien, Alfred. Ya era hora de que dejaras de buscar el amor por un momento y te dieras un placer.

—Mmh... —murmuré, arqueando las cejas —. Sí, justo eso es lo que hago.

Y no mentía. Cuando llegó el jueves, me puse mi mejor camisa con estampado de cachemir, mis vaqueros más ajustados, me eché desodorante, me peiné y me olvidé de la ropa interior; porque iba dispuesto a triunfar.

Cuando llegué al local, dejé el chubasquero en el guardarropa y saqué el móvil, diciéndole a Chris que ya había llegado. Después eché un vistazo alrededor. El *Hidden Palace* era un pub gay pero a lo grande: todo un edificio comercial de los antiguos y cuatro plantas decoradas como si aquello fuera una novela de Dickens. Y, para ser justos, allí la gente haría tantas cerdadas como harían en el siglo XIX, así que la ambientación tampoco estaba tan mal pensada.

—¡Ey, Freddy! —me sorprendió una voz a las espaldas.

Christian King me saludó mientras dejaba su cazadora mojada por la lluvia en el ropero. Se había puesto una camisa floral de varios colores, pero se la había abierto hasta el inicio del abdomen, mostrando gran parte de su torso y el colgante militar que se había puesto para la ocasión.

Woff, woff...

—¿Llevas mucho esperando? —me preguntó nada más acercarse y darme un beso en la mejilla.

—No, solo un par de minutos —respondí —. ¿Qué quieres beber?

—Un gin-tonic.

Asentí y me dirigí hacia la barra del bar en lo que, supuse, hubiera sido el salón principal de esa casa de burgueses victorianos.

—El local es increíble —le dije.

—Sí, a mí me encantó cuando vine la... ¡Hola, Josh! —se detuvo de pronto, sonriendo y saludando a un lado.

Cuando giré el rostro vi a un hombre mayor, calvo, con bigote, camiseta de «*Love is Love*» y la mano levantada en dirección a nosotros.

—Un momento —me pidió Chris, yendo a saludar al hombre y volviendo un par de minutos después para decirme —: es el dueño, Josh. Un encanto, la verdad, dice que nos invita a esta ronda.

—Ah, qué bien —asentí.

—Sí —Chris sonrió y apoyó el brazo en la barra, girándose de cara a mí antes de agachar la cabeza y mirarme por el borde superior de los ojos —. Realmente solo quiere que nos quedemos para animar la fiesta. Ya me han propuesto un par de veces pagarme las copas o incluso un poco de dinero para hacer de *community manager* y atraer clientela, pero siempre me niego.

—No me sorprende —respondí, entregándole su copa antes de dar un sorbo a la mía—. Tú ya tienes trabajo y no es uno en el que te paguen por convencer a la gente para que se emborrache y entre en locales.

—Exacto —sonrió—. Además, salgo para divertirme, no para hacer negocios.

—¡Prince! —nos interrumpió un grupo de jóvenes.

—¡Ey, chicos! ¿Qué tal todo? —respondió Chris, volviéndose sonriendo hacia ellos.

De nuevo, me quedé a un lado, bebiendo y esperando a que la conversación terminara. Chris me presentó, pero mi respuesta fue tan vaga y desinteresada como la de ellos por conocerme.

«¿A dónde vas a ir después?», «¿has oído lo del nuevo local que van a abrir?», «hay una fiesta mañana en casa de Longo»...

—Perdona —se disculpó él cuando al fin se fueron—. Pues... ¿qué te estaba diciendo? Ah, sí, que no me gusta atarme a un sitio, ¿sabes? Si aceptara esos trabajos no podría irme y volver cuando quisiera. Ya no sería divertido.

—Veo que ese miedo al compromiso te persigue en varios campos de tu vida —respondí.

Chris se rio y bajó la mirada a la abertura de mi camisa, no tan pronunciada como la suya pero aun así, sugerente.

—Sí, puede que sí —murmuró, lamiéndose el labio inferior antes de volver a mis ojos—. Estás guapísimo esta noche.

—Gracias, tú también est...

—¿Pero quién está aquí?! ¡Si es P-P-P-Prince!

—Joder... —susurré cuando otra pareja nos interrumpió.

Christian King era un animal social y nunca rechazaba un saludo, un apretón de manos o una conversación ligera, pero para el resto de mortales que se quedaban esperando a un lado a que terminara, no era nada divertido.

—Este es Alfred Whitechapel —me volvió a presentar, obligándome a participar en un forzado intercambio de apretones de mano y sonrisas, al menos, por mi parte.

—Madre mía, qué guapo eres —dijo uno de ellos, el más gordo y con barba pelirroja.

—Gracias —respondí con educación, porque lo había dicho de forma elegante, no como un cerdo. Y continuaron hablando como si nada mientras yo esperaba a un lado.

—Perdona —de nuevo otra disculpa—. Son Ricky y Walter, una pareja muy divertida. Son los dueños de una pequeña compañía de viajes y siempre me avisan cuando hay algún plan barato o cancelación de última hora.

—Eso suena genial —asentí, aunque me costó un poco sonar alegre o sorprendido al respecto—. ¿Así conseguiste ese viaje a Canterbury?, me gustaron muchísimo las fotos y me diste una envidia terrible.

Chris se rio un poco y asintió antes de darle dos buenos tragos a su gin-tonic. Entonces se deslizó por la barra y se acercó un poco más a mí.

—Si quieres te aviso la próxima vez y nos vamos tú y yo de viaje —me ofreció con un tono bajo, mirando de mis ojos a mis labios antes de, sin aviso, robarme un beso húmedo con regusto a ginebra.

—Mmh... —gruñí, empezando a sentir una leve presión en los pantalones.

Me lamí el leve resto de saliva que quedó en mis labios y tomé una profunda bocanada de aire.

—No estaría mal —le dije—. Me encantan las escapadas de fin de semana.

—Lo sé —afirmó—, me encantaron las fotos e *stories* que subiste yendo al Shropshire Hills —resopló y arqueó las cejas—. Me diste una envidia terrible esquiando en Escocia. No paraba de mirar todo el rato por si habíais ido con alguien y...

—¡Prince!

Christian King se detuvo, levantó la cabeza y volvió a responder al saludo con una enorme sonrisa. Antes de darme cuenta, ya había otro grupo a nuestro lado. Como las cuatro veces anteriores, me presentó a todos y se pusieron a hablar de sus cosas.

«Hace tiempo que no te vemos», «¿os invitamos a una copa?», «¿Por qué no venís con nosotros al Dice&Roll, hay una fiesta de la espuma esta noche?».

—¿Te apetece? —llegó a preguntarme Chris con una sonrisa.

—Sí, por qué no —murmuré.

Si de todas formas no íbamos a poder mantener una conversación más larga de diez minutos, al menos que fuera por una buena razón, con música alta y alcohol.

Razón 21: ser un celoso

A veces, hay situaciones que sacan lo peor de ti.

A veces incluso las personas más maduras y razonables del mundo caen en la tentación de hacer alguna estupidez infantil y tóxica. No te sientes orgulloso de ello, pero, al final de cuentas, no dejas de ser humano e imperfecto.

Lo que sucedió esa noche no quedaría en mi memoria como uno de los momentos culmen de mi vida, aunque, sinceramente, no puedo decir que no volvería a repetirlo.

Christian King era un hombre que aprendía mejor y más rápido a base de golpes.

Si tienes una cita, la llevas a una discoteca con una fiesta de la espuma y no paras de dejarle de lado para charlar con otras personas o irte a socializar, no esperes que esa persona se quede parada en una esquina y de brazos cruzados esperando a que vuelvas.

Porque eso lo hice las dos primeras veces, a la tercera, me fui a bailar. Casualmente junto al hombre más grande, descamisado y fuerte del local, quien, la verdad, resultó ser bastante agradable.

—Soy Jacob —me dijo al oído tras un breve intercambio de miradas, un casual baile en mi dirección hasta chocarse conmigo y una canción rápida compartida con bastantes roces.

Como muchos otros, estaba hundido en espuma hasta las rodillas y manchado un poco por todas partes, incluido su pelo rapado de profundas entradas. De su cuello colgaba una de esas varitas fluorescentes que daban a la entrada y, de su pantalón militar de cinturón grueso, colgaba su camiseta negra.

—Alfred —respondí, levantándome un poco sobre las puntillas para alcanzar su metro ochenta y muchos.

No era especialmente atractivo, pero tampoco terriblemente feo. Un clásico *hooligan* británico, tatuado, de treinta y pocos, que se pasaba mucho tiempo en el gimnasio pero que no se cortaba a la hora de beber cervezas; así que su cuerpo era imponente, pero poco definido.

—¿Quieres una copa? —preguntó, aprovechando la cercanía para rozar sus labios en mi mejilla.

—Claro —respondí.

Jacob colocó una mano en mi cadera y, muy casual y educadamente, me indicó la dirección a la barra. Me dejó pasar a mí delante —obviamente para ojearme el culo y darme un repaso sin que lo notara— y cuando alcancé el bar, apoyó la cadera muy cerca de mí, se cruzó de brazos y me miró de frente.

—¿De qué trabajas? —me preguntó con una sonrisa en mitad de su barba cobriza.

—Soy policía.

Eso siempre causaba la misma reacción: primero sorpresa, después una mueca de sórdido interés. Jacob añadió además un bufido y un movimiento de cabeza hacia arriba.

—Yo trabajo en seguridad —me dijo.

—¿Ah, sí?, ¿dónde?

—En The Mailbox, el centro comercial.

—Oh, yo voy mucho —le dije—. Vivo en Westside.

Jacob volvió a bufar y descruzó los brazos para pasar uno por la barra e inclinarse sobre mí.

—Pues nunca te he visto por allí, porque te aseguro que me acordaría.

—Es un centro comercial grande —me encogí de hombros.

—Y yo soy un hombre muy grande —respondió, imitando mi gesto de hombros.

—Sí, puede que la próxim...

—¡EYYY! —nos interrumpió de pronto una voz, justo momentos antes de sentir unos brazos alrededor de mi cuerpo y unos labios en mi cuello.

Supe quién era, por supuesto, pero aun así me volví para ver la cara de Christian King, ya algo enrojecida del alcohol y el calor acumulado del local. Se había abierto del todo la camisa poco después de llegar y se había colocado su varita fluorescente al cuello, y la mía; y, al parecer, la de otra docena de personas. Cuando ya llevaba demasiadas de colgante, se le había ocurrido ponérselas en la cabeza y alrededor de las muñecas, porque Christian King no podía pasar nunca desapercibido.

—¿Dónde estabas? Llevo mucho tiempo buscándote... —me dijo con una ebria sonrisa en los labios.

—Me aburría y salí a bailar —respondí, encogiéndome de hombros.

—Ah... —Chris perdió un poco la sonrisa y asintió, como si lo hubiera pillado al vuelo.

Sinceramente, con su larga lista de ex tóxicos, ya debía estar más que acostumbrado a esas indirectas-muy-directas.

—¿Y no me presentas a tu amigo? —preguntó entonces, haciendo un movimiento de cabeza hacia el enorme hombre a nuestro lado.

—Es Jacob —respondí—. Estábamos charlando.

—Sí, estábamos charlando —me apoyó el guardia de seguridad, visiblemente molesto por la interrupción y las confianzas que se estaba tomando Chris.

—¿Charlando de qué? —me preguntó, de nuevo, solo a mí.

Por si la pregunta no fuera suficiente sutil, también me agarró del culo y me apretó más contra él.

—De cosas —me encogí de hombros.

—De cosas... —repitió con una sonrisa y un leve asentimiento antes de darme un repentino beso.

No un pico ni un beso con lengua, sino un beso de exhibición; de esos un poco obscenos con los que estás más preocupado de marcar territorio que de disfrutar. Al terminar, jadeante y sonriente, me dijo:

—Si quieres ir a bailar, puedo llevarte yo, ¿te apetece?

Pasándome la lengua por los labios mojados de saliva, me lo pensé un momento antes de asentir y ceder. Ya había jugado la patética carta de «si tú no quieres, otro querrá»; seguir insistiendo solo me hundiría más y más en la mierda.

—Claro.

Chris sonrió de oreja a oreja y, mirando al fin a Jacob, arqueó las cejas y le dijo:

—Encantado de conocerte, Jodeph.

—Jacob —le corrigió él, a lo que Chris solo respondió con un bajo:

—Me importa una mierda.

Por suerte, estaba lo suficiente borracho para ignorar ese momento y no sentirme mal por haber utilizado al pobre de Jacob, quien nos miró alejarnos con una expresión molesta y seria en el rostro. Una vez en la pista de baile, Chris me rodeó con los brazos por la espalda y me pegó contra él.

—Si necesitas algo, te lo doy yo —me dijo al oído—. No hace falta que vayas a buscarlo a ninguna parte.

Arquee las cejas y entreabrí los labios, porque no estaba lo suficiente borracho para no oír las señales de alarma que escondía esa frase. Sin embargo, cuando me giró hacia él, no tuve tiempo a decir nada antes de que volviera a besarme.

Lo hizo una y otra vez, moviéndonos un poco al ritmo de la música, sin alejarme demasiado de él y siempre rozándome con alguna parte de su cuerpo. Cuando las aguas se calmaron, dejó atrás esa intensidad del principio para relajarse y empezar a bailar como siempre le había visto hacerlo; como un tonto, en esa ocasión, usando el mar de espuma que nos rodeaba. Cuando me vio reírme y sonreír divertido, me animó a bailar con él, me puso espuma en la cabeza, compartió conmigo un par de sus colgantes fluorescentes y volvió a besarme. Sus labios sabían ahora un poco al sudor que le empapaba la piel, pero me siguieron pareciendo lo más delicioso del mundo.

En algún momento, volvimos a la barra para pedir más bebidas que nos bajamos demasiado rápido debido al calor y la sed. Después nos encontramos con otros conocidos de Chris, a los cuales me presentó y quienes nos invitaron a subir a la parte VIP del local.

—¿Te apetece? —me preguntó él, a lo que solo se me ocurrió responder con un encogimiento de hombros.

En el piso superior había barra libre y una pista de baile privada con más espuma que la de abajo, lo que no nos sentó demasiado bien a ninguno de los dos. La cosa se desbocó un poco y, quizá un tanto borracho de más, le desabroché el botón del vaquero y empecé a meterle mano por debajo del pantalón. A Chris no pareció importarle y, de hecho, me llevó con él a una esquina, donde colocó una mano sobre la pared para mantenerse en equilibrio mientras yo le masturbaba y él me besaba los labios y me lamía el cuello.

Terminó por correrse por sorpresa, levantando la cabeza y gimiendo como un cerdo, un ruido que la música alta ahogó por completo. Saqué la mano manchada del interior de su pantalón, la miré un momento y me empecé a reír. Un Chris jadeante y sonrojado me acompañó en la carcajada y, después, me guio de camino al baño, donde pude lavarme las manos mientras él se miraba al espejo y se echaba un poco de agua en el rostro y el cuello.

—¿Nos vamos de aquí? —me preguntó entonces con un deje bastante ebrio en la voz—. Me empieza a aburrir este local.

—Sí, vámonos ya —asentí, dándome un último repaso al espejo.

Tenía la camisa totalmente abierta, tres colgantes al cuello y uno en la cabeza, el pelo revuelto, el rostro colorado, un rastro de chupetones en el cuello y espuma hasta en las orejas; parecía un desastre, pero me sentía mejor que nunca.

Chris se acercó a mí, me rodeó con los brazos y me dio un suave beso antes de sonreír.

Razón 22: ser un desordenado

Christian King siempre cerraba los locales. Parecía el primero en llegar y el último en irse, incluso un jueves a la noche, cuando la mayoría de ellos solo habrían hasta las cuatro. Entonces nos fuimos a una discoteca underground que conocía en el sótano de un edificio del centro y nos pasamos allí hasta las seis, cuando, al fin, dio la velada por terminada.

—Vamos a mi casa, queda más cerca —me dijo después de pararnos en una cafetería a comer un par de sándwiches y algo de café caliente.

La dueña abría muy temprano para atender a la clientela más madrugadora que trabajaba en las fábricas, pero parecía conocer de sobra a Christian King y sus horarios trasnochados.

—Sí —respondí, demasiado cansado y aterido por la lluvia y el frío como para no pensar más que en tumbarme en la cama más cercana.

Chris me llevó entonces a su apartamento en las afueras de Duston University. Y no solo vivía en la zona universitaria, sino que parecía que también vivía «al estilo universitario». Su apartamento era un completo desastre: ropa tirada por todas partes, envases de comida, leche y cajas apiladas en la cocina, la cama deshecha...

Miraba todo aquello con la lejanía de alguien que tenía otras prioridades en ese momento más allá de quejarse o juzgar. Me dejé guiar por el bombero hacia el pequeño cuarto y cuando vi la cama, solo me tiré encima y resoplé; resoplando más fuerte cuando Chris se dejó caer encima de mí y me empezó a besar la nuca y el cuello.

Siempre piensas que el primer polvo tiene que ser especial: quizá después de una cena romántica, o una noche especial, o en un bonito hotel... no en una cama deshecha, borrachos y trasnochados.

Pero eso fue lo que sucedió entre Christian King y yo.

En el momento en el que empezó a frotar la entrepierna contra mi culo, me puse un poco cachondo y me giré, rodeándole el cuello para besarle su boca pastosa y caliente. La sucesión de acontecimientos perviviría en mi mente como un recuerdo vago y no demasiado emocionante. Chris me abrió un poco la camisa, me lamió los pectorales, se detuvo para quitarse su camisa y desabrocharse el pantalón, volvió a besarme y, mientras tanto, me bajó el vaquero.

Con una pasión apagada y algo jadeante, fue en busca de los condones en la cómoda de la cama, sacó uno y lo abrió para ponérselo, equivocarse de lado, sacárselo con un gruñido de enfado y volver

a ponérselo bien. Yo miraba todo aquello con las manos tras la cabeza y la expresión de un ladrillo. Tenía ganas de follar, pero no tenía ganas de esforzarme lo más mínimo por hacerlo.

No hubo mamadas apasionadas, ni roces ardientes, ni movimiento desbocado de lado a lado entre las mantas. Chris volvió a inclinarse en busca del lubricante, se echó un poco en el condón y otro poco en la mano para hacerme unos dedos que abrieran camino. Gemí por lo bajo y cerré los ojos y, cuando fue suficiente, el bombero volvió a tumbarse sobre mí para metérmela.

Al final tuve que ayudarle, porque no paraba de hacer presión contra un lado de mi nalga y errar en el intento. Bajé una mano y le llevé la polla pegajosa en dirección a mi ano, momento en el que al fin su lenta embestida sirvió para algo.

Como punto positivo he de decir que Christian King no era de los gilipollas que intentaba meterla de golpe como si estuviéramos en alguna clase de película porno. Tuvo cuidado, fue poco a poco y me preguntó en varias ocasiones si me hacía daño o si estaba bien. Cuando asentí y usé las piernas alrededor de su cintura para empujarle del todo dentro de mí y gemir, le quedó claro que todo iba muy bien.

Tras eso, fue totalmente un polvo de borrachos. La clase de sexo que esperas compartir con tu pareja de cinco años, no con tu nuevo ligue cañón y bombero. Chris movía suavemente la cadera, jadeaba en mi rostro, me agarraba del pelo y cerraba los ojos antes de apoyar la frente sobre la mía. A veces soltaba algún:

—Joder... sí...

Y yo le respondía con:

—Oh... mmmh... joder, no pares.

Hasta que poco después aceleró el ritmo, la sacó deprisa, se quitó el condón y terminó por correrse encima de mí. Había algo terriblemente erótico en el hecho de que Christian King siempre se corriera fuera si podía. Algo intoxicantemente sórdido en la forma en la que apretaba los dientes y te miraba de arriba abajo mientras se masturbaba, con los músculos tensos y brillantes del sudor, hasta mancharte por completo como si quisiera marcarte.

Tras aquello, se quedaba exhausto y solía dejarse caer sobre mí.

Medio minuto después, se incorporó apoyado en las manos para mirarme con sus ojos nublados y preguntarme con voz ronca:

—¿Te has corrido?

Negué con la cabeza.

—Espera... —murmuré, queriendo sacarla de dentro, pero le detuve con un gesto y empecé a machacármela, usando mi otra mano para atraerle hacia mí.

Chris me besó durante un rato hasta que, no mucho después, me corrí con un gruñido alto y tomé una gran respiración que soltar en un suspiro.

Entonces fue cuando él la sacó, se hizo a un lado, se quitó el condón y, como si nada, lo dejó sobre la cómoda de la cama. Cuando fui a limpiarme al baño y volví, ya estaba roncando boca arriba, con una brazo sobre los ojos y las piernas abiertas ocupando casi el 70% de la cama.

¿Cómo no caer rendida e irremediablemente enamorado de Prince viendo aquello? No me extrañaba que sus ex lucharan a muerte por quedarse con él...

Esa fue la gran ironía que me acompañó el escaso minuto que tardé en quedarme dormido a su lado. Cuando desperté, me estaba abrazando por la espalda y clavándome su polla otra vez erecta. La luz entraba con demasiada fuerza y claridad por la ventana del fondo y me hacía arder los ojos como si me clavara pequeños alfileres. Con un gruñido, me levanté y fui a bajar la persiana con tal fuerza que resonó por toda la casa, después cerré la puerta y volví a la cama, donde un adormilado Christian King me recibió entre los brazos y volvió a caer dormido.

No fue hasta más o menos una hora después que nos desvelamos y, tontamente, empecé a darle besos en el cuello y el hombro. Chris giró el rostro y sonrió en la penumbra de la habitación, devolviéndome un buen beso con lengua. Empalmado y cachondo, me puse sobre él y abrí las piernas a horcajadas.

Ese sería el auténtico momento de la verdad.

Descendí por su cuello sus pectorales, sus abdominales —los cuales me volvían especialmente loco—, en dirección a su miembro bastante erecto y mojado, lamiendo la gota viscosa y cálida que, como rocío de la mañana, le decoraba la punta gruesa. Gemí de placer y él gimió más alto, empezando a gruñir cuando me la metí en la boca. Después lamí sus pelotas y gateé en busca de sus labios, los cuales me recibieron con bastante pasión.

Chris me volcó a un lado y me devolvió el favor, descendiendo entre las mantas revueltas hasta ponerse entre mis piernas y chupármela, pero solo un pequeño repaso antes de agarrarme de la cadera y levantarla para seguir por mis huevos en dirección a mi ano. Que me comieran el culo no era algo que me entusiasmara, pero Chris lo hacía bastante bien, mejor que las mamadas, eso sin duda.

Incluso le escupió un par de veces, recibiendo un sórdido:

—Oh, sí... —de mis labios sonrientes.

Chris se rio entonces y murmuró:

—Sí, ya empiezo a darme cuenta de que te va lo sucio...

—Claro, y a ti no...

—Woff... —fue su respuesta de camino a mis labios, cubriéndome con su boca empapada en saliva y con sabor a mí.

Su intención fue volver a repetir el misionero, pero me negué. Le volqué a un lado y fui yo en busca del condón para ponérselo, coger una buena cantidad de lubricante y empaparle la polla y mi ano. Entonces empecé a sentarme. Christian King no paraba de sonreír y gruñir por lo bajo, con una mano tras la cabeza y la otra en mi cintura. Cuando estuvo toda dentro, ambos gemimos casi al mismo tiempo.

Empecé a cabalgarle al más estilo vaquero, primero apretando sus pectorales con las manos, después un poco inclinado hacia atrás, con las manos en sus piernas torneadas, hasta que finalmente me incliné hacia delante y le besé con pasión. Chris empezó a mover la cadera y a buscar mis ojos. En un momento, me agarró del mentón y apretó los dientes, jadeante.

—Eres una guarra, ¿eh...? —me dijo inmerso en la excitación antes de escupirme en la boca.

En otro momento, quizá uno en el que no estuviéramos follando, me hubiera sorprendido de eso, pero en ese instante solo gemí y volví a besarle con ferocidad. Sintiendo que no iba a aguantar mucho más, empecé a tocarme mientras Chris me agarraba del cuello y jadeaba en mi rostro, clavándome sus ojos de un azul oscuro, casi negro en la penumbra.

Su mueca era cada vez más seria y enfadada hasta pocos momentos antes de que me corriera, manchándole el pecho y la barba del mentón, instante en el que abrió la boca, frunció el ceño y empezó a perder el aire, apretando el abdomen antes de correrse con cortos golpes de aire.

Entonces se hizo el silencio. Me eché sobre él y hundí la cara en el hueco de su cuello, tratando de recuperar la respiración y el ritmo normal del corazón. Ninguno de los dos dijo nada en un par de minutos antes de que me quitara de encima y Chris apartara la mano con la que me había estado acariciando la parte baja de la espalda.

Pasándome una mano por el tupé revuelto y mirando el techo ennegrecido, le dije:

—Si te va ponerte mandón durante el sexo, por mí no pasa nada, eh.

—¿Qué? —preguntó, como si no me hubiera entendido.

Giré el rostro y me topé con su mirada de rostro ladeado de media sonrisa.

—Que no paras de cortarte todo el rato —respondí—. Como que quieres agarrarme pero me sueltas enseguida, y a veces se nota que quieres decir algo pero resoplas y no lo dices.

—Ah... —comprendió.

—Pues no hace falta.

Chris se encogió de hombros y miró hacia el techo. Con un brazo, me rodeó el cuerpo y me atrajo a él para que apoyara la cabeza en su hombro.

—Me pongo un poco tonto cuando estoy muy cachondo —murmuró—. No quería incomodarte.

—Me incomoda más que no lo hagas —le aseguré—. Pareces frustrado.

Chris se rio en la penumbra de su habitación desordenada.

—Me pongo muy tonto —insistió y, tras un breve silencio—. Posesivo.

—Ahm... —murmuré—. Pues no me vas a asustar.

El bombero me atrajo un poco más para poder darme un suave beso en la frente.

—Tomaré nota —respondió, terminando con el tema.

Después de eso, no nos movimos demasiado. Abrazados entre las mantas deshechas, juraría que volví a caer dormido antes de despertar por el ruido de una alarma del móvil. Levanté la cabeza de pronto y parpadeé, demasiado acostumbrado a sorprenderme por anuncios inesperados. Chris chiscó la lengua y me movió con cuidado a un lado para poder levantarse e ir en busca de su teléfono móvil, perdido en algún bolsillo de sus vaqueros.

—Perdona, es la alarma del gimnasio —farfulló mientras la pantalla se iluminaba, cegando su rostro en la penumbra y dándole un aspecto fantasmagórico.

—¿Qué hora es?

—Las cinco.

—Pfff... —resoplé, dándome la vuelta para hundir la cara en la almohada.

—Tengo un poco de hambre, ¿quieres ir a tomar algo?

Respondí que sí, pero tuve que repetirlo, en esa ocasión levantando la cabeza para que se oyera algo de lo que decía.

—Sí, suena bien.

—Entonces nos damos una ducha y vamos —declaró, inclinándose en la cama para darme una cachete en el culo antes de tirar de mi pie.

Con un gruñido de queja, me levanté y le seguí al baño del pasillo; igual de desordenado que el resto de su casa. Por alguna razón, tenía el cepillo de dientes en la ducha y una montaña de toallas sobre el bidé.

—Eres un desastre —dije al fin—. ¿Cómo puedes vivir así?

—Ya... soy un poco desordenado —reconoció, aunque ese «poco», sobraba—. Aunque con mis horarios y mis idas y venidas del parque de bomberos, no tengo mucho tiempo para ordenar.

—Eso es solo una excusa —le dejé bien claro, uniéndome a él en el interior de la ducha.

—No, qué va —se atrevió a decir, a lo que solo tuve que señalar las sandalias que, por alguna razón, había alineadas a un lado del plato de ducha—. Ah, sí, así se secan —me dijo.

—De hecho, se mojan más.

—No, qué va.

Busqué sus ojos y puse una expresión seria de ceja arqueada, pero él la ignoró, se mojó el pelo y me ofreció el sitio mientras se enjabonaba.

Christian King era un caos de persona que no limpiaba casi nunca y vivía en una pocilga. Si eso no te quitaba las ganas de llegar algún día a convivir con él, no sabía qué lo haría.

Razón 23: su mala fama

A finales de Marzo el tiempo se volvió más lluvioso y húmedo, pero las temperaturas subieron lo suficiente para tener que preocuparte solo de protegerte de la humedad, y no de pasar frío. Fue en esa época cuando nos dieron nuevas cazadoras en la comisaría, más elegantes y de mejor calidad que las antiguas.

Cuando me saqué una foto con ella y se la mandé a Chris, este respondió con un simple:

«Tráetela a casa. Woff», lo que me sacó una leve sonrisa y un bajo suspiro.

Christian King y yo llevábamos follando un mes y, por el momento, no parecía haber señales de que fuera a terminar pronto. En algún momento se terminaría, por supuesto; pero todo lo bueno en la vida lo hacía.

El secreto es siempre disfrutar del camino, no amargarse por su inevitable final.

Y yo lo estaba disfrutando muchísimo. Nunca había sido la clase de persona que creyera estar cómodo con una situación como aquella: con un follamigo, o un rollo, o lo que se supusiera que fuera lo que teníamos Christian King y yo. Sin embargo, me estaba encantando. Me sentía muy

cómodo y, aunque con limitaciones —como no poder hacerlo a pelo ni tragármelo—, seguía siendo muy divertido.

Follaba siempre que quería y Chris nunca me decía que no; porque tenía un ritmo sexual muy similar al mío, donde cada día contaba y no importaba el lugar. El bombero todavía me recordaba con una fina sonrisa la vez que me había mandado una foto un sábado noche, de fiesta, diciéndome que me echaba de menos y que tenía a un pesado que no dejaba de seguirle.

—Es una fiesta de semáforos, ya sabes, de esas que te ponen pegatinas de colores. Verde si estás soltero, amarillo si tienes algo pero no es serio y rojo si estás en pareja —me explicó, posiblemente en un momento en el que había ido al baño, porque se oía la música de fondo a la vez que su balbuceo borracho—. Joder, ojalá estuvieras aquí. Es muy divertido. La música es genial y, además, hay un puto pesado que no deja de perseguirme por todas partes. Ya le he dicho que no e insiste una y otra y otra y otra vez. No para, en serio. ¿Tú qué tal en el trabajo? Quizá pueda ir a buscarte de madrugada a la salida.

Entonces había dado la vuelta en el coche patrulla, había ido al Gay Village y le había buscado en la discoteca de esa fiesta de semáforos, encontrándole a un lado de la barra, bebiendo y charlando con un joven. Como era de esperar, Christian King era el que más pegatinas llevaba, por toda la ropa e incluso en la cara, todas de un rojo brillante, como si le hubiera salido un brote de sarampión.

Cuando me acerqué, la gente se apartó y al pararme delante del bombero, incluso su amigo dejó de toquetearle el brazo para girarse y mirarme sin entender qué pasaba. ¿Por qué había un policía de la Scotland Yard con cara de muy mala hostia en mitad del local?

—¿Freddy? —preguntó él, parpadeando un par de veces para asegurarse de que no estaba soñando despierto.

—Venga conmigo, señor King —respondí yo, dándole la vuelta para colocarle las esposas en las muñecas y tirar de su camisa de flamencos en dirección a la salida.

Aquello llamó mucho la atención, más a la salida, cuando los fumadores nos vieron cruzar y empezaron a murmurar. Al día siguiente, todas las maricas de Birmingham conocerían la historia. Prince detenido, todo un bombazo.

Por mi parte, metí a Chris en la parte trasera del coche, le di un portazo y fui a la parte del conductor. El bombero me hizo algunas preguntas a través de la reja que separaba el asiento de delante del de atrás, pero no recibió muchas respuestas hasta que alcanzamos un aparcamiento subterráneo cercano, donde presenté mis credenciales para que nos dejaran pasar de forma gratuita.

En uno de los pisos más altos, aparqué, salí del coche, fui a la parte trasera y me metí. Chris parecía hasta asustado, con los ojos vidriosos del alcohol y completamente confundidos; al menos, hasta que le comí la boca y le agarré con fuerza la entrepierna.

La mamada que le hice esposado en la parte de atrás del coche de policía fue una cosa para el recuerdo. Cuando terminamos, un jadeante Christian King de cabeza recostada en el respaldo, soltó un bajo:

—Te quiero... —y yo me reí, porque la broma había sido graciosa.

Le quité las esposas, me limpié la boca y le pregunté:

—¿Te llevo de vuelta?

Él negó con la cabeza, se frotó el rostro y se quitó una de las pegatinas rojas que le colgaban de la mejilla, tirándola a un lado.

—¿Puedes acercarme a casa? —preguntó.

—Sí, claro —respondí, invitándole a acompañarme en la parte delantera.

De camino a su apartamento, miró al frente y empezó a suspirar, demasiado borracho, aturdido por la mamada y el agradable calor del coche patrulla, sumido en una suave penumbra solo interrumpida por la radio policial. Respondí a un par de avisos y prometí ir a un incidente del centro, al parecer, algún tipo de robo a mano armada.

Cuando dejé a Chris, este se volvió, me dio un beso en los labios y se despidió con un bajo:

—Nos vemos mañana.

Aquel divertido momento, por desgracia, tuvo algunas consecuencias; aunque no tan terribles como las que podría haber habido, ya que lo que hice había sido bastante ilegal y me hubiera podido meter en serios problemas: una detención injustificada, mal uso de la autoridad y usar propiedad de la policía para actividades sexuales... cosas serias.

Por ello, que en el Gay Village se hubiera difundido el rumor de que Prince y yo estábamos follando, no fue para tanto. Se nos veía bastante juntos últimamente, pero no fue hasta esa broma de la detención que la gente empezó a hacerse sus fantasías.

Todas bastante dramáticas y sin sentido, pero estábamos hablando de la comunidad gay, así que... casi era de esperar.

—¿Es verdad que estás con Prince y andas a perseguirle y vigilarle para que no se líe con otros? — me preguntó Fred con tono muy serio una mañana.

—No —negué calmadamente, terminando de sacar mi café solo de la máquina.

—No me mientas, Alf —insistió, dejando caer el hombro en la pantalla con la imagen de una mujer que se debía haber metido infinidad de sustancias ilegales para poder disfrutar tantísimo del cappuccino que sostenía en la mano—. Thomas, Ernie y Halton me han dicho que os han visto juntos un par de veces por el Village y Paul asegura que os vio saliendo de la fiesta esa de los colores, y que tú parecías muy enfadado.

Me giré hacia el agente de tráfico, con su uniforme del trabajo y su gorra de banda reflectante, y me encogí de hombros.

—No estoy persiguiéndole ni vigilándole.

—Pero estás con él —inquirió.

—Mmh... —me lo pensé, pero Fred no me dio ni tiempo a responder antes de dar un golpe en la pantalla de la máquina de café.

—Joder, Alf, te advertimos todos sobre él.

—Sí, lo sé —respondí, alzando mi mano libre en dirección a su hombro—. Tranquilo, no me lo estoy tomando en serio ni nada.

—No, más te vale que no —me aseguró con expresión seria—, porque cuando se aburra se irá y te dejará tirado como a una mierda.

Y, en un golpe de dramatismo, fingió lamer la punta de un bolígrafo imaginario antes de tachar algo en su mano.

—Alfred Whitechapel... follado.

—Pfff... —resoplé sin poder evitar poner los ojos en blanco y negar con la cabeza—. Tampoco te hagas el digno, Fred. Todos tus amigos tienen un novio nuevo cada mes y, que yo sepa, más de la mitad de ellos han intentado follar con Chris, así que...

—Sí, pero tú decías que querías algo serio —me acusó.

—Y lo quiero —le aseguré—, pero eso no tiene nada que ver con mi relación con Christian.

—Pues no vas a conseguir nada serio si sigues perdiendo el tiempo con él.

Ladeé el rostro y arqueé ligeramente las cejas. Sabía que Fred estaba un poco dolido por la situación. Tras sus infructuosos intentos por ligar conmigo al principio, había dejado el tema olvidado, aunque ambos sabíamos que en el fondo aún tenía la esperanza de que yo cambiara de idea y aceptara esa cena juntos que tantas veces me había sugerido tener.

Que hubiera caído en las redes del famoso Prince, era algo que le había decepcionado bastante.

Y, por lo que descubrí no mucho después, no fue el único. Nuestro grupo de amigos en común, con los que solíamos salir de vez en cuando, también tuvieron el detalle de dejarme clara su posición al respecto.

—Hemos apostado por ver cuánto tiempo dura sin follarse a otro —me dijo Will, especialmente sonriente y agradecido de ya no ser el único al que Prince había usado y dejado tirado—. Yo digo que una semana.

—Yo aposté por dos —añadió Paul, su pareja abierta, antes de guiñarme un ojo—. Estás demasiado bueno para soltarte tan rápido.

—Gracias —murmuré con tono bajo—. Una pregunta, ¿por qué todos creéis que lo mío con Christian va en serio?

Todos intercambiaron una mirada, pero fue Jamie, o Jasmine, porque esa noche iba en drag, la que me dijo:

—Porque no para de subir *stories* de vosotros juntos.

Razón 24: estar obsesionado con las redes

Christian King pasaba mucho tiempo con el móvil en la mano. Demasiado. Incluso cuando estábamos juntos aprovechaba momentos de vacío para repasar los mensajes y notificaciones: tumbados en la cama, mirando una serie poco interesante, tomando un café... esa clase de situaciones.

Por costumbre, no solía mirar las IG *stories* de Chris. La verdad es que no me interesaban tanto y, después de todo, el bombero ya me contaba casi todo lo que hacía, así que no vería nada nuevo.

Lo que no sabía era que esas fotos que nos sacaba de vez en cuando eran para enseñar a todo el mundo.

—¿Qué haces? —le pregunté en la siguiente ocasión en la que le pillé haciéndonos una selfie.

O, al menos, Chris se estaba haciendo una selfie, porque yo seguía abrazado a él en la cama, con los ojos cerrados y descansando tras una larga mañana de trabajo y un buen polvo de tarde.

—Nada —respondió, ya escribiendo algo en el móvil—. Subir un vídeo.

—¿Qué vídeo? —quise saber, levantando la cabeza de su hombro para mirar la pantalla con ojos entrecerrados.

Chris no tuvo problema en mostrarme la imagen que acababa de sacar, un vídeo en bucle, en picado, él sonreía y sacaba la lengua fuera y yo descansaba pegado a él entre las mantas. A un lado había escrito: «Tarde de lluvia en camita con la mejor compañía (emoji de ojos de corazón)».

—¿No te parece raro? —pregunté, volviendo a recostar la cabeza.

—No —se encogió de hombros y continuó preparando la *storie*—. ¿Por qué?

—Porque somos nosotros en la cama —insistí, decidiendo dejarle llegar por sí mismo a la conclusión de que esas imágenes que subía eran confusas y no venían a cuento.

—No creo que la gente piense que quedamos solo para darnos la manita, Freddy. Ya nos han visto por el Gay Village —respondió como si nada.

—Lo sé, pero es raro —repetí, acentuando el «raro».

Chris frunció el ceño y echó una nueva ojeada al vídeo en bucle, girando el móvil como si al verlo desde otra perspectiva le ayudara a encontrarle un nuevo significado.

—No es raro —concluyó—. Raro sería si saliéramos en una postura sexual o dando a entender que estamos follando. Esto es solo lindo.

Tomé una bocanada de aire e hinché los mofletes antes de hacerme un lado y soltarlo, pasándome una mano por el tupé revuelto.

—¿No te parece que puede dar la idea equivocada? —pregunté, bajando la mano hasta dejarla caer sobre las mantas revueltas de su cama.

—Somos adultos —me dijo, abriendo las manos y mirándome por el borde de los ojos, como si la conversación ya le empezara a molestar un poco—. Estamos desnudos, pero no se ve nada. Sabes que yo no subo esa clase de cosas guarras.

—Yo no he dicho eso —respondí, porque sabía que a Christian King le molestaba bastante que le confundieran con un gigoló.

Cuando se lo sugerían o lo daban por hecho, se reía y lo negaba, pero después se quejaba en la intimidad. Al igual que cuando leía comentarios dónde le preguntaban si tenía un OnlyFans. A veces me mandaba capturas y me preguntaba si «me parecía normal».

Mi respuesta: No, no me parece normal, pero tampoco puedes decir que no les des motivos para preguntar.

—Entonces, ¿qué idea te parece que pueda dar? —pregunto tras un breve silencio mirando el móvil—. Podemos subir más las mantas si te incomoda.

Lo pensé, tan claro y vívido en mi mente que fue como si lo hubiera dicho en alto.

«Me parece que la gente va a creerse que somos pareja».

Pero no lo dije, y no puedo explicar la razón de por qué no lo hice.

Quizá no quería romper el hechizo y caer en la fría realidad. Como ya dije, hay que disfrutar del camino.

—No, no pasa nada —murmuré con la mirada perdida en el techo—. De todas formas, preferiría que dejaras de hacernos fotos en la cama.

—Ahm —murmuró un momento antes de asentir y dejar el móvil a un lado—. Sí, claro.

Entonces el teléfono vibró sobre la mesilla y lo cogió de nuevo, echando un vistazo antes de mostrármelo con una amplia sonrisa.

—A la gente le encantó la *storie*.

—Me da igual —respondí, echándole una mirada por el borde de los ojos—. Abusas mucho de las redes sociales, Chris.

El bombero frunció el ceño y dejó lentamente el móvil de vuelta en la mesilla.

—Solo las uso cuando me aburro.

—Pues debes aburrirte mucho.

—Sabes que el trabajo no...

—No —le interrumpí—, porque también ojeas el móvil cuando estamos juntos, cenando o mirando una película.

Christian bajó la mirada y se recostó a mi lado, de cara a mí.

—Tengo un poco de TDAH y me cuesta estar haciendo solo una cosa —murmuró—. Pero siempre te presto atención, aunque no lo parezca. De hecho, me resulta más fácil escucharte si mientras hago algo.

—Ya sé que me prestas atención —respondí con calma—, solo digo que deberías reorientar esa necesidad de distraerte con algo que no sean las redes sociales.

Otro breve silencio después, volvió a murmurar:

—Sí, quizá tengas razón.

—Y deja de leer los comentarios —añadí, volviéndome hacia él para mirar su atractivo rostro y darle una ligera caricia—. No te sienta nada bien.

—Porque la gente es estúpida.

—Sí —asentí—, la gente es estúpida y utiliza el anonimato o la facilidad que aporta el mundo digital para soltar toda clase de gilipolleces que en la vida te dirían a la cara. Cada semana nos llegan docenas de denuncias de *bullying* electrónico y la cosa solo va a peor.

—Es que no entiendo qué ganan insultando —dijo con un tono serio y algo dolido—. Yo no me meto con nadie, solo subo las fotos que me gustan y en las que creo que salgo guapo, como hacen todos. Pero siempre hay alguien llamándome «vividor», o «que busco atención», o «que me quite más ropa», o que «para esto pago mis impuestos, para que los bomberos se exhiban como putas y no trabajen».

Terminé poniendo los ojos en blanco y soltando un leve suspiro.

—Primero, ¿te das cuenta de que los únicos comentarios en los que te fijas son siempre los negativos? —pregunté.

—Porque no los entiendo.

—No, porque son los únicos que te importan —le corregí—. Y, segundo, creo que ya habíamos llegado a la conclusión de que la gente es gilipollas. Tú eres muy guapo, tienes muy buen cuerpo y trabajas de algo que la gente considera «sexy y apasionante». Posiblemente la mayoría de personas que te escriban esas cosas tengan envidia, o se sientan frustrados con sus propias vidas y lo paguen contigo.

Chris escuchó cada palabra como si bebiera de ellas, asintiendo con lentitud y mirándome fijamente en la penumbra de su habitación.

—Por otro lado —añadí, ladeando ligeramente el rostro—. La imagen que proyectas por las redes es bastante frívola, como si te pasaras el día posando sin camiseta, follando o de fiesta. Tienes que entender que, si eso es todo lo que enseñas, eso es todo lo que la gente va a ver de ti.

—Nadie sale llorando en las redes sociales —me aseguró.

—Eso es mentira, hay muchas formas de llamar la atención —sonreí.

—Eso es cruel, Freddy. Quizá esas personas solo estén buscando ayuda —sugirió.

—Créeme... —murmuré, volcándome a un lado para mirar el techo y estirarme en la cama, tras un jadeo, terminé por decir—: la gente que necesita ayuda de verdad, no lo dice.

—Ya, eso es verdad...

Algo en la forma en la que dijo eso, provocó una alarma en mi cabeza. Giré el rostro hacia él y le pregunté con tono muy serio:

—¿Necesitas ayuda, Chris?

—No —respondió al momento, como sorprendido de mi pregunta—. No —insistió al verme arquear una ceja—. Yo... tuve un par de malas épocas, pero estoy bien, de verdad.

—¿Cómo de malas?

Un silencio después, respondió:

—Bastante malas.

Deslicé la mano hacia la suya y entrelacé nuestros dedos, dándole un leve apretón.

—¿Has pensado en ir al psicólogo?

—Uff, no —murmuró—. Como se supiera en el trabajo, podrían darme la baja o incluso invalidarme para el puesto. Nadie quiere a un bombero trastornado.

—Ya, nadie quiere tampoco a un policía trastornado —le aseguré—, pero trabajamos bajo mucho presión y muchos se piden la excedencia para cuidar de su salud mental, porque eso es más importante que su trabajo.

Chris puso una mueca de labios apretados y apartó la mirada.

—Me gusta mucho mi trabajo, perderlo sería un golpe muy duro para mí.

—Conozco a un coach muy bueno, ya sabes, mitad psicólogo, mitad entrenador personal y mitad motivador —le dije—. No es psiquiatra, pero puede ser un buen inicio. A mí me ayudó bastante en el pasado, si quieres, te paso su número.

Chris se lo pensó un momento y murmuró un bajo:

—Quizá, no sé. De todas formas, ahora estoy bien.

Me limité a asentir y dejar pasar el tema, porque insistir no iba a valer de nada. Ya le había dado la opción, ahora era decisión suya tomarla o no.

Razón 25: no poder confiar en él

Christian King me mandó un mensaje que decía:

«Tenemos que hablar», y supe que había llegado el final. Dos meses después, al fin había sucedido lo inevitable. Con un profundo suspiro me recosté en la silla del escritorio y respondí:

«Claro. ¿A la tarde voy a verte al parque de bomberos?»

«Si no te importa, sí».

No, claro que no me importaba. Después de todo, qué menos que me lo dijera a la cara. No me importaba el cuándo ni el quién, solo que me pidiera perdón mirándome a los ojos.

Fue a la salida del trabajo, yendo en bicicleta en dirección a las afueras, cuando empecé a darme cuenta de que Christian King no me debía ninguna explicación. Después de todo, no éramos nada. Y sin embargo, no podía quitarme de encima esa sensación de traición.

Quizá él sintiera lo mismo.

Era más que razonable pensar que a esas alturas ambos habíamos desarrollado una relación íntima y de confianza que, al menos, se merecía ciertas explicaciones.

Nada más alcanzar la verja del parque de bomberos, me detuve frente al telefonillo y timbré un par de veces seguidas.

—Hola, Sally, soy Alfred —le dije cuando la mujer respondió.

—Ah, hola, Alfred. Prince ya me dijo que te pasarías por aquí —respondió, abriéndome la puerta corrediza para que pudiera pasar.

En teoría, durante los turnos de tres días no podían recibir visitas; en parte para no distraerse y en parte para que aquello no se convirtiera en una comuna ni un picadero. Aún así, nadie decía nada por una visita rápida.

Una vez en el interior, dejé la bicicleta a un lado de la pared de ladrillos y, antes de que pudiera alcanzar la puerta roja, Chris ya estaba saliendo. Llevaba el pelo algo revuelto, se acababa de recortar la barba —algo que hacía a menudo debido al aburrimiento—, y se había puesto el uniforme de descanso de verano, aunque todavía caían algunas lluvias inesperadas de finales de abril.

—Hola, Freddy —me dijo.

Por alguna razón, sonreía.

—Hola, Chris, ¿de qué querías hablar? —atajé, porque si algo me gustaba, eran las conversaciones directas y al grano.

El bombero apretó los labios y agachó un momento la mirada al suelo, haciéndome un silencioso gesto para que le acompañara hacia la parte ajardinada de la propiedad. De camino, se metió las manos en los bolsillos de su pantalón azul marino de rayas rojas y tomó una buena bocanada del aire húmedo.

—Escucha, Freddy... —murmuró—. Me han dado los resultados de los análisis...

—Ay Dios mío —jadeé, deteniéndome en seco para llevarme una mano al pecho.

—No, no —negó él al momento, sacándose las manos de los bolsillos para alzarlas en alto—. Todo bien. Estoy sanísimo.

—Ay Dios mío... —solté el aire con profundo agradecimiento, cerrando los ojos por un instante.

Chris soltó una leve risa nerviosa y se llevó las manos a la cadera, arqueando una divertida ceja antes de preguntar:

—¿Pero qué te creías que iba a decirte? No soy tan puta, eh...

—Lo sé, Chris —respondí con sinceridad—, pero por un momento me asustaste.

—No, joder —murmuró, perdiendo parte de su mueca divertida para fruncir el ceño.

Solía hacer eso cuando algo le dolía un poco, pero no quería parecer dolido al respecto.

—Vale —le dije, forzando una sonrisa antes de colocar una mano en su brazo, animarle a seguir caminando y retomar el tema principal—. Entonces, ¿por qué querías hablar conmigo?

—Pues había estado pensando que... —dudó un momento—, como tú te los hiciste la semana pasada... —más dudas—, podríamos dejar lo del condón a un lado —concluyó, echándome una rápida ojeada por el borde de los ojos.

Por un momento parpadeé y tardé un par de segundos en conseguir que las piezas del puzzle se unieran en mi cabeza.

—Ah —dije entonces—. Lo... lo siento, Chris, pero ya sabes que solo hago eso con...

—Sí, en relaciones monógamas —asintió, mirando al frente con expresión entristecida antes de sorber aire entre los dientes.

Moví la mano de su brazo a su espalda y le di una lenta caricia, como si tratara de consolarle por la negativa.

—Eso es lo que te quería preguntar —me dijo entonces—. Si estarías interesado en la monogamia. Solo... tú y yo.

—Ah —volví a soltar, sintiéndome bastante estúpido por ello. Pero, para ser justos, eso era lo último que me esperaba que me dijera aquella tarde—. Pero tú... —a veces es complicado poner los pensamientos en palabras cuando no quieres hacer daño a alguien—, bueno, tú no es que...

Chris tomó una buena bocanada de aire y se cruzó de brazos.

—Sí, ya, supongo que me lo merezco —murmuró antes de soltar un bufido de risa triste.

—Perdona —me detuve y esperé que él hiciera lo mismo para poder mirarle a los ojos al decir—: me encantaría poder follar a pelo contigo, pero me preocupa que un día me lleve una sorpresa.

Christian King asintió, porque, con todo lo malo que tenía, seguía siendo un hombre capaz de ver sus propios errores y asumílos.

—Lo entiendo, Freddy. Mi fama me precede —me dijo con tono serio—. No es fácil confiar en mí.

—No, no lo es —reconocí. Un poco duro, pero cierto.

El bombero mantuvo mi mirada en silencio un par de segundos, después parpadeó y prefirió mirar a un lado. A veces me daba la impresión de que decía ese tipo de cosas para que yo lo negara, para que le mintiera y sintiera pena por él; pero eso nunca le funcionaba conmigo.

—Te puedo asegurar que, si pasara, te lo diría —dijo en voz baja.

Tragué saliva y bajé la mirada al suelo. Quería creerle y, en el fondo, lo hacía; pero algo dentro de mí no podía evitar sospechar. Aunque me encantaría poder disfrutar de sexo con Christian King sin preocupaciones, ni impedimentos, ni miedos... las cosas no eran tan sencillas.

—Escucha, Chris... —murmuré—, si hay algo que me has demostrado, es que eres un hombre sincero. Al menos, te has esforzado mucho por demostrármelo.

—Lo soy —me aseguró, como si le doliera que lo dudara.

Asentí.

—Podemos dejar el condón a un lado, pero quiero que me prometas que al primer desliz, me lo digas. Me da igual si estás borracho, o es solo un beso o una paja en los baños, ¿entiendes?

Christian King me miró fijamente, puso una pequeña mueca de pena y asintió.

—Sé mantener la polla en los pantalones, Freddy... —murmuró, de nuevo, como si le hubiera dolido que pensara lo contrario.

—No, no lo sabes —declaré—. No intentes convencerme de lo contrario porque no es verdad.

Chris se mojó los labios y miró hacia el edificio de ladrillos, allí donde los chicos tenían un par de sillas de jardín e incluso una mesa de mimbre para disfrutar de los días soleados o el buen tiempo.

—Supongo que tienes razón —me dijo.

—No pasa nada —respondí, levantando una mano hacia su brazo—. Solo quiero que, cuando pase, me lo digas.

—Claro... —murmuró.

No hablamos mucho más después de eso, ni tampoco en el día y medio que le quedaba de turno. Le pregunté en dos ocasiones si «estaba bien», a lo que él me respondió «sí».

A la mañana siguiente me mandó un mensaje diciéndome que había salido de fiesta, que había terminado en casa con alguien y que lo sentía mucho.

Tomé una profunda bocanada de aire y miré el techo de la habitación en penumbra.

No supe qué me dolió más: si tener razón, si el hecho de que al fin hubiera pasado, o si la sensación de que Christian King solo lo había hecho por joderme...

Razón 26: tener demasiados problemas

Yo era policía, pero no era ningún héroe.

La diferencia era que, en mi trabajo, me esforzaba todo lo posible por hacer del mundo un lugar mejor y llevar justicia a la sociedad; pero en mi vida privada no quería tener que salvar a nadie. Y, mucho menos, de sí mismo.

Yo no era ni psiquiatra, ni Batman, ni la puta Santa Teresa de Calcuta. Yo era un hombre de veintiocho al que no le importaba dar un par de consejos, apoyar moralmente y estar al lado de alguien en los malos momentos; pero ahí terminaba todo.

No iba a cargarme a los hombros los problemas de nadie más, porque eso ya lo había hecho una vez y me había prometido a mí mismo no volver a repetirlo.

Por eso, cuando Christian King apareció en la puerta de mi casa, con los ojos empañados en lágrimas y me dijo:

—No sé por qué lo hice.

Lo único que pude responder fue:

—No pasa nada.

Le invité a un café y escuché todo lo que decidió contarme al respecto.

Estaba muy borracho —como siempre—, no era mi intención —¿no lo era?—, me encontré con Tommy... —buff, con su ex, además—, fue él quien se lanzó —y tú el que no lo evitó—, al final... terminamos en su casa.

—Nos besamos bastante y me la chupó pero... no conseguí empalmarme —terminó diciendo, con los ojos empapados y la mirada fija en la taza de café que ni había tocado—. Sé que no es una excusa, porque estábamos en su cama desnudos y eso ya es suficiente, pero quería que supieras que... no hubo sexo como tal.

Levanté una mano a través de la isla de la cocina y rodeé la suya.

—No pasa nada, Chris —repetí.

—Sí, sí pasa —respondió, empezando a fruncir el ceño antes de mirarme por el borde de los ojos—. ¿Por qué dices que no pasa nada? ¿No te molesta?

—Supongo que sí, me molesta, pero tampoco teníamos nada serio.

—Lo sé, pero las cosas iban muy bien —respondió.

—Sí, iban bastante bien —reconocí.

—Hasta que yo la jodí —añadió en un tono más bajo—, como tú sabías que haría.

En ese momento tomé una bocanada de aire y la solté lentamente. Christian King tenía veintinueve años, más de 100k de seguidores en Instagram y era el Príncipe del Gay Village; pero seguía cayendo en la autocompasión y en los mismos comportamientos tóxicos de los que tanto se quejaba de sus ex.

—Chris... —murmuré—, ¿qué quieres que te diga? ¿Qué quieres que haga?, ¿quieres que me enfade y te monte un circo aquí mismo? Ya sabes que las cosas iban bien, ya sabes que confíe en ti y te dije que podíamos empezar a follar sin protección, y... sinceramente, creo que sabías que ibas a follarte a alguien anoche.

—No —negó al momento, cerrando el puño alrededor de mi mano—. No lo sabía. Solo fui a diver...

—Vamos, Chris —le interrumpí—. Cuando dejé el parque de bomberos hace dos días, estabas muy raro. No me hablaste como siempre, cuando te pregunté me dijiste que estabas bien y, lo siguiente que sé de ti es que te fuiste con tu ex a su casa estando borracho. No me jodas —terminé exclamando, como si no pudiera creerme que no fuera capaz de ver algo tan obvio—. ¡Te duele que no confíe en ti y dude, pero después haces exactamente lo que sabía que ibas a hacer!

Mis palabras dejaron un profundo silencio entre nosotros. El bombero continuaba mirándome, apretando el puño y aguantando las lágrimas en sus bonitos ojos almendrados. No era mi intención echar sal en la herida ni hacer leña del árbol caído, pero mentir para hacerle sentir mejor no iba a servir de nada.

En el momento en el que Christian King llamó a mi puerta, sabía que lo único que le esperaría dentro sería la dura, fría y encarnizada verdad.

—Me duele bastante que tú también pienses que soy un desastre, Alfred —murmuró.

—No pienso que seas un desastre —respondí—. Pienso que tienes algunos problemas que necesitas resolver.

El bombero bajo la mirada a nuestras manos unidas y, lentamente, terminó asintiendo, tragando saliva y levantándose de la mesa.

—Gracias por escucharme —me dijo.

—Chris —le llamé, porque tenía una sensación muy clara de a dónde estaba yendo aquello—. Me caes muy bien, te he cogido muchísimo cariño y me daría pena perderte. Si irte es lo que quieres, no haré nada para evitarlo, pero que sepas que siempre podrás contar conmigo, ¿vale?

El bombero alzó ligeramente las comisuras de sus labios y respondió:

—Yo también te he cogido muchísimo cariño, Freddy.

Eso fue todo. Me guiñó un ojo y se fue.

Una vez más, tuve la sensación de que aquel no era más que uno de esos acuerdos tácitos y silenciosos; unas últimas palabras para terminar algo que ambos sabíamos que no iba a seguir adelante.

Christian King era uno de esos hombres que, cuando se iban, no volvían jamás. O, al menos, eso era lo que todos decían de él.

Razón 27: su ex

Fue poco más de un mes después cuando recibí un simple mensaje que decía:

«Hola, Freddy!»

«Hola, Chris! Qué tal estás?», tecleé a toda prisa, escondiendo el teléfono entre las piernas porque estaba en la reunión mensual con el capitán de la policía. Solo un repaso rutinario, pero, aún así, no la clase de lugar en la que sería bueno que te pillaran con el móvil.

«Como siempre, la verdad hahah. Oye, Rick y Walt me han hablado de una cancelación en uno de sus recorridos de Austen, he pensado que a lo mejor te gustaría que fuéramos juntos haha».

«Necesito que me digas que es “un recorrido Austen” hahaha».

«Es un viaje por la campiña, siguiendo los paisajes en los que se inspiró la autora para escribir las novelas. Algunos incluso se disfrazan y hay una cena de época, o eso es lo que me dijo Rick haha».

«Suenan terriblemente gay. Me apunto».

«HAHAHA. Es este fin de semana, de mañana viernes hasta el domingo por la noche. Te viene bien?»

«Tengo turno de tarde, pero puedo pedir un par de días o cambiar los turnos».

«Si es mucha molestia, no te preocupes. Te aviso del siguiente viaje».

«No, la verdad es que me apetece verte. Suenan divertido».

— Whitechapel — me interrumpió la voz del capitán, obligándome a levantar la mirada de golpe y cerrar las piernas para esconder el móvil.

Hay una especie de vergüenza especial que sientes cuando eres un adulto y te pillan haciendo cosas de adolescente de instituto.

— Lo siento mucho — murmuré con un asentimiento y las mejillas cada vez más coloradas.

No volví a sacar el móvil hasta una hora después para leer:

«Oh. Yo también tengo ganas de verte, la verdad hahah».

«Pues entonces no se hable más, pido esos días y nos vemos mañana», decidí.

Por supuesto, cambiar un turno de un día para otro fue, cuanto menos, complicado; pero yo era de esas personas que nunca faltaban y nunca ponían excusas y, tras casi diez meses ya en comisaría, el capitán — sí, el mismo que me había cazado con el móvil en la reunión —, tuvo el detalle de hacer la vista gorda y concederme aquel repentino capricho.

— Yo también he sido joven — fue lo que dijo, aunque su mueca nunca acompañara sus palabras —. Le daré dos días de asuntos propios, Whitechapel, pero que no se convierta en una costumbre.

— Claro, señor. Muchas gracias.

El viernes por la mañana, me reencontré con Christian King en una cafetería del centro. Llevaba una de sus coloridas camisas que rozaban peligrosamente lo hortera, sus vaqueros ajustados y sus zapatillas deportivas favoritas. Me vio entrar, dejó de apoyarse en la pared del local y me saludó con la mano y una sonrisa un tanto nerviosa en los labios.

No sabía muy bien cuál era exactamente la situación entre nosotros, pero él tampoco parecía saberlo, porque cuando me acerqué estuvo a punto de darme el acostumbrado beso, pero se detuvo y terminó por darme un apretón en el hombro.

Quizá no fuera el mejor momento para decirle:

— Woff, woff — porque estaba guapísimo con su reciente corte de pelo.

La sonrisa del bombero se volvió entonces más familiar y se relajó, entornando también sus preciosos ojos almendrados.

— Hola, Freddy — me dijo —. Tú también estás genial. ¿Preparado para la experiencia Austen?

— Me he traído un libro de ella solo para encajar — bromeé, mostrándole la vieja edición de Emma que había comprado en una tienda de segunda mano.

—No te creo —respondió, tomando el libro de mi mano para echarle un vistazo antes de estallar en una ruidosa carcajada—. Eres increíble...

A partir de ahí, hubo dos tipos de viajes: el organizado por la empresa turística de los amigos de Chris; y el viaje que ambos hicimos para comprobar cómo nos encontrábamos el uno con el otro. El principio fue complicado, el bombero no paraba de refugiarse en esa neutralidad sonriente y amistosa que utilizaba siempre con todos. Agradable, pero distante.

Aunque fue extraño cuando, al subir al autobús, no saludara al resto del grupo y cubriera esa necesidad constante de ser el centro de atención y hacerse con el control de la celebración. De hecho, las únicas personas con las que habló fue una agradable pareja de ancianos de Canterbury, los cuales se sentaban justo delante de nosotros.

Nada más salir de Birmingham, Chris dejó de mirar el paisaje a través de la ventana y me preguntó: —¿Qué tal has pasado este mes?

—Pues como siempre, trabajo, gimnasio y visitas al club de comedia para romper la rutina. ¿Tú qué tal?

El bombero se encogió levemente de hombros.

—Pues... he vuelto con Tommy.

Eso no me lo esperaba y creo que la expresión de mi cara fue muy clara al respecto, porque Chris apretó las comisuras de los labios y volvió la mirada de nuevo al paisaje.

—Qué... ¿bien? —pregunté.

—No es nada serio —murmuró—. Estamos volviendo a intentarlo pero... la cosa no va bien.

—Ahm —asentí.

En ese momento tenía muchas preguntas, una de ellas era, ¿por qué cojones me has invitado a un viaje con evidentes tintes románticos y habitación compartida?

—No sé por qué le dije que sí —continuó mientras negaba con la cabeza.

—Te pasa mucho eso últimamente.

Chris giró el rostro y me miró por el borde de los ojos antes de soltar un leve bufido y sonreír con tristeza.

—Sí, la verdad es que sí.

Entonces tomé una buena bocanada de aire y me recosté en el asiento, alargando la mano para apoyarla en su rodilla.

—Dime, ¿qué pasó? —pregunté, porque después de soltar aquella bomba, estaba claro que aquel no sería el viaje que yo me había imaginado.

Y, sinceramente, de haberlo sabido creía que no hubiera pedido los días libres; por horrible que eso sonara.

—Nada. Después de... el incidente —esa fue la palabra que eligió—, nos volvimos a encontrar la noche siguiente, volvió a echárseme encima, me invitó a su casa y me dijo que me echaba de menos. Me propuso volver a intentarlo y le dije que sí —terminó, volviendo a encogerse de hombros.

—¿Te has dado cuenta de que Tommy solo ha redescubierto su amor por ti cuando todos creían que tú y yo estábamos saliendo? —le pregunté—. Hasta entonces, estaba muy feliz siendo solo tu amigo con beneficios.

—Sí, lo sé —asintió, como si fuera una idea a la que ya le hubiera dado vueltas y que no le sorprendía en absoluto—. Cuando tú y yo... ese mes y medio que nos veíamos —esa fue la expresión que eligió—, me empezó a mandar *nudes* de nuevo y a intentar comerme la boca cuando nos encontrábamos de fiesta.

—Aha...

—No pasó nada —dijo al momento, con tono tan serio y mirada tan firme que le creí—. Ignoré los mensajes y le aparté siempre que lo intentó. En ese mes y medio no pasó nada con nadie.

—Te creo, Chris —le dije mientras le daba un leve apretón en la pierna.

El bombero asintió y relajó la expresión seria.

—No te lo dije porque no es la primera vez que Tommy me da problemas —continuó—, solo hubiera intoxicado la situación.

—Sí, no hubiera sido bonito —coincidí—. Nadie quiere hablar de ex tóxicos que no saben pasar página.

—Ya —murmuró—. Sabía que no te haría ninguna gracia.

—Bueno, ni a mí ni a nadie —sonreí—. Es una situación un poco estúpida, tener que andar a preocuparte de que tu pareja no caiga de nuevo en las garras del loco de su ex...

—Lo sé —asintió, aunque con una ligera sonrisa en los labios—. A mí me hubiera puesto muy nervioso que tu ex hubiera vuelto de pronto.

Eso me hizo gracia.

—No, te aseguro que no lo haría.

—¿Por qué, ya no os habláis?

Tomé una bocanada de aire y miré sus ojos azul oscuro. Nunca le había hablado realmente de Peter, solo le había dicho que había existido y que habíamos pasado seis años juntos, a lo que él solo había resoplado y arqueado las cejas, como si eso fuera un mundo.

Quizá lo fuera para alguien cuya relación más larga había durado solo cuatro meses.

—No, ya no me hablo con Pet. No tuvimos una buena ruptura y yo no quise seguir adelante, ni siquiera como amigos.

—Eres de los que cortan por lo sano, ¿eh, Freddy? —se rio él.

—No, en absoluto, pero la situación no me permitió hacerlo de otra forma.

Chris dejó de sonreír lentamente y empezó a fruncir ligeramente el ceño.

—Mmh... ¿puedo preguntar qué pasó?

—Sí, supongo que ya es hora de que te lo cuente —murmuré—. Verás...

Peter y yo nos conocimos en la universidad. No fue amor a primera vista, no por mi parte, al menos, sino algo más paulatino. Empezamos a tomar cafés, a salir, a ir a ver monólogos juntos o a hacer senderos en bicicleta. Él lo odiaba, pero insistía en venir conmigo para participar en cosas que me gustaran.

Peter era gordo y siempre se sintió muy intimidado por mi físico, desde el principio. Era muy inteligente y tenía una conversación maravillosa, pero su autoestima era un completo desastre. No me importó, al principio, cuando quise creer que solo necesitaba un poco de refuerzo positivo para darse cuenta de que no merecía la pena perder el tiempo dudando de sí mismo o «nosotros».

Así que el principio fue duro, pero yo era más joven y caí en la trampa: quise ser su héroe, quise salvarle de sí mismo y cargarme todos los problemas a la espalda. A veces era frustrante. A veces me angustiaba tener que ser siempre la persona que tirara hacia delante, la que le consolara a él a mí mismo.

No siempre fue todo malo, hubo épocas muy buenas, pero al final, todo recaía sobre mí. Si él estaba triste, yo le animaba, pero si yo estaba triste, él solo lloraba más que yo.

Las cosas se pusieron difíciles de verdad años después, cuando a él parecía irle todo bien y yo me estancué. Después de terminar la carrera de Deportes y Ciencias de la Salud, estuve un tiempo dando vueltas, sin saber qué hacer o a dónde ir; el mercado laboral estaba sobresaturado y no conseguía nada más que algún trabajo temporal de monitos en los gimnasios. Peter salió de la carrera de derecho con una buena proposición laboral bajo el brazo, porque siempre fue el mejor de su clase y nunca tuvo miedo a trabajar duro y esforzarse.

Ahí fue cuando empecé a notar cosas extrañas.

Pequeñas bromas o comentarios de su parte sobre que yo no daba pie con bola, que me estaba «quedando atrás», que debería encontrar algo más estable... como si yo no lo estuviera intentando lo suficiente.

Y me empecé a sentir mal, mal conmigo mismo, con el hecho de quedarme estancado. Me empecé a frustrar, me empecé a sentir atrapado y sin ninguna posibilidad de mejora en el horizonte.

Peter ahora tenía un ritmo de vida muy alto, amigos importantes en el bufete, quería ir a sitios que yo no me podía permitir o invitarme a fiestas donde todos eran arquitectos, médicos, abogados o empresarios.

A veces me daba la impresión de que casi agradecía que yo estuviera demasiado ocupado para acompañarle.

Un año después, le ofrecieron un gran trabajo en INternational Dublín, un sueldo muy por encima de la media, con apartamento y gastos incluidos; pero tenía que mudarse a Irlanda. Lo hablamos toda una noche. Él no estaba seguro, no quería dejarme en Londres, no quería dejarlo todo atrás e irse solo a otro país. Se puso a llorar; pero yo le decía que se fuera, que esas oportunidades solo pasaban una vez en la vida y que yo podría mudarme en cuando terminara el contrato en el gimnasio en el que trabajaba por entonces.

Al final se fue a Dublín.

Decía que la empresa era increíble y que el ambiente laboral era maravilloso. Cuatro meses después, me mandó una foto tonta en una cata de vinos organizada por la empresa. Lo hacía a menudo, mandarme fotos y vídeos, pero en esa ocasión no debió darse cuenta del chupetón que tenía en la base del cuello.

Cuando se lo dije, me llamó y empezó a llorar. Me dijo que lo sentía, que no quería que me enterara así y que se sentía fatal. Me dijo que, durante ese último año, yo había estado muy negativo y que se había sentido angustiado conmigo, que no paraba de quejarme y cada vez que hablábamos era lo mismo una y otra vez.

Me dijo que me quería mucho, pero que ya no podía más.

Él no podía más.

Así que en vez de contarme el problema, lo que hizo fue distanciarse emocionalmente de mí y seguir adelante sin decirme nada. Yo creía que era su novio, pero resultaba que desde hacía un año solo era su mejor amigo quejica.

Me juró que no fue hasta ir a Dublín que empezó a verse con otros hombres. Primero una noche tonta de borrachera, un beso sin importancia, después un compañero del trabajo, Gary, uno del departamento de ventas. Ese fue el que le hizo el chupetón.

Peter se pasó las dos horas llorando y a mí solo se me ocurrió consolarle. Una vez más. Como siempre había hecho.

Sí. Él me había engañado y yo le estaba consolando.

Imagínate qué patético.

Eso pienso ahora, claro. Cuando recuerdo en ese momento y me dan ganas de gritar, de viajar al pasado y darme tal bofetada que cayera redondo al suelo. Pero por entonces yo estaba en shock. Si de algo estaba seguro, era de que Peter jamás me engañaría. Evidentemente, me equivoqué, porque ese ya no era el Peter que había conocido en la universidad.

Ese era el Nuevo Peter, con trabajo de éxito, un sueldo enorme, viviendo su gran vida en Dublín. Ahora tenía confianza en sí mismo, se vestía mejor, iba a peluquerías de dinero... ya no era ese chico de las afueras de Londres, gordo y pegado siempre a un libro.

Durante las semanas siguientes, lo pasé fatal. Peter y yo seguimos charlando. No sé por qué, creo que simplemente me negaba a aceptar la ruptura e insistía en mantener la comunicación a cualquier precio. Algo en mi vida tenía que ir bien, ¿sabes? No podía fallarme todo, incluso mi pareja. Me agarraba desesperadamente a él y no quería soltarme.

Entonces hablé con un amigo de la carrera, Clark. El coach de Londres del que te hablé. No es que tuviera mucha fe en que me ayudara al principio, pero lo cierto es que lo hizo.

Muchísimo.

Me ayudó a darme cuenta de que estaba perdiendo el tiempo, de que Peter no era más que una mala influencia en mi vida y que, en el fondo, había dejado de quererme hacía mucho tiempo. Bueno, en realidad, Clark no fue tan duro, pero yo sabía que eso era lo que quería darme a entender.

Peter era una sanguijuela. Solo me estaba usando porque yo era la persona que más le apoyaba en el mundo. Incluso tras dejar de quererme, siguió a mi lado; incluso tras engañarme, no me contó nada porque seguía necesitando ese apoyo que yo le daba. «No importa lo que pase, porque Alfred está ahí para sujetarme si me caigo».

Y era cierto. Eso es lo que había hecho siempre. Eso era lo que le había enseñado: a contar conmigo y a salvarle, una y otra vez de sí mismo... porque yo era el héroe.

Y que él pensara eso era solo culpa mía.

Así que un día me planté frente al móvil y le dije: «No».

No voy a seguir solucionando tus problemas. No voy a consolarte. No voy a fingir que todo sigue bien porque no es verdad. No voy a cargarme tus dramas a la espalda y anteponerlos a los míos.

No.

Entonces empezó a llorar y le colgué.

A la semana y media me llamó para decirme que iba a venir a Londres unos días y si podíamos vernos para hablar, que le había quedado mal sabor de boca después de la última vez y que no quería terminar así conmigo. Le creí, por supuesto, y cuando fuimos a tomar un café me dijo que me echaba mucho de menos, empezó a llorar otra vez, a decirme que lo sentía, que no había nadie como yo, que había cometido un error terrible pero que, si quería, podía ir a vivir con él a Dublín como habíamos planeado.

Me sentí muy ofendido, la verdad. ¿En serio Pet se creía que yo era tan manipulable y gilipollas como para volver con él después de todo lo que me había hecho?, ¿era esa la clase de persona que se creía que yo era? Oh, peor, ¿era esa la clase de hombre al que yo había querido tanto?

Sin embargo, no me enfadé. Me bebí mi taza de café, le desee lo mejor, le pedí que no volviera a hablarme en la vida y pagué la cuenta antes de irme.

—Después continué con las sesiones con Clark, volví a acostumbrarme a estar solo, a reencontrarme conmigo mismo, oí que se acercaba una gran oportunidad en la academia de policía y me anoté. Un año después, conseguí el trabajo y aquí estoy —concluí con una sonrisa—. Un final feliz.

Chris me había escuchado durante todo el trayecto, poniendo algunas muecas o resoplando con incredulidad, pero nunca interrumpiéndome.

—Vaya... ahora entiendo que no te andes con tonterías a la hora de cortar a la gente.

—Sí... —me reí por lo bajo—. Creo que todavía tengo los escudos a tope y cero paciencia para tonterías.

Chris asintió y posó una mirada pensativa en el paisaje.

—Quizá sea el momento de que yo también hable con ese coach —murmuró.

Razón 28: no tener las cosas claras

El recorrido de Austen resultó de lo más maravilloso, algo que, sinceramente, no me hubiera esperado decir en mi vida. Yo no era ni siquiera fan de la autora o sus novelas, pero he de reconocer que los paisajes de la campiña inglesa por los que transcurrió el recorrido fueron preciosos.

Nada más llegar a Bath, tomamos un *brunch* con té y sándwiches y fuimos a visitar el museo patrimonial The Royal Crescent, donde Jane Austen vivió varios años de su vida y en las cuales se inspiró para sus novelas *Persuasión* y *Northanger Abbey*.

—Se nota muchísimo la inspiración —comenté, asintiendo varias veces nada más oírsele decir a la guía turística.

Chris se llevó una mano a los labios y giró el rostro, ahogando a tiempo una carcajada. Algo que yo no tuve tiempo a hacer cuando, al subir al segundo piso, me dijo en una de las habitaciones:

—Casi puedo imaginarme a Jane cagando en esa bacinilla mientras pensaba en escribir *Persuasión*.

Me reí tan alto que interrumpí a la guía, pidiendo disculpas antes de dar un golpe a Chris en el estómago y lanzarle una mirada de «esto es tu culpa».

Después, tras una comida con platos ambientados en la cocina burguesa del mil ochocientos, volvimos a subirnos al autobús para dirigirnos al sur de Londres, donde la autora había vivido la mayor parte de su vida; aunque no sin antes pasar por Lacock Village, el pequeño pueblo donde se rodó la adaptación de la novela *Orgullo y Prejuicio* de la BBC.

—... y quizá los fans de Harry Potter también reconozcan algunos de estos edificios, ya que también se usó este precioso pueblo para rodar algunas de las primeras películas de la saga.

—Aaaahhh —solté de pronto, entendiendo por qué aquel lugar me sonaba tanto.

—¿Eres fan de Harry Potter? —se sorprendió Chris.

—No, pero Pet sí y me hizo ver las películas como cien veces.

Después subimos casi hasta Oxford, donde en el condado de Abingdon se encontraba el pueblo de Steventon; lugar de nacimiento de la autora. Para cuando terminamos de dar vueltas por el lugar y recibir toda clase de detalladas explicaciones sobre la vida y miserias de Austen, al fin nos llevaron al hotel donde pasaríamos las dos noches; una casa de campo del siglo dieciocho en mitad de la verde campiña de North Wessex.

—Jo-der... —fue lo que dije.

—Sí, yo tampoco me lo esperaba tan bonito —reconoció Chris, echando una amplia ojeada a la fachada en piedra de grandes ventanales y pórtico de columnas neoclásicas—. ¿Tendrá mayordomos?

No, no tenía mayordomos, pero sí una sección entera de disfraces de época en dónde elegir cual querrías llevar a la cena. Había que pagar un plus por el alquiler, pero llevarlos o no era opcional. Por supuesto, Chris y yo no nos lo pensamos dos veces.

—Hay quien se ha traído el suyo de casa —murmuró el bombero, haciéndome una señal hacia nuestras espaldas para señalar a la pareja de ancianas que desenvolvían sus vestidos de época.

—Sinceramente, parecen vestidos muy caros y dudo que lo puedan usar más de dos veces al año, así que déjalas disfrutar —respondí con una sonrisa.

Siempre había encontrado algo muy dulce en la gente que tenía hobbies, aunque fueran de esos en los que lees novelas románticas, te vestías con cinco capas de ropa y tomabas té con leche con tus amigas como si desearais haber podido vivir en el siglo pasado. Pero sin las enfermedades, el trabajo duro, los constantes riesgos y la violencia. Solo la parte bonita.

Chris y yo nos separamos para probarnos algunos de los disfraces, una tarea complicada porque aquellas telas eran muy ajustadas y nosotros éramos la clase de chicos grandes que no solían ir a esas cenas, así que no había muchas tallas para nosotros.

Al final, como si fuera una broma del destino, encontré un uniforme de la milicia británica con cárdigan roja que me sirvió bastante bien. Cuando salí del probador, me puse el sombrero a la cabeza y me ajusté los guantes blancos, mostrándole el resultado a Chris con una sonrisa.

—Wooofffffff —fue su respuesta, mirándome de arriba abajo—. Qué guapo estás...

—Gracias —respondí, revisándome en un espejo lateral. La verdad era que me sentaba bastante bien y que esos pantalones me hacían un favor muy grande al subirme el culo.

Chris tardó un poco más que yo en encontrar algo que le valiera, pero cuando lo hizo, mereció la pena. Si había alguien que se merecía aparecer en la portada de una novela de época llamada «El duque al que montaría como un jamelgo salvaje hasta dejarme preñada», era él.

—Woff, woff, woff —asentí, llegando incluso a aplaudir mientras él se llevaba la mano al sombrero de copa y hacía una reverencia.

—Gracias, señor Whithechapel, siempre he encontrado sus halagos de lo más agradables.

—Queda muy raro que digas eso con acento americano —me reí—. Parece que me he ido a Estados Unidos a luchar la guerra de Independencia y reconquistar las colonias.

—Se equivoca, mi querido Whitechapel —respondió, incorporándose para llevarse una mano tras la espalda—. Usted ya me ha conquistado —y me guiñó un ojo.

Sinceramente, sí, me gustó mucho y sentí cierto calor en el estómago y un rubor en las mejillas, pero supe disimularlo bien con una mueca de ojos en blanco y una negación de cabeza.

Ofreciéndome el brazo que no tenía a la espalda, me invitó a acompañarle de vuelta al salón. Nada más rodeárselo y caminar a su lado, murmuré:

—Esto sería todo un escándalo para la época.

—Sin duda —afirmó—, pero, según dijo la guía turística, las novelas de Austen pervivieron gracias a un grupo de hombres adinerados que se reunían y discutían sus argumentos; y todos sabemos que esos hombres eran maricas. Así que creo que nos lo debe.

Me reí con ganas, llenando el comedor de una carcajada grave y llamando la atención del grupo de ancianas —posiblemente todas pertenecientes al mismo club de lectura—, que ya estaban sentadas a la mesa. Ninguna de ellas iba disfrazada, pero todas nos felicitaron por lo guapos que estábamos y lo bien que nos sentaba la ropa.

Después de que llegara otro pequeño grupo y una pareja de heteros cuya decisión de participar en el viaje era, de forma muy obvia, solo idea de ella; al fin tocaron la campanilla y pudimos cenar.

—¿Qué piensas que ha hecho? —me susurró Chris al oído, acercándose discretamente la copa de vino a los labios y mirando al hombre.

Levanté la mirada hacia el novio, con cara de estar a punto de apuñalarse los oídos con el cuchillo para no tener que escuchar ni un segundo más hablar de Jane Austen ni ninguna de sus obras.

—Algo malo, porque se ha disfrazado —le aseguré.

—¿Infidelidad? —sugirió.

—No, no tan malo —negué, yendo en busca de mi copa de vino—. Quizá olvidarse del aniversario.

—Me parece poco —respondió el bombero—, se ha pasado todo el viaje al lado de su chica y ni ha mirado el móvil.

—Su chica es una fan de Austen y las novelas románticas —le recordé, porque la joven parecía entusiasmada con el recorrido, las constantes conversaciones literarias y todo lo que estaba pasando en esa cena de época—. Y él tiene pinta de todo menos de romántico y detallista. Va del trabajo al pub y del pub a casa para echar un polvo borracho antes de darse la vuelta y quedarse dormido.

—Tiene un iWatch y viste ropa deportiva cara, sus zapatillas valen más de trescientas libras. No es ningún obrero de una fábrica —observó él—. Yo creo que anduvo a tontear en el gimnasio con alguna chica y que su novia le encontró conversaciones en el móvil.

—Llevar ropa cara no significa que le sobre el dinero —le aseguré—, solo que quizá viva por encima de sus posibilidades, o que todavía invierta su sueldo en trivialidades egoístas en vez de compartirlo con su pareja —terminé deduciendo mientras inclinaba la cabeza hacia Chris, como si ya hubiera resuelto el caso.

—Mmh... —se lo pensó él—. No, tiene que ser algo más. —Y, tras un breve silencio para terminarse la copa de vino, me preguntó—: ¿crees que deberíamos participar un poco en la conversación y dejar de susurrarnos como un par de viejas cotillas?

—No —negué—, de hecho, creo que nosotros somos los que más cumplimos con la realidad histórica del siglo diecinueve: criticando a los demás invitados en la cena.

Chris se rio por lo bajo y asintió, yendo en busca de la botella de vino para rellenar su vaso y el mío. Al finalizar la cena, nos indicaron que podríamos ir a la «biblioteca» a tomar una copa, fumar un puro y socializar, como era costumbre en la época. Por supuesto, las copas se cobraban a parte y nadie iba a encender ni una llama en el interior de la biblioteca; así que los fumadores se fueron por las puertas acristaladas en dirección al jardín y el resto nos quedamos en la sala, disfrutando de una incómoda e insabora conversación que, tras todo un día, ya se estaba empezando a volver repetitiva y aburrida.

—¿Nos vamos al bar? —me preguntó Chris nada más mirar aquel cementerio social.

—Por favor —respondí, tomando la iniciativa en dirección al pasillo.

La casa de campo mantenía su estructura original, pero, también se había modernizado para adaptarse a las nuevas necesidades de los clientes del siglo XXI. En un extremo de la casa, aquel que debía haber pertenecido al servicio de cámara y que a la gente no le interesaba tanto ver —porque no vas allí a ver cómo vivían los pobres, sino los ricos—, habían montado el bar-cafetería del hotel. Nada espectacular, pero con una buena selección de cócteles y bebidas que solo consiguieron empeorar la borrachera que habíamos iniciado juntos a la hora de la cena, bebiéndonos entre los dos una botella de vino.

En la discreta parte trasera que daba a un jardín lateral, con un barril como toda mesa y apoyo, a Christian King no se le ocurrió otro juego para beber que el «Yo no he...»; aunque tuvimos una ligera discusión sobre el tema porque yo lo conocía por otro nombre. De todas formas, consistía en lo mismo: hacer una suposición y, si era cierta, bebías.

—Yo no he... hecho ningún trío —fue su primera frase, a la que sonrió y dio un trago a su copa.

—Estoy en shock —murmuré con absoluto, brutal e hiriente sarcasmo.

Entonces bebí y Chris abrió mucho los ojos, porque, al parecer, no se lo esperaba.

—Pet y yo probamos algunas cosas —le expliqué—, pero al final siempre se enfadaba porque me prestaban más atención a mí que a él.

—¿Pero quién propuso el trío, tú o él?

—Él.

—Te juro que no entiendo a tu ex —murmuró con el ceño fruncido.

—Yo tampoco —reconocí con un suspiro—. Siempre tenía estas morbosas ideas en la cabeza pero después era demasiado celoso.

—Mmh... —asintió Chris.

—¿Tú cuántos hiciste? —pregunté entonces antes de llevarme la copa a los labios.

—Un par —respondió—. Tres o cuatro.

Debió notarse en mi cara la sorpresa, porque el bombero puso su mueca de labios apretados y ladeó el rostro.

—No me paso el día follando y aceptando propuestas guarras, Alfred.

—Lo sé —respondí, sintiéndome un poco mal por haber asumido que alguien como Christian King habría hecho, al menos, una docena de tríos—. Perdona.

—Uno lo hice con Sebastian en la universidad, en California, y los otros tres los hice con Tommy. Dos veces con un amigo suyo y el otro con su pareja abierta.

Me limité a asentir y no volver a caer en la trampa de sorprenderme por el hecho de que solo los hubiera hecho con sus parejas del momento o gente que conocía.

—¿Y qué tal? —pregunté.

Chris miró su copa y pareció pensárselo un momento. Entonces arqueó las cejas, se encogió de hombros y soltó un vago: «meh...».

—No estuvieron mal, pero tampoco me parecieron para tanto. De hecho, creo que el mejor de todos fue el último, porque la pareja de Tommy también era activo y no tuve que ser yo el responsable de atender a dos pasivos a la vez.

Eso me hizo gracia, pero quizá fuera el alcohol nublándome ya los sentidos.

—No me digas que te angustiaba tener a dos hombres solo para ti...

—Sí, de verdad —respondió con una mueca de ojos abiertos—. Era mucha presión. Casi estaba más atento de cumplir que de disfrutar.

Volví a reírme, lo que provocó un resoplido airado por parte del bombero, quien fue a darle un trago a su copa mientras ponía los ojos en blanco.

—Reírse de eso es tan de pasivo... —me acusó.

—La verdad es que yo soy versátil —le corregí—. Con Pet casi siempre hacía de activo.

Chris volvió a sorprenderse. Al parecer, estaba resultando una noche llena de descubrimientos para él.

—Oh... no... me lo dijiste —murmuró—. Pensé que eras solo pasivo.

—No, pero tampoco es que cambie nada. Disfruto mucho de ambas formas.

—Ya, pero... no sé —se encogió de hombros—, quizá a veces prefieras dar en vez de recibir.

—Mmh... —me lo pensé un momento mientras miraba al jardín y daba lentas vueltas a la copa—. A veces sí, pero no siempre.

—A mí no me importa cambiar algunas veces si... —se detuvo, no llegando a terminar la frase y su evidente y silenciosa preposición, prefiriendo continuar diciendo—: no es lo que más me gusta, obvio, pero no me importa. Ya lo hice una o dos veces.

—Qué pena, mi siguiente frase iba a ser: yo no he puesto el culo a nadie —bromeé.

Chris se rio, pero culpé más al alcohol de mi éxito que al hecho de que hubiera sido realmente gracioso.

—Tendrás que pensar una mejor —me retó.

—Vale —acepté—. Yo no he... Yo no he pensado en otros mientras follaba con mi pareja.

—Ufff... —resopló el bombero, agachando la cabeza con rendición antes de darle un trago a su copa.

—Eso es duro... —murmuré con una leve sonrisa en los labios.

—No, es solo culpa tuya —respondió él, lanzando aquella bomba como si nada.

—¿Mía?

—Sí —afirmó, dejando la copa sobre la tapa del barril para mirarme a los ojos.

—Me da miedo preguntar... —murmuré, aunque era mentira. Lo cierto era que tenía muchísima curiosidad.

Chris se encogió de hombros, pero no quiso darme el placer de explicarlo.

—Yo no he... utilizado los vídeos que nos hemos mandado para masturbarme durante este último mes.

Parpadeé, miré mi copa y me lamí lentamente los labios antes de tomarla y beber.

—¿A eso es a lo que quieres jugar, Christian? —pregunté en voz baja, todavía sin mirarle.

El bombero solo sonrió con malicia y bebió un buen trago de su copa.

—Yo no he estado esperando a tener una excusa de mierda para poder vernos de nuevo.

Chris alzó ambas manos en señal de derrota y bebió.

—Yo no he...

—Mi turno —me interrumpió antes de cruzarse de brazos sobre la tapa del barril y mirarme fijamente—. Yo no te he echado de menos...

Mantuve su mirada un par de segundos y, con toda la dignidad posible, fui a por mi copa y bebí.

Chris hizo lo mismo, pero sonriendo con oscuro placer.

—Yo no he dejado de hablarte y vuelto con el tóxico de mi ex —solté de pronto.

Chris arqueó las cejas y echó la cabeza atrás, como si no se hubiera esperado aquel ataque tan directo y brutal. De nuevo, culpa del alcohol, porque lo último que hubiera hecho estando sobrio era sacar aquello a relucir y, además, decirlo con cierto rencor en la voz.

Tras beber un trago corto, se quedó mirando la copa y murmuró:

—Yo no he empezado todo esto pensando en que iba a salir mal y sin ninguna fe en ti.

Tomé una profunda respiración y, sintiendo una punzada de culpabilidad que traté de ahogar con todas mis fuerzas, bebí.

—Yo no te he dado motivos para pensar eso —contraataqué.

A lo que, sorprendentemente, respondió:

—Deberías beber, Freddy... —antes de darle un trago a su copa, levantarse e ir a pedir otra ronda al bar, dejándome con la palabra en la boca.

Cuando volvió y dejó las bebidas frente a nosotros en el barril, yo todavía seguía impactado.

—¿Qué motivos te he dado yo, exactamente? —quise saber.

—Pues no sé... quizá huir todo el rato, ignorarme, tratarte con condescendencia y hacerme perseguirte como un gilipollas.

Abrí la boca, pero había tanto que quería decir que, al final, no pude decir nada.

—Vamos, Freddy... —murmuró con un tono más calmado, acompañado de un leve encogimiento de hombros—. Cuando nos veíamos en el Village, siempre esquivabas mis miradas, después en el app me respondías muy de vez en cuando y de pronto desapareciste. Si no hubiera habido ese incendio, posiblemente ni nos hubieras reencontrado, e incluso así fui yo el que tuvo que buscarte en Instagram —concluyó—. Tú nunca pusiste nada de tu parte.

Mi primera reacción fue ofenderme muchísimo, pero cuando empecé a pensar en algo que responder, me di cuenta de que solo eran excusas o hirientes palabras que no servirían para nada más que para hacer daño a Chris.

—Sí, vale —reconocí al final, aunque casi como si me costara sacrificar parte de mi orgullo—. Al principio me hice el duro y no quería tener nada que ver contigo, pero tenías muy mala fama y, la verdad, no quería ser un nombre más en la lista de folladas de Christian King, el Príncipe del Gay Village.

Chris asintió con calma antes de preguntarme:

—¿Y ahora qué piensas?

—Pienso que tienes pareja —respondí, incapaz de contenerme.

—¿Y si no la tuviera?

—Pero la tienes —insistí.

—Freddy —murmuró con tono serio y una mirada fija—. Por favor...

Tomé una buena bocanada del aire fresco de la noche y preferí dar un trago, quizá haciendo todo el tiempo posible antes de decirle:

—Pienso que no eres para nada el hombre del que todos hablan.

Chris puso una sonrisa triste.

—Sí, sí que lo soy. Es verdad que no soy capaz de mantener una relación que dure más de un par de meses.

—Sí —asentí—, pero no eres ese gilipollas prepotente y cruel que parecen creer. Tienes problemas para el compromiso y, posiblemente, escondes un montón de inseguridades tras esa fachada de chico fiestero, sociable y follador; pero, quitando eso, la verdad es que creo que eres genial.

En ese punto, me emocioné, los continuos tragos nublaron mi cabeza y solté esa clase de cosas que solo dices borracho.

—Eres divertido, original, siempre improvisando planes para no caer en la rutina, como esta gilipollez de viaje que, por alguna razón, me está encantando —me detuve a añadir, señalando mi disfraz de militar y todo lo que nos rodeaba—. Tienes buena conversación, sentido del humor, no puedo decir que seas del todo sincero, pero sí que compartes muchas cosas y, además... —en ese punto mire sus ojos almendrados y humedecidos—, eres guapísimo, tienes un cuerpazo y follas muy bien. No importa lo que digan esos cabrones resentidos —y alargué la mano para apretarle el hombro—, echas unos polvos increíbles.

A Chris se le saltó la risa y, con los ojos brillantes por la emoción, giró el rostro para llevarse un puño a los labios y ahogar la carcajada.

—Bueno, contigo es muy fácil... —me dijo después, todavía sonriente y mirando la copa entre sus manos—. Me pones muchísimo, ya lo sabes.

—Oh, lo sé —asentí, muy consciente de ello.

Solo había una forma de terminar una noche de confesiones y borrachera como esa: en la cama.

Como muchas otras cosas entre nosotros, simplemente fluyó. Un roce, una mirada, una sonrisa, una broma susurrada en la oreja y el leve cosquilleo del aliento en la piel, un beso húmedo y borracho, una sensación de calidez en el pecho y un beso con lengua.

Subimos las escaleras como un par de adolescentes, parándonos en mitad de los escalones para darnos otro apasionado beso pegados a la barandilla de arce. Las manos de Chris descendiendo por mi espalda hasta apretarme las nalgas bajo el ajustado pantalón del disfraz. Mis manos recorriendo su cabeza hasta entrelazarse con su pelo y arrojar el sombrero de copa al suelo.

Llegamos a la habitación y el bombero dio un portazo, mirándome como si ya no tuviera lugar a donde huir. Pero yo no era la presa de ese juego, yo era el cazador.

Tiré de la corbata de su disfraz hacia mí y le ahugué en un beso demasiado húmedo y demasiado desesperado. No sabía cuánto había echado de menos sus labios y su piel caliente hasta que había vuelto a probarla, y ahora, ya no podía parar.

Le tiré sobre la cama victoriana con violencia y me monté encima, desatándole furiosamente la faja del traje, los miles de botones y esos estúpidos pantalones hasta alcanzar su entrepierna. Entonces gemí como un hambriento en su primera cena tras un mes en ayunas.

Más o menos, así me sentía.

Después de deshacer la cama, rodar a los lados, besarnos el cuerpo entero y dejarnos los labios en carne viva, Chris saltó de la cama y fue en busca el condón que llevaba en la cartera. Si era casualidad o no que lo hubiera guardado ahí, no me importaba, lo único que me importaba en ese momento es que lo tenía.

Christian King me folló esa noche como si aquel fuera el último polvo de su vida. Con los dientes apretados, la mirada fija en mí, su mano en mi cuello y un movimiento furioso de cadera.

Cuando nos despertamos a la mañana siguiente, volvimos a hacerlo.

Razón 29: ser autodestructivo

Cuando alguien es infiel, hay quien culpa también a la persona con la que su amado le traicionó; a veces incluso más que a su pareja. «Es culpa tuya por tentarle». Pero, para mí, el único culpable es la persona en la que has confiado y ha roto esa confianza. Con quien lo hiciera, no importaba, porque solo él o ella tienen el compromiso y han prometido fidelidad.

Por eso no me sentí culpable de la infidelidad de Christian King.

Ni la de esa noche en la casa de campo, ni de todas las demás.

Tras regresar a Birmingham, la situación entre nosotros se volvió un tanto caótica. Chris no le contó a Tommy lo que había pasado porque, según él, estaban intentando una relación abierta; una en la que, al parecer, no compartían muchos detalles sobre lo que hacían y a quién se follaba cada uno.

—Lo sé, a mí tampoco me suena demasiado bien —murmuró mientras cenábamos en un restaurante hindú, solo cinco días después de volver del viaje.

Christian King miraba el móvil en la mesa, deslizaba el dedo y hablaba a la vez, incapaz de estarse quieto ni por un segundo.

—Sal corriendo de ahí —le sugerí con calma antes de llevarme una cucharada de curry a la boca.

Eso fue todo lo que le dije al respecto. Christian King ya sabía que Tommy era tóxico y que aquella relación no era sana para él, si se quedaba a su lado, era solo porque quería.

Y, sinceramente, no entendía muy bien qué le veía al joven. Era guapo, pero no tan guapo como para no darse cuenta de los muchísimos problemas que tenía. A veces me lo encontraba por el Gay Village y siempre que le veía, rodeado de sus amigos o en los locales de copas, pensaba lo mismo: es un niño estúpido y malcriado que se ha pasado toda la vida consiguiendo todo lo que quiere.

Esa persona con dinero, atractivo y un falso encanto que solo tenía que llamar a papi para conseguir dinero y por el que los hombres solían caer rendidos.

Todos menos Christian King, el Príncipe.

Y eso le jodía muchísimo.

Tanto como para jugar todas las cartas a su alcance, como empezó a suceder dos semanas y media después.

A mediados de mayo había salido del trabajo y me había ido directo al Gay Village porque era el Orgullo y, evidentemente, esa no era una fiesta que te pudieras perder. Las calles del barrio estaban plagadas de banderas, había habido desfiles, celebraciones y discursos y los clubes, pubs y locales habían abierto sus puertas de par en par para recibir a todos los clientes posibles.

Por la noche, las cosas se habían caldeado un poco y habían empezado las fiestas en el interior. Chris ya me había dicho que estaría en el *Six, Six, Seven*, pero me llamó un par de veces borracho para recordármelo, añadiendo siempre al final: «te echo de menos, wooofff».

Cuando llegué al local, lo primero que había visto había sido al bombero con una enorme bandera gay anudada al cuello, descamisado, con «love is love» escrito sobre los pectorales y parte de los abdominales, las mejillas pintadas de arcoíris y purpurina manchándole el pelo y la barba.

No me sorprendió lo más mínimo, porque ya me había mandado una docena de fotos.

Lo siguiente que había visto era a su novio, Tommy, comiéndole la boca a lo bestia a un hombre enorme sobre la tarima principal, animado por los clientes, quienes, sin duda, esperaban que ese sórdido toqueteo entre ellos llegara a sexo real sobre el escenario.

Poco después, alguien me abrazó por la espalda y cuando me giré, vi a Chris, sonriente y borracho, con el móvil en la mano y mi mensaje de «llegué» aun brillando en la pantalla.

—¡Hola, Freddy! Dios, qué guapo estás, ¡ven, tengo que invitarte a una copa!

Asentí y le acompañé a la barra para quedarnos a un lado, pegándonos bastante en el pequeño hueco que nos quedaba entre un grupo y la pared. De forma casual, señalé el escenario con la cabeza y le dije:

—Un poco descarado, ¿no te parece?

—¿Quién? Ahm, sí —respondió nada más echar un rápido vistazo antes de centrarse de nuevo en mí y en la mano con la que sutilmente ya me estaba toqueteando el trasero—. Me pilló grabándote un vídeo esta mañana, ya sabes, en el que solo llevaba la bandera —y me guiñó un ojo juguetón.

—Ya... ¿así que ahora se está vengando? —no era realmente una pregunta.

—No sé, supongo —respondió antes de encogerse de hombros—. ¿Qué te apetece beber? ¿Tequila?

—Tequila está bien —asentí—. Fue un día muy largo...

—Oh —Chris puso una repentina mueca de preocupación, pero una de esas graciosas de borracho—, ¿y eso?

Cogí aire y lo solté, dejando un brazo apoyado en la barra. Chris estaba muy pegado a mí y, prácticamente, le estaba hablando a la cara. Alguno de los dos podría haberse retirado un poco y haber dejado un poco más de espacio, pero ninguno de los dos lo hizo.

—Hubo algunas protestas y disturbios de los sectores cristianos y conservadores, ya sabes, lo de todos los años. Estuvimos toda la tarde dando vueltas alrededor del barrio para que no hubiera incidentes.

—¿Estuviste toda la tarde dando vueltas por el Gay Village con tu uniforme de policía? —fue su pregunta, seguida de una ceja arqueada y una leve inclinación de cabeza—. Mucha gente se debió acercar a ti...

—¿Ahora vas a ponerte celoso?

—Pff... no —negó al momento tras un ruidoso resoplido, frunciendo el ceño y balanceando la cabeza de lado a lado—. Ahora no. Ya lo era antes —añadió—. Contigo especialmente.

—Ya —asentí—. A ti te pone celoso que yo haya tenido que trabajar toda la tarde mientras tú participabas en la cabalgata con el camión de bomberos y te paseabas medio desnudo por el Gay Village.

Mis palabras dejaron a Chris en un estado de fingida confusión. Parpadeó, se pasó la lengua por los labios y terminó arqueando las cejas hasta casi rozar el nacimiento del pelo.

—Pssiii... —farfulló por lo bajo mientras se encogía de hombros.

—¿Y por qué no vas a soltarle esas mierdas tóxicas a tu novio? —pregunté, cabeceando hacia el escenario—, ese que está a punto de follar a un completo desconocido delante de todos.

—Oh, no, no es un desconocido, es su ex, Marcus —me aclaró justo antes de que llegaran nuestros chupitos.

Casi con un silencioso acuerdo, ambos tomamos los vasos, brindamos y nos los bajamos de un rápido trago. Al terminar, Chris fue a por el segundo, pero le detuve.

—Tómatelo con calma —le pedí—. Mañana empiezas el turno.

—Tengo entrado a trabajar de resaca, o incluso borracho —me aseguró con un tono que escondía un evidente orgullo.

No tuve que decir nada, solo llevarme el segundo chupito a los labios y esperar a que Christian King llegara a la deducción por sí mismo. En el fondo, él siempre sabía lo que hacía mal, pero le costaba un pequeño empujón reconocerlo.

—He dejado de beber hace un rato, lo último que pedí fue agua con limón y hielo, como tú haces —me dijo—. No estoy tan borracho.

—Me alegro —asentí, acercándome lo suficiente para darle un suave beso en los labios, porque el refuerzo positivo era importante para él.

Chris sonrió y ladeó el rostro antes de repetir el beso, solo que con lengua, apretándome el culo y con un grave gruñido de garganta. Al separarse, se lamió los labios y sonrió, levantando una mano hacia mi barbilla para frotar un poco mi barba.

—Te he manchado de purpurina —murmuró.

—No pasa nada.

—No sé... es como si te hubiera marcado con un beso...

—Y dices que no estás borracho —le recordé.

Chris se rio y frotó sutilmente su entrepierna abultada contra la mía mientras me rodeaba la cadera y pegaba su frente a la mía.

—Nada que no pueda bajar con un poco de sudor y ejercicio...

—Oh, ¿quieres ir a bailar? —pregunté.

Chris volvió a reírse, bañándose el rostro con su aliento caliente, húmedo y con regusto a tequila.

—Lo que quiero es ponerte contra la puta pared y joderte hasta la mañana —murmuró en mis labios.

Un gruñido bajo brotó de mi garganta y una fina sonrisa afloró en mis labios cuando una corriente de calor recorrió mi cuerpo, estancándose en mi entrepierna abultada.

No era algo que le hubiera confesado, pero que Christian King se pusiera cerdo y posesivo cuando estaba cachondo, era una de las cosas que más me gustaban de él.

—¿Y a qué esperas? —susurré, terminando por morderle el labio inferior.

El bombero no se lo pensó dos veces, me agarró de la muñeca y tiró de mí en dirección a la parte trasera del local. El *Six, Six, Seven* era esa clase de locales gays en los que sucedían «cosas», que tenían una zona oscura para los más aventureros; un lugar en el que nunca habría entrado solo, pero que había empezado a frecuentar a menudo con Chris.

Siempre iba él en cabeza, guiándome hacia un lugar tranquilo en el que poder follar. Entonces me ponía contra la pared y me cubría, como si quisiera protegerme. Algo no tan disparatado ya que, debido al lugar, no era tan sorprendente que alguien se acercara a nosotros, momento en el que Chris se ponía violento y posesivo.

Con un frenesí que rozaba la locura, me bajó el baquero y me comió un poco el culo antes de levantarse, sacar un condón de arcoíris de la celebración y ponérselo apresuradamente, escupiéndole un poco antes de rodearme el cuello con el brazo, pegarme contra la pared y empezar a empujar su polla contra mi ano.

Había algo en aquello, en su violencia, en su aliento en mi nuca y mi oído, en su brazo casi ahogándome, en el calor de su cuerpo sudado contra el mío, en la necesidad por tenerme... que me volvía completamente loco.

Cuando me corrí con un profundo gemido, Christian King aceleró el ritmo, me agarró del pelo y tiró de él para jadearme al oído:

—¿Quieres que te llene como a un pavo en navidad? ¿Eh? ¿Lo quieres?

Dije que sí, por supuesto, porque en mitad del éxtasis no piensas en las tonterías que dices o lo estúpidas que puedan llegar a sonar en cualquier otra situación. Y a Chris le pasaba mucho aquello, durante el sexo decía unas gilipolleces que, cuando las recordaba en el trabajo, siempre me arrancaban una baja carcajada.

Pero ese era solo parte de su encanto.

El bombero terminó con una fuerte arremetida y un grave «Aaahhh», antes de pegarme contra la pared y quedarse jadeando en mi oído. No era el mejor lugar para quedarse esperando, así que no tardó mucho en sacármela, quitarse el condón y subirse los pantalones. Cuando estuve listo, me rodeó los hombros y me acompañó a la salida, dándome un suave beso en la mejilla sudada.

A la salida del cuarto oscuro la luz y el ruido me aturdieron un poco, pero no duró mucho antes de volver a la barra, pedir otro par de chupitos y dirigirnos a la pista de baile. Chris se quedó conmigo todo el rato, incluso cuando algún grupo o persona nos interrumpía para charla con él. Dos horas después volvimos a casa.

No fue hasta entonces, viendo nuestro reflejo en el ascensor, que me di cuenta de lo manchado de purpurina que estaba, mi pelo revuelto y las manchas de pintura que el ya borroso «love is love» del pecho del bombero habían dejado sobre mí.

Christian King me rodeó la cadera y miró aquello con una sórdida y orgullosa sonrisa en los labios.

—Oh, sí... —murmuró.

Razón 30: no entender que no se puede tenerlo todo

A principio de junio, las lluvias dieron paso al calor, un poco más notable en el centro del país, aunque igual de húmedo que en el resto de la isla británica.

En la comisaría empezamos a dejar de lado las cazadoras para ir tan solo con la camisa corta, la corbata y la gorra; lo que, para algunos, no era suficiente.

—Me muero de calor —se quejaba Sarah constantemente, abanicándose con el papeleo de una denuncia que acababa de tramitar—. Quien ideó el uniforme de verano debía ser un puto nazi.

—No hace tanto calor —negué—, y la comisaría tiene aire acondicionado, ¿de qué te quejas?

—Oh, discúlpeme, señor londinense —farfulló ella, dedicándome una mueca de ojos abiertos y un dedo central bien visible momentos antes de que el capitán entrara en la sala de reuniones para repasar los casos del mes.

Como era de esperar, también hizo mención de las vacaciones, un tema siempre complicado porque la comisaría no podía quedarse sin suficientes policías y todos queríamos disfrutar del caluroso verano sin tener que ir a trabajar.

—A mí no me importa dejarlas para septiembre o así —anuncié al grupo que se reunió a la salida, discutiendo sobre quién podría tomarlas y cuándo.

—Pues yo las quiero en julio —anunció Sarah.

—Todos las queremos en julio, Smith —respondió Hazel, la compañera de patrulla de Viktor.

—Es el único momento en el que mi mujer puede tenerlas también y nosotros tenemos dos hijas de las que hacernos cargo. ¿Tú tienes hijas, Brown?

La mujer resopló y puso los ojos en blanco. La verdad era que la excusa de «mi mujer/mis hijos» era la que todos usaban para salirse con la suya, dejándonos a los más jóvenes y sin «responsabilidades» de lado.

—A vosotros os da lo mismo tenerlas ahora o más tarde —declaró Trevor Hansson, lo que provocó una avivada respuesta.

—Pues a mí no me sale de los cojones estar de vacaciones cuando empieza a hacer frío y a llover —respondió Gregor.

Y ese fue el tema que se alargó durante toda la semana, creando momentos de tensión y reavivando enemistades y confrontaciones que no eran extrañas para nadie que trabajara en una oficina.

—Podemos pedir las ambas para septiembre y organizar algún viaje —me sugirió Chris cuando le hablé del tema.

Fruncí el ceño y me lo pensé un momento, hundiendo la cucharilla en el postre que compartíamos tras la cena.

—¿Quieres que tengamos las vacaciones juntos? —pregunté, quizá con la esperanza de que se diera cuenta de lo raro que sonaba eso.

—Sí, ¿por qué no? —preguntó antes de encogerse de hombros—. Ya tengo un par de ideas en la cabeza. Podemos ir a bajar los rápidos, ¡o de camping con la autocaravana! —exclamó de pronto, abriendo mucho los ojos para dedicarme una enorme sonrisa—. Oh, sí, vámonos de camping. Tú, yo, la naturaleza, las bicicletas, perdernos un poco... suena genial.

—Sí, suena muy bien —reconocí mientras dejaba la cucharilla a un lado para que fuera Chris quien se terminara el último trozo de la tarta. Después, me crucé de brazos sobre la mesa y le miré un par de segundos en silencio—. ¿Y qué piensa Tommy de eso?

Chris detuvo la cuchara a medio camino de la boca y se quedó un instante así antes de metérsela en la boca, ir a por la servilleta, limpiarse los labios y masticar más lento de lo que habitualmente lo haría.

—No sé. No creo que le importe —murmuró.

El «Tema Tommy» ya me estaba empezando a cabrear un poco, pero no quería hacer un mundo de ello. Chris y él llevaban ya dos meses con aquella tontería de la pareja abierta, que no era pareja ni estaba realmente abierta.

—Muy bien —concluí antes de llevarme el vaso de agua a los labios.

Trataba de llevar aquella situación lo mejor posible, aunque sabía que solo era un pozo de mierda que terminaría salpicándome de alguna manera.

Quedarme allí era solo culpa mía.

Querer a Christian King era solo culpa mía.

No iba a hacerme el tonto y fingir que no sentía nada por él. No era tan estúpido para no darme cuenta. El bombero me gustaba muchísimo, me sentía muy a gusto a su lado y el sexo era de otro mundo.

Pero hay una gran diferencia entre amar a alguien y dejarte controlar por ese amor.

Tenía ya treinta buenas razones para no estar con Chris y era muy consciente de ellas, empezando por su incapacidad de deshacerse de relaciones tóxicas y quererlo todo: Christian King quería estar conmigo, pero nunca había hablado de nada serio y se comportaba como si su «novio» ni siquiera existiera.

Pero lo hacía, y era muy real.

Así que, a mediados de junio, tomé la decisión de seguir adelante. Me descargué de nuevo la app de citas y me propuse retomar la búsqueda de una relación más seria y estable. No iba a darle a Chris un ultimátum, ni una advertencia, ni a participar en una dramática discusión de película romántica; solo iba a explorar otras posibilidades y a negarme a quedarme estancado en una situación que ya empezaba a ser de lo más ridícula y sin futuro alguno.

Durante esas semanas empecé a hablar con un par de personas e incluso salí a tomar un café con una de ellas, Hans, pero la cosa no funcionó demasiado bien. Era atractivo y simpático, sin embargo, no paraba de hacer bromas sobre sí mismo de esa forma que dejaba traslucir un trasfondo lleno de inseguridades.

Saber reírse de uno mismo es importante, pero cuando ya lo haces de forma patológica, pasa a convertirse en un sistema de defensa que no da muchas esperanzas a alguien que, como yo, ya había pasado por eso y se negaba a volver a vivirlo.

«Qué tal el café? Hahaha Era El Hombre?», me había preguntado Chris nada más verme en línea. «Si necesitas que te saque de allí, solo manda un S.O.S hahah».

Por supuesto, ya le había dicho que volvería a probar suerte en la app, lo cual le había sorprendido en un primer momento antes de asentir varias veces y olvidar por completo el tema. Al menos, hasta dos o tres días después, cuando en mitad de uno de sus turnos me había hecho una pregunta del tipo: «¿Cómo va tu búsqueda del Príncipe Azul? haha».

Ese era el juego al que estábamos jugando ahora, el cual me aburría y cansaba a partes iguales.

—Pues no demasiado bien —le mandé un audio en el trabajo—. No paraba de hacer bromas sobre que no estaba tan fuerte como yo o que no iba al gimnasio y todas esas mierdas. Ya sabes.

—Es que estás demasiado bueno, Freddy —respondió un minuto después, con el murmullo de las brasas de fondo, porque en verano hacían bastantes barbacoas en la parte trasera del parque de bomberos—. ¿Por qué crees que todos piensan que eres un perfil *fake*? —se rio—. No se creen que alguien como tú pueda estar interesado en alguien como ellos.

—Eso es tan triste por tantos motivos... —murmuré, recostándome en la silla del escritorio antes de pasarme una mano por el tupé. No había barbacoas para mí, solo papeleo—. ¿Y tú qué tal?, ¿has llamado a Clark?

—Sí, hicimos una videollamada esta mañana. Es un chico increíble, la verdad. ¿Tú crees que es gay?

—Claro que es gay —respondí.

—Me daba la impresión, pero no estaba seguro. ¿De eso le conoces? —preguntó con un tono divertido—. No me digas que habéis tenido algo...

—No, Chris. Le conozco de haber estudiado juntos.

—Ahm —murmuró, y casi me lo pude imaginar asintiendo lentamente con una leve sonrisa en los labios—. Oye, estaba pensando en una escapada de dos días, ¿qué te parece?

—Me parece que como no me saques de aquí pronto, me voy a terminar ahorcando con el cable del ordenador.

Chris se rio.

—Sin problema, este jueves nos vamos a Londres.

—¿Londres? —fruncí el ceño—. Creía que querías sacar la autocaravana a algún lado.

Por supuesto, Christian King era de esos hombres aventureros que no podían prescindir de poseer una furgoneta camper para sus viajes. Yo la llamaba «su picadero móvil».

—No, llevaré el coche, ha sido el cumpleaños de mi padre y pensé en hacerle una visita y aprovechar el viaje para comprobar cómo está la capital.

—Londres siempre está mal —le aseguré.

—Te juro que no estoy seguro de si realmente odias Londres o si solo bromeas.

—Solo los londinenses odian Londres —le expliqué—, es como una relación tóxica con tu madre. La quieres pero la detestas al mismo tiempo.

Tras otra carcajada más alta, Chris cambió el tema de nuevo, discutiendo los lugares que quizá podríamos visitar, entre ellos, un montón de locales y pubs que le gustaban. Así que el jueves a la tarde me vino a recoger a la salida del trabajo y nos fuimos a Londres. Debido a nuestros horarios, no era extraño que viajáramos entre semana o días alternos, sin necesidad de esperar a que nos coincidiera librar a ambos un fin de semana.

Nuestros planes de viaje tampoco solían envolver muchos gastos, algo rápido y casi improvisado: la autocaravana o una cama en la que poder dormir en caso de no poder llevárnosla, y comida ligera con la que salir del paso. Nada de restaurantes de lujo, ni hoteles pomposos ni grandes expectativas.

—Nos podemos quedar en casa de mi padre —anunció él a mitad de camino—. Tiene una de esas enormes residencias de embajador. Después de la última vez, parecerá un palacio.

Me reí y asentí. La última vez habíamos compartido litera en un hostel de estudiantes en Oxford.

—No sé, la verdad es que fue un viaje para el recuerdo —murmuré, echándole una mirada rápida por el borde de los ojos.

—Oh, sí... —afirmó con la mirada al frente y la mano en el cambio de marchas.

Oxford tenía una de las universidades más famosas del mundo y los mejores clubs de copas de Inglaterra. Chris y yo habíamos participado en un tradicional recorrido al que llamaban algo así como «El doctorado», que consistía en ir de pub en pub, bebiendo una copa para que te sellaran una cartilla con el aprobado. Al final, terminamos tan borrachos que apenas conseguimos volver al hostel y, una vez allí, echamos una de las folladas más apasionadas y ebrias en la cima de esa litera de habitación compartida.

—Joder, creo que se están riendo de lo de anoche —había dicho Chris a la mañana siguiente, observando como nada más entrar en el comedor empezaron a murmurar, sonreír y señalarnos—.

¿Dije muchas gilipolleces follando?

A lo que yo solo me había encogido de hombros y soltando un:

—Pues las de siempre.

Nada más alcanzar Londres, empecé a quejarme del tráfico y a decir que en aquella puta ciudad nunca se podía ir a ninguna parte.

—¡Aprende a conducir, subnormal! —le grité a un taxista que casi se había cruzado con nosotros, cuando él empezó a insultarme, le mostré el dedo corazón y añadí—: ¡Que te jodan!

—Me encanta la educación británica —respondió Chris mirándome con una sonrisa en los labios—, es tan exquisita...

—Somos un país de contrastes —le dije calmadamente.

Poder aparcar el coche y salir de la carretera, fue todo un alivio. El padre de Chris vivía en una buena zona del centro, con hileras de casas de ladrillo con grandes ventanales. Me sorprendió descubrir que no hubiera mayordomo, sino que el propio señor King nos recibiera en persona.

Para mi sorpresa, no se parecía demasiado a su hijo. Solo un par de rasgos concretos, como la altura, la espalda ancha, la mandíbula masculina o el mentón salido. Tenía pinta de haber sido medianamente atractivo en su juventud, pero sin duda Christian había heredado todo su atractivo de ojos almendrados de su madre.

—Papá —le saludó Chris, dándole un abrazo antes de volverse hacia mí para presentarme—. Este es Alfred, mi novio.

Aquellas últimas palabras cayeron sobre mí como un cubo de agua fría, pero reaccioné rápido y acepté el apretón de manos que el señor King me ofrecía.

—Encantado de conocerle, señor King.

—Igualmente, Alfred —respondió con su marcado acento americano—. Por favor, pasad.

El interior de la casa era tan espectacular como el exterior, manteniendo una decoración de época, como si fuera una mezcla entre museo y vivienda; casi me daba miedo tocar algo y romperlo. Pero eso solo duró lo que tardamos en recorrer el salón principal y la biblioteca, porque la cocina con vistas al jardín trasero era un espacio totalmente moderno, con isla central, electrodomésticos y una nevera de dos puertas.

El señor King nos ofreció a ambos una botella de agua fría y nos preguntó por el viaje. Yo me senté en una de las banquetas y no participé más que en los momentos en los que Chris se volvía para mirarme y obligarme a tomar parte de la conversación.

Cuando el padre anunció que debía ir a la embajada, pero que esperaba poder invitarnos a cenar a la vuelta, al fin nos quedamos solos. Ese fue el momento en el que pregunté:

—¿Tu novio, Chris?

—Sí —se encogió de hombros, guiándome de camino al dormitorio de la segunda planta—. ¿Qué quieres que le dijera?

—¿Amigo? —sugerí, como si la idea fuera innovadora y del todo inesperada.

Chris soltó una breve carcajada.

—¿Y esperas que se creyera que iba a invitar a un «amigo» a celebrar su cumpleaños? Por favor, Freddy... ya no tengo dieciséis años.

Abrí los labios, pero solté una bocanada de aire y negué con la cabeza, prefiriendo no insistir en el tema. No estaba allí para discutir las logísticas sobre cómo prefería presentarme a su padre o las muchas confusiones y problemas en los que podría derivar eso. Estaba allí para relajarme, romper la rutina y disfrutar.

—¿Alguna vez te han cabalgado a lo bestia en tu cama de la infancia? —le pregunté, señalando la cama a un lado del dormitorio con baño y vestidor lateral.

—No... pero siempre hay una primera vez —sonrió, sentándose en el colchón antes de apoyar las manos y recostarse un poco. Con la cabeza ladeada y el labio inferior mordido, añadió—: tampoco me han hecho una pedazo de mamada en mi cama de la infancia, por si te interesa saberlo.

—Sí, sí me interesa —respondí, quitándome la camiseta para dejarla tirada a un lado.

Razón 31: decir cosas sin pensar

Sucedieron muchas cosas durante esos dos días y medio en Londres.

Fuimos a cenar con el padre de Chris a un elegante restaurante en lo alto de un hotel, donde pude comprobar que el señor King tenía grandes dotes de diplomático; sabía mantener una conversación neutra en todo momento y seguir sonriendo mientras lanzaba pequeñas perlas como:

—¿Y ya has asentado la cabeza o sigues de fiesta en fiesta y de novio en novio? Sin ofender, Alfred.

—En absoluto, ¿cómo podría ofenderme? —murmuré.

El señor King era tan elegante que incluso se rio de la sarcástica e irónica respuesta, como si hubiera sido divertido. Fue su hijo quien, esa misma noche, se quedó conmigo tomando una copa y me dio una breve explicación:

—Siempre ha sido así, es todo un bromista.

—A mí no me sonaban a bromas —le aseguré.

—Ya, bueno... —el bombero le dio un trago a la bebida y dejó el vaso en la barra—. Son siempre las mismas bromas, pero son bromas.

—Claro...

Con un suspiro, Chris terminó confesando:

—A mí tampoco me hacen gracia, parece que nunca está contento con nada de lo que hago.

Christian King tenía «Daddy issues» y carencias afectivas, menuda sorpresa.

—¿Y tú estás contento con lo que haces?

Eso produjo una leve carcajada y una mirada sonriente.

—Hablas igual que Clark, él también me hace muchas preguntas de ese tipo.

—Lo sé —asentí—. Te ayudan a reflexionar sobre tus propios logros y la forma en la que estás dirigiendo tu vida.

—¿Alguna vez has pensado en ser coach? —me preguntó—. Eres muy bueno leyendo a las personas.

—No, sería un coach terrible —le aseguré—. Al primero que me viniera llorando le diría algo como: espabila, la vida es dura.

Chris se rio bastante de eso, quizá porque sonaba a algo que yo diría de verdad.

—No me has respondido, Chris —le recordé—. ¿Estás contento con lo que haces?

Bajó la mirada a su vaso y lo pensó un par de segundos.

—Sí, me gusta mucho ser bombero.

—¿Estás orgulloso de serlo?

Esa vez no lo dudó:

—Mucho.

—Entonces, eso es todo lo que importa —concluí.

Chris se volvió a reír.

—Yo creo que serías un coach genial, Freddy —me dijo.

Una hora después, estábamos algo borrachos y nos dirigimos al ascensor del hotel. Nada más entrar, me dejé caer contra Chris hasta que produjo un sonido sordo al darse de espaldas contra el espejo.

Una vez atrapado, le di un buen beso y deslicé la mano por su camisa tropical hasta alcanzar su pantalón de pinza negro. El bombero gruñó contra mis labios al sentir el apretón y, con un jadeo, susurró:

—Estoy mojadísimo...

—Oh... —respondí, apartándome solo lo suficiente para alcanzar el botón de stop del ascensor—. ¿Y eso? —pregunté, rozando sus labios y buscando su mirada mientras le desabotonaba la camisa.

—Es tu culpa...

—¿Mía?, ¿por qué? —sonreí.

—Porque me has estado metiendo mano todo el rato —jadeó, tratando de volver a besarme, pero solo consiguió rozarme la comisura de los labios cuando deslicé el rostro a un lado.

Chris gruñó con un leve enfado y volvió a intentarlo, consiguiendo besarme en esa ocasión.

—Desde que te conozco, vivo empalmado —me acusó, un poco borracho y un poco cachondo.

—Qué pena... —susurré antes de conseguir desabrocharle el pantalón de pinza y bajárselo un poco a tirones.

Su polla salió del interior como un animal al fin liberado, dura y palpitante, balanceándose entre nosotros, desesperada por recibir atención. Con un último beso en sus labios, descendí por su cuerpo y me puse de cuclillas en el suelo. Chris no bromeaba al decir que estaba mojado. La cabeza rosada que se podía ver en la abertura del prepucio estaba brillante y viscosa, algo que arrancó un gemido de mi garganta, mucho menos alto que cuando lo lamí.

Chris echó la cabeza atrás y apretó las manos contra la barandilla, soltando un gruñido alto y denso. Se la chupé un poco, utilizando la mano para retirar la piel y poder metérmela casi toda en la boca; pero tras un par de rápidas pasadas, me puse otra vez de pie, se la guardé dentro del pantalón y empecé a abrochárselo.

—Ya está limpia —sonreí con malicia, desactivando la parada de emergencia del ascensor.

Chris no dijo nada, ni siquiera me dedicó una mirada de pena, como la de un niño al que le hubieran quitado de pronto su juguete favorito. En vez de eso, me besó en los labios y me dijo:

—Te quiero.

Sus palabras me dejaron helado, parpadeé y fruncí el ceño.

—Chris... —susurré.

No podía hacerme aquello. Simplemente, no podía.

El bombero no añadió nada, solo se acercó y me rodeó con los brazos para abrazarme durante todo el tiempo que duró el viaje hasta la última planta. Cuando sonó el «ding», me soltó y me agarró de la mano para salir.

Sin embargo, antes de que eso ocurriera, le detuve y le hice mirarme a los ojos.

—Yo también te quiero, Chris —le dije—. Ese no es el problema.
El bombero sonrió un poco, asintió y me guiñó un ojo.
Eso fue todo lo que hablamos del tema.

Razón 32: ser un quejica

En el viaje de vuelta a Birmingham, Christian King todavía se removía un poco en el asiento del coche y farfullaba de vez en cuando:

—Todavía tengo esa sensación...

La tercera vez, terminé resoplando y, girando el rostro hacia él le dije:

—Tienes el síndrome del activo follado.

—¿El qué? —sonrió, apartando por un momento la mirada de la carretera.

—Que estás haciendo un mundo de ello.

—No... —dijo frunciendo mucho el ceño y negando rápidamente—. Si me gustó, ya te lo dije.

Puse los ojos en blanco y saqué el brazo por la ventanilla, moviendo la mano en hondas arrastradas por el caluroso viento. Hacía un día precioso, de cielo azul, campos verdes y leve brisa. Un día en el que me había despertado con ganas de un cambio especial.

Todavía estábamos en casa de su padre cuando, tumbándome sobre su espalda, le desperté con suaves besos en la nuca. Chris había gruñido por lo bajo con placer pero, antes de que se diera la vuelta de cara a mí, había susurrado en su oído:

—¿Qué te parece si hoy hacemos algo diferente...? —y no tuvo duda alguna a lo que me refería cuando empecé a frotar mi polla dura contra sus nalgas.

—Oh, emh... —eso le despertó de golpe. Levantó un poco la cabeza y trató de mirar a mis espaldas—. Sí, ¿por qué no?

Eso fue todo lo que necesité para darle un beso en el trapecio e ir descendiendo por su musculosa espalda, lametón a lametón, hasta alcanzar sus abultadas nalgas. Christian King era activo, pero tenía un culo hecho para el pecado.

Cuando le mordí una nalga, se removió un poco y se rio por lo bajo.

—Con cuidado... —me pidió de la forma más suave posible.

En ese momento supe que iba a darme problemas, los «soy activo pero no me importa...» siempre te los daban. Así que había empezado por comerle el culo para que se relajara, algo que, por como empezó a gruñir y a mover la cadera, le gustó bastante. Sin embargo, cuando fui a por el lubricante y el condón y empecé a meterle el dedo, ya no gimíó tanto.

—Relájate... —le aconsejé—. Estás muy tenso.

—Hace mucho que no... —respondió, buscando mi mirada a sus espaldas.

Me lo tomé con calma. Sabía que iba a ser complicado, así que no quise apurar la situación y provocar una mala respuesta del bombero. O, peor, que no quisiera volver a intentarlo jamás.

Le di la vuelta y, de cara, me hice un hueco entre sus piernas con las mías antes de inclinarme para besarle. Una vez relajado, volví a intentar meterle el dedo. Miraba sus ojos y gemía en sus labios, tan cerca que apenas tuve que susurrar:

—Lo estás haciendo genial...

Chris parpadeó, tragó saliva y siguió gimiendo por lo bajo, cerrando los ojos y echando la cabeza atrás cuando al fin introduje gran parte del dedo en su interior. Preferí dedicarle más tiempo a dilatarle de lo que era realmente necesario, porque el bombero lo necesitaba. Le seguí besando, le lamé el cuello y le escuché gemir cada vez más alto cuando empecé a meter el segundo dedo.

Cuando estuvo preparado, aparté la mano, eché una buena cantidad de lubricante en la punta del condón y la acerqué a su ano. Chris agarró las mantas con fuerza y tomó una buena respiración.

El síndrome del activo follado era cuando los activos se volvían unos putos dramáticos cuando se la iban a meter, pero después ellos te follaban como si a ti no te doliera o dilataras al instante.

Christian King no fue una excepción. Me pidió parar un par de veces y gruñó con incomodidad debido a la extraña sensación. Bastante más invasiva que placentera si insistías en pensar que aquello no te acababa de gustar.

Estuve a punto de rendirme cuando al fin, tras diez minutos de aquello, se la conseguí meter entera y el bombero apretó los dientes y cerró los ojos con fuerza, gruñendo como si le hubiera dolido. Algo que yo sabía que no era verdad. Simplemente, estaba haciendo un puto show innecesario.

—¿Quieres parar? —le pregunté muy en serio—. No pasa nada si no te gusta.

—No, no, estoy bien... —jadeó—. Solo ve despacio.

Y eso hice, pequeñas arremetidas sin sacarla demasiado antes de volver a meterla, mirando el rostro de Chris y la forma en la que se cubrió los ojos con un brazo para que no pudiera ver sus muecas de incomodidad.

—Voy a parar —anuncié—. No te está gustando.

—Eh, no, sí... Pero en esta postura me toca algo raro dentro y no... probemos de espaldas.

Con un suspiro, se la saqué y dejé que el bombero se pusiera a cuatro patas, visión que me arrancó un murmullo bajo y renovó mis ganas de intentarlo. Cuando me acerqué y se la volví a meter, sus gruñidos quedaron ahogados por las mantas y la almohada. Le di un par de pruebas, empezando a follarle más seguido a la espera de que me pidiera parar.

No lo hizo.

Así que apoyé las manos en sus hombros y le hice incorporarse un poco antes de seguir. Esa postura me encantaba, pero también quería saber si el muy gilipollas no estaba intentando soportar aquello solo para hacerme feliz.

Quizá fuera un fetiche mío, pero follarle a alguien que sabía que estaba sufriendo, no me ponía en absoluto.

Fue una sorpresa descubrir que Chris estaba jadeando y gruñendo de placer y no de angustia. Cuando le empecé a dar más fuerte, moviendo la cadera a un ritmo decente, empezó a agitar la cabeza, gruñir y decir:

—Sí, oh, joder, sí...

Emocionado, apreté los dientes y moví una mano de su hombro a su pelo para darle un apretón y empezar a joderle de verdad, haciendo temblar la cama bajo nosotros.

Supe que le estaba encantando cuando me dijo:

—¡Oh, sí, joder, fóllate al niño mimado de papá!

Estaba acostumbrado a su verborrea de activo, pero aquello me sorprendió lo suficiente para fruncir el ceño y sonreír. Por suerte, eso no me detuvo ni bajó mi lívido, terminando con una buena arremetida poco después de que Chris se hubiera corrido.

Al terminar, me dejé caer sobre él, sudado y jadeante, para susurrarle al oído:

—¿Qué tal?

—Mmh... mueves la cadera igual de bien que cuando me montas —y nos reímos.

Pero, en la ducha, ya empezó a poner muecas y a tocarse el trasero. No importaba cuantas veces le dijera que era normal, que estaba dilatado y tenía que darse tiempo a recuperar. Él insistía en que era «tenía esa sensación».

Sin embargo, a partir de entonces empezó a mandarme también fotos de espaldas en el espejo o de su culo, arrancando profundos «WOOOFFF» de mis labios. Chris siempre se reía, pero se le notaba demasiado lo orgulloso de haber encontrado otra cosa más de él con la que volverme loco: como si sus músculos, su atractivo y su polla no fuera suficientes.

Razón 33: tomarse demasiadas confianzas

En julio hizo un calor terrible, pero la ciudad estaba casi vacía debido al acuerdo universal de tomar vacaciones por esas fechas, así que tampoco teníamos mucho trabajo que hacer. Patrullábamos las calles metidos en el coche de policía refrigerado y nos deteníamos a comprar café helado, atendiendo, como mucho, a un par de alertas de seguridad de robos en hogares. Pero ni así había

mucho que hacer, porque o la alarma había saltado por error o los ladrones ya habían huido antes de que llegáramos.

Eso no era culpa nuestra, realmente. Si tienes un chalé en las afueras y no paras de retransmitir tu viaje por indonesia en todas las redes sociales a tu alcance, no te sorprenda que alguna persona con malas intenciones entre en tu vivienda vacía y te robe.

Desde el departamento de relaciones públicas, no pararon de mandar información y folletos de advertencia para esas situaciones durante los meses previo a verano; pero la gente insistía en creer que si les robaban era culpa nuestra por no ser lo suficiente «rápidos en actuar».

—Haremos todo lo posible por encontrarles —era la respuesta habitual, aunque en el fondo todos sabíamos que era muy complicado investigar un caso como ese a no ser que los ladrones fueran tan gilipollas como para revender las joyas en algún local.

Por otro lado, para los bomberos de Birmingham, el verano nunca eran buenas noticias. Su departamento de relaciones públicas y el Estado también se esforzaba mucho en advertir a la población de los peligros de las altas temperaturas y las hogueras de campamentos o el vidrio arrojado al suelo; pero al final siempre había un par de incendios.

El noventa por ciento de ellos, debidos a errores o causas humanas.

—¿Cómo está Langwood?

—Quemado —fue la respuesta de Chris, quien había asistido corriendo a una urgencia en la comarca vecina—. Hemos encontrado el origen en un campamento de verano, pero el fuego aún no está del todo controlado.

—Mmh... malas noticias.

—¿Y tú qué tal resolviendo robos?, ¿ya hiciste algún progreso?

—Estoy en ello —respondí antes de pagarle a la camarera del Starbucks mi *frappuccino* con vainilla para llevármelo a uno de los sofás y tumbarme.

Como era habitual, cuando llevaba el uniforme siempre me seguían algunas miradas de interés, algunas por curiosidad, otras mucho menos sutiles e inocentes.

—Es complicado, la verdad —añadí, dándole un sorbo a mi café helado—. La gente pone denuncias, pero, por increíble que pueda parecer, casi nadie regresa de sus vacaciones para hacerse cargo del asunto. Dejan a las aseguradoras y a nosotros haciendo el trabajo.

—La gente es increíble —murmuró él con un resoplido—. Yo ni tengo alarma, si me robaran, ni me enteraría.

—Si te robaran, no encontrarían nada en la pocilga que es tu apartamento, Chris —le aseguré—. De hecho, creo que les daría pena ver en qué estado vives.

El bombero soltó una breve carcajada.

—No me paso mucho por allí últimamente... —afirmó.

Aquella frase escondía una pequeña broma, una a la que solo pude responder con un vago:

—No me había dado cuenta... —provocando otra breve risa del bombero.

En ese último mes, Chris no había vuelto a su casa más que para recoger un par de cosas entre turno y turno del trabajo. El resto del tiempo, lo pasaba en mi apartamento, paseándose en ropa interior y tirado en el sofá jugando a videojuegos con el ventilador a toda potencia. La forma o razón por la que habíamos llegado a esa situación, se me escapaba por completo, porque como muchas otras cosas entre nosotros, simplemente había fluido en esa dirección sin que ninguno de los dos pusiera impedimento para ello.

Christian King se tomaba muchas confianzas, pero no puedo decir que fuera una sanguijuela y un aprovechado. Insistía en pagar siempre la compra y, aunque no fuera ni cercanamente bueno en las actividades domésticas, incluso lavaba a veces la ropa y fregaba los trastes.

Además... quizá fuera el calor o la desnudez o que ambos éramos un par de cerdos salidos, pero estábamos follando más que nunca y era maravilloso. Sudoroso sexo de mediados de verano que siempre te dejaba jadeante, empapado y con una enorme sonrisa en los labios.

Muchas veces salíamos a tomar algo o a cenar, hacíamos algún plan si coincidíamos de descanso, íbamos al gimnasio o a la piscina; pero la mayoría del tiempo nos la pasábamos en casa dándole como monos en cualquier parte del apartamento.

Ahora en el cuarto de baño de mi casa había dos cepillos de dientes y, de vez en cuando, me quedaba mirándolos y preguntándome si aquello era una señal de alerta o solo una tontería.

—¿Y qué tal Mcmilliam? —me preguntó entonces, distrayéndome de mis pensamientos.

—¿Quién?

—Mcmilliam, el piloto.

—Ah... —comprendí.

A veces Chris cambiaba de tema en tema como si su mente fuera un maremoto de ideas inconexas de las que fuera saltando sin sentido alguno.

—Pues vuelve esta semana de Estocolmo. Me ha preguntado si querría tomar una copa con él.

—Una copa... suena más serio que un café.

—Supongo, sí —respondí, tratando de mantener la mayor neutralidad posible.

Christian King lo quería todo: quería seguir con Tommy, pero vivir conmigo; quería seguir haciéndose el tonto sobre la situación, pero decirme que me quería; quería fingir que éramos solos muy buenos amigos con una relación especial, pero después preguntarme constantemente por todos los hombres que conocía y con los que iba a tomar un café.

Si lo hacía de forma consciente o inconsciente, no importaba, porque el resultado seguía siendo el mismo: Christian me hacía muy feliz, pero yo no iba a esperar por él.

—Entonces, quizá deba dejarte la casa libre e ir a darme un paseo esa noche —y se rio, pero de una forma totalmente falta de gracia, como cuando trataba de relajar el tono de un mensaje con «hahah».

—No creo —respondí vagamente.

Sabía lo que Christian King estaba haciendo e intentando con todo aquello, pero nunca le decía nada. Ayudarle a canalizar sus problemas y resolverlos era trabajo de Clark, su *coach*; con el cual, la verdad, estaba consiguiendo algunos progresos significativos. Poco a poco.

—Oh... ¿no te gusta? —preguntó con curiosidad—. Era muy guapo en las fotos de la app.

—Sí, es muy guapo.

—Y además es piloto, eso es bastante sexy.

Con una bocanada de aire, fui en busca de mi *frappuccino* y le di otro buen trago.

—Si quieres ligar tú con él, te paso el número —le sugerí.

Chris se rio.

—No, no, yo estoy muy contento con lo que tengo en casa.

—Chris... —le advertí con un tono suave.

Odiaba cuando me soltaba esas frases, porque nunca sabía cómo responder y me ponía en un compromiso. ¿Qué se esperaba realmente que le dijera? Sí, Chris, yo también estoy muy contento con lo que tengo en casa, pero resulta que tiene pareja y demasiados problemas por resolver.

El bombero se quedó un par de segundos en silencio, aunque se escuchó un leve bufido a través de la línea y casi me lo pude imaginar con una triste sonrisa en los labios.

—Lo sé —respondió—. Perdona.

—No pasa nada —concluí, prefiriendo seguir adelante—. Por cierto, ya he cambiado el turno con Johnson para la fiesta vikinga en Norwich.

—¡Oh, genial! ¡Va a ser increíble! —exclamó cambiando al instante su humor melancólico por la emoción contenida—. Ya he ido un par de veces, te va a encantar. Hay muchísima cerveza, un mercado medieval, comida, teatros callejeros...

—Nunca he entendido la razón para celebrar la invasión, el robo, los asesinatos y las violaciones en masa que cometieron los nórdicos en la Edad Media —respondí—; pero la verdad es que esa fiesta suena muy divertida.

Tras una ruidosa carcajada, Chris respondió:

—Tengo muchísimas ganas de que vayamos, solo espero que no haya otro puto incendio y vuelvan a llamarnos de urgencia.

—En ese caso, te mandaré cientos de fotos completamente borracho mientras disfruto de la fiesta.
—Pffff... —resopló—. Eso me jodería muchísimo.
—Ya... debe ser raro para ti ser el que tiene que trabajar y recibe las fotos del otro pasándolo bien
—apuntillé—. Siempre es al revés...
—Lo que me jodería es saber que estás borracho y solo y que yo no estoy allí para marcar territorio. Ojalá pudiera decir que eso me sorprendía, pero no.
—Marcar territorio —repetí lentamente, solo para ver si le hacía reflexionar un poco.
—Oh, te aseguro que sí —respondió con total confianza—. Woff, woff...
¿Se podía fingir no tener nada con alguien y aún así ser descaradamente posesivo y celoso? Sí, al parecer, se podía, porque en el retorcido mundo de Christian King, todo era posible.
Lo peor era que en ese momento puse una fina sonrisa y me mordí ligeramente el labio inferior, un poco cachondo por esa actitud. Chris me parecía terriblemente sexy cuando mostraba ese lado más seguro de sí mismo y decidido; incluso cuando se trataba de «marcar territorio», cosa que solo hacía cuando salíamos de noche o estaba borracho.
Quizá fuera culpa mía, porque después siempre le recompensaba con un buen morreo o una buena metida de mano. Si le hubiera cortado en seco y dejado bien claro que no le pasaría esas mierdas tóxicas, estaba seguro de que las enfocaría de la misma forma con la que enfocaba mis ligues por la app: de forma distante, insegura, entre la broma y los cutres intentos por descubrir si alguno de esos chicos me gustaba más que él.
Y, como ya era tarde para corregirle, solo pude responder un bajo y grave:
—Woff, woff... —que, estaba seguro, le estaba haciendo sonreír de oreja a oreja.

Razón 34: no tener autocontrol

Que Christian King tuviera un problema con la bebida, no era algo que sorprendiera a nadie. Pero la realidad era un poco más compleja y diferente a la que la mayoría de personas creía. A Chris le gustaba mucho beber y lo hacía en cantidades absurdas cuando salía de fiesta, pero después, en su día a día, no tomaba ni una gota de alcohol.
Desde que vivía en mi apartamento, jamás le había visto beber nada más que agua y menta poleo con hielo; ni siquiera las cervezas que yo compraba para tomarme de vez en cuando. Chris solo consumía alcohol para socializar, lo que me llevó a preguntarle:
—¿Por qué no bebes cuando salimos a cenar solo nosotros dos?
El bombero había levantado la mirada del móvil y se había encogido de hombros en mitad del restaurante chino.
—¿Quieres que beba? —me preguntó, como si no hubiera entendido a qué venía la pregunta.
—No, solo estaba pensando en que nunca bebes si no hay más personas alrededor.
—Ah... —asintió y volvió a bajar la mirada al móvil, preparando para IG la foto tonta que acababa de sacarnos en la entrada del local frente a un enorme buda pintado de dorado—. Borracho soy más sociable y es divertido.
—Tú ya eres bastante sociable estando sobrio —respondí—. No creo que nadie te considere un hombre «tímido».
—No lo soy, pero tampoco me atrevería a subir a un escenario para bailar como un gilipollas.
—¿Y por qué necesitas subir a un escenario para bailar como un gilipollas?
En ese momento, Chris había tomado una buena bocanada de aire y me había mirado con los labios levemente apretados.
—Sé lo que estás pensando, Freddy —me dijo—, y no, no bebo para hacer locuras y llamar la atención, bebo porque me parece divertido y me lo paso mucho mejor.
—Ahm... —había murmurado.
Hacía un tiempo, no le hubiera creído, pero ahora sí. Al menos en parte.
Llevaba demasiado tiempo saliendo de noche con él para no darme cuenta de que, primero, muchas veces Christian no bebía tanto como decía; y segundo, muchas veces no estaba tan borracho como

fingía estar. Ya le había cazado en un buen par de ocasiones, exagerando su borrachera delante de amigos o conocidos, frotándose el pelo y parpadeando como si estuviera a punto de caerse redondo al suelo mientras resoplaba.

Y era convincente, porque al principio yo también le había creído todas esas veces que me decía:

—Buff... estoy borrachísimo.

Pero ahora ya no.

—Chris, deja de hacer el subnormal —le había pedido una vez de vuelta a casa, hacía bastante tiempo, cuando fingía necesitar apoyarse en mí para seguir caminando y, por estar «completamente ebrio», no le importaba darme besos en la mejilla y agarrarme del culo—. Sé que no estás borracho.

—Estoy borracho —me aseguró.

Entonces le miré por el borde de los ojos y, deslizando la mano desde su cadera a su trasero, le di un buen apretón.

—Sí, yo también... Tanto, que te voy a hacer una pedazo de mamada antes de montarte como a un potro salvaje.

Tras un par de segundos, él sonrió, dejó de volcar el peso sobre mí y me dio un beso en los labios. Desde entonces ya no había vuelto a tratar de convencerme de que estaba más borracho de lo que realmente estaba.

Pero eso no quería decir que a veces no se pillara unas borracheras de vértigo. Sobre todo en celebraciones especiales o viajes; a veces, por ambos motivos, como hizo ese fin de semana en Norwich.

Nada más llegar con la autocaravana, la dejamos en un parking habilitado para ello y nos dirigimos al pueblo. Chris nos compró a cada uno un ridículo casco vikingo y un «cuerno». Al parecer, de ahí íbamos a beber.

—Pagas la cerveza, pero no te dan vasos de plástico ni nada así —me explicó, ya completamente emocionado por la celebración, la gente y el ambiente que nos rodeaba.

A veces era como un niño sobrecitado al que le costaba pronunciar las palabras enteras.

—Ya sabes, por el medio ambiente y para no dejar el pueblo lleno de mierda. Así que te compras el cuerno —y me enseñó el suyo, un cuerno bastante realista de vaca, pero completamente vacío y con un cordel atado para que te lo pudieras colgar al hombro—. Y cuando pides cerveza, te lo llenan y la bebes como un antiguo vikingo. ¡Ven, te lo enseñaré!

El mercado era grande, con toda clase de puestos de artesanía y vendedores disfrazados; pero antes de pararnos a echar un ojo, Chris me llevó directamente a la sección gastronómica, allí donde también había vendedores con puestos repletos de comida de época y, por supuesto, cerveza.

Para mi sorpresa, había bastante donde elegir y toda venía en barriles que el dueño abría para hundir el cuerno directamente con la mano y sacarlo rebosante de espumosa cerveza.

—Ehm... espero que se lave las manos cada vez —le dije a Chris al oído.

—Vamos, Freddy —respondió él con emoción—. Que te sirva así la cerveza es muy épico.

Lo que iba a ser épico era la multa que le pondrían los de sanidad como se pasaran por allí. Por eso, cuando le dio sus cuernos goteantes de cerveza a los clientes delante de nosotros y se fue a lavar las manos a una pila cercana, no me sorprendí.

—Sigue siendo muy épico —insistió Chris. El cual, nada más recibir de vuelta el cuerno, le dijo al vendedor—: ¡Gracias por la cerveza, hermano de batalla!

Hay a quien le hubieran dado vergüenza ajena esa clase de comentarios que Chris hacía a veces, innecesarios y ridículos a partes iguales; pero a mí me gustaban. Me parecían muy divertidos.

Entonces nos detuvimos a tres pasos del puesto y Christian me propuso entrelazar el brazo y bebernos la cerveza a la vez. No era la postura más cómoda del mundo pero no lo dudé ni un momento. Al terminar con toda, solté el aire contenido y agité la cabeza. Era un poco más fuerte de lo que esperaba.

Chris terminó poco después con la barba parda ligeramente manchada de espuma y el ceño ligeramente fruncido.

—En serio, Freddy... eres la única persona que me gana en una competición de beber ¿cómo puedes hacerlo tan rápido?

Me encogí de hombros y, sin querer, ahogué un repentino eructo en la garganta antes de echar el aire a un lado.

—Provengo de una larga estirpe de taberneros británicos —respondí—. Mi hermano tiene un pub, mi padre tiene un pub, mi abuelo tenía un pub, mi bisabuelo trabajó en unas fábricas, de hecho, pero destilaba alcohol ilegal en su casa.

Chris se rio, lo que, como a mí antes, le produjo un eructo que ahogó antes de resoplar y decir:

—Vamos a por otra...

Cuatro horas después, ya había anochecido y estábamos completamente borrachos, tanto como para quedarnos sentados en las mesas de madera de la sección gastronómica, devorando dos costillares enteros como completos cerdos, incapaces de hacer otra cosa más que masticar y no caerse de espaldas al suelo.

Los fuegos artificiales nos sorprendieron en ese momento, pero ninguno de los dos les dio la más mínima importancia, echando una breve ojeada al cielo nocturno cubierto de colores como si viera llover.

Lo cierto es que la Fiesta Vikinga de Norwich era mucho mejor por la noche. Había música, teatros callejeros y un ambiente muy romántico para pasear y disfrutar de los juegos; por desgracia, nosotros ya estábamos acabados. Nos lo habíamos pasado muy bien, pero habíamos quemado la fiesta muy rápido, abusando de los puestos de cerveza hasta el punto de que los dueños ya nos conocían por el nombre.

Llegado ese punto, solo pudimos regresar a la caravana, tirarnos en la cama trasera y echar un buen polvo de borrachos.

—Oh, joder... —jadeó Chris al correrse, casi con alivio, dando un último y profundo empujón antes de caer rendido sobre mí—. Joder... —repitió con la cabeza hundida en mi cuello.

Le acaricié la espalda y cerré los ojos, quedándome dormido apenas un minuto después mientras todo me daba vueltas.

La resaca del día siguiente fue criminal. Esa cerveza en barriles era veneno y nada más despertarme supe que iba a ser un día muy largo. Con la cabeza dolorida y el estómago revuelto, me fui dando pequeños pasos hacia la estrecha ducha de la autocaravana; eso ayudó un poco. Después regresé a la cama y me tumbé al lado de un desnudo y roncante Chris, quien no se despertó hasta tres horas después, solo para salir corriendo por la puerta de la furgoneta y vomitar sobre la hierba.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Sí... —jadeó, yendo a limpiarse la boca al fregadero. Con una respiración profunda, terminó apoyando los brazos en la repisa y cerrando los ojos—. Esa cerveza era muy mala.

—Sí —afirmé—, y también bebimos demasiado.

—Hace años que no vomitaba después de beber.

—El tiempo pasa, Chris. Ya no eres un universitario con un hígado a prueba de bombas.

El bombero soltó un bufido de risa, seguido de un gemido de queja cuando la contracción del abdomen le hizo sentirse peor. Con cuidado, se arrastró de vuelta a la cama y se tumbó a mi lado para rodearme con los brazos y hundir la cabeza en el hueco de mi cuello.

Al final, todavía disfrutamos un poco de la celebración —como adultos responsables esa vez—, y, a media tarde, nos dimos una vuelta para comer algo ligero, tomar un café cargado, sacar un par de fotos y echar un vistazo al mercado.

—Mmh... esto quedaría genial en casa —me dijo, tomando en brazos un escudo vikingo en madera, redondo y con un dibujo de runas circular—. Es el vegvísir, la brújula vikinga.

—Me da miedo preguntar en qué videojuego has aprendido eso.

Chris apretó sus ojos almendrados y forzó una sonrisa tensa.

—Ha, ha... —murmuró antes de darle la vuelta al escudo para mirarlo—. A veces miro documentales en YouTube, Freddy.

—Sí, claro —asentí—. Ahora mírame a los ojos, Christian, y dime que ese símbolo no lo conoces de mirar alguna serie de televisión que te guste.

El bombero me miró a los ojos, me señaló el escudo y, muy dignamente, preguntó:

—¿Te apetece comprarlo o no?

Me reí y terminé asintiendo, era un poco caro, pero la verdad es que me gustaba.

El hecho de que Christian King colgara el escudo en la pared de mi apartamento, justo encima de la cama, fue un detalle al que no presté mucha atención. Como su cepillo de dientes en el baño, su ropa en el armario, su bicicleta en la entrada y su videoconsola en el salón, solo dependía de cuánta importancia quisieras darle.

Razón 35: ser cruel

Agosto fue un mes extrañamente templado y agradable, o, al menos, a mí me lo pareció. Sobre todo cuando a mediados del mes empezaron mis vacaciones.

Cuando Chris volvió de su último turno de tres días, dejó la mochila a un lado y dio una fuerte palmada que resonó por toda la casa.

—Tú, yo, quince días y una autocaravana. ¡Vámonos!

—Suen a título de película de mierda —murmuré mientras me llevaba una cucharada de yogur a la boca.

—Pues espero que sea una porno, porque te voy a follar en cada playa de California —respondió con una enorme sonrisa.

—Mmh, al fin podré vivir el Gran Sueño Americano —dije, mirándole ir ya en busca de las bolsas de viaje que habíamos dejado preparadas la noche anterior.

Con ellas en las manos, se detuvo frente a mí en la isla de la cocina y arqueó las cejas.

—Sabes que me encanta tu sarcasmo inglés, Freddy, pero ahora mismo tengo unas ganas horrible de empezar las vacaciones y reencontrarme con mis raíces.

—Lo sé —asentí, arañando con la cuchara el final del envase de yogurt antes de levantarme y tirarlo en la basura del reciclaje—. Vámonos.

El viaje era, como solía suceder con Christian King: un pequeño caos. Sabíamos más o menos lo que queríamos hacer, pero no teníamos dirección fija ni habíamos hecho ninguna reserva a excepción del vuelo que nos llevaría a California y la autocaravana que habíamos alquilado allí.

Después, todo sería improvisado sobre la marcha.

La idea, básicamente, era comportarnos como un par de surfers con furgoneta, muy pocas preocupaciones y padres con mucho dinero.

—Agh, qué calor hace aquí. Qué asco —fueron mis primeras palabras, seguramente, muy similares a los de los primeros colonos británicos.

Los americanos no tardaron ni una hora en destacar mi acento y decirme:

—Suenas como Harry Potter —por lo que Chris tuvo que darme veinte libras que habíamos apostado al respecto.

El bombero aún tenía fe en su nación y en su pueblo, creyendo que no iban a caer en la inevitable comparación ni en el estúpido comentario que hacían de todos los británicos. Si alguien me preguntaba si yo era mayordomo, tendría que darme cien.

—Nadie va a preguntarte eso, Freddy —murmuró, casi ofendido por la idea.

—Cuando cumpla cuarenta, lo harán —le aseguré.

Tras aterrizar en San Francisco, nos quedamos un día o dos en la ciudad. Era tal cual me la había imaginado, aunque no tan «gay» como decían. Sí, tenía algunos locales subidos de tono y una mentalidad bastante abierta, pero nada que no pudieras ver en el Gay Village de Birmingham.

Donde sí noté una diferencia palpable era en la comunidad en sí misma. Los gays americanos eran... diferentes. No sabría cómo describirlo, pero su forma de vestir, de pensar y de comportarse era diferente a la que estaba acostumbrado. Y, además, eran mucho más directos y salvajes a la hora de ligar.

Christian King era como un perro guardián, pero yo no podía ir ni a mear sin que alguno de esos twinks yankis se le echaran encima. Eran como putas moscas detrás del guapísimo bombero de metro ochenta y pico. Y yo no quería caer en la trampa, porque no lo hacía en casa y no lo iba a hacer allí, pero uno de ellos me tocó especialmente la moral.

Había estado mirándonos con sus amigos durante un buen rato, había venido a pedir una copa a la barra a nuestro lado para lanzar miradas discretas al bombero, me había visto comerle la boca a Chris un par de veces... y aún así me lo encontré tonteando a lo salvaje con mi chico nada más volver del baño.

Christian King sonreía educadamente y negaba con la cabeza, señalando a un lado, hacia donde yo me había ido. El chico sonreía mucho, le miraba los ojos, se mordía el labio y le decía algo.

—¿Tienes algún puto problema? —le solté nada más llegar, empujándole de lado de Chris—. ¿O es que no vas a parar hasta que te meta el pie en la boca?

—Eh... —se quejó—. Solo estábamos hablando.

—Los cojones —respondí—. Como vuelvas a mirarle o a acercarte, te parto tu puta cara de subnormal. ¿Me oyes?

No estaba orgulloso de ello, pero cuando me enfadaba de verdad me salía mi peor acento de las afueras de Londres y mi peor actitud de clase media-baja. Detalle que Chris no pudo dejar pasar cuando me giré hacia él y le vi tratando de ahogar una sonrisa.

—«Los cojones» —repitió.

—Los cojones —asentí, alargando una mano para apretarle la entrepierna.

El bombero ni se inmutó, demasiado habituado ya a mis metidas de mano. Simplemente fue a por su copa para darle un trago y me dijo:

—Para, sabes que me pone muy cerdo cuando te comportas así...

—¿Cuándo me comporto cómo, eh? —pregunté, pegándome a él para levantar la cabeza y golpearle con el mentón, como si estuviéramos en la calle a punto de tener una pelea.

—Pffff... —resopló, cerrando un momento los ojos y apretando los dientes antes de mirarme fijamente—. No me calientes, Freddy...

Sonó como una advertencia, pero eso no me detuvo al separarme un poco y darle una leve bofetada.

—¿Y qué, qué vas a hacer? —le pregunté, agarrándole de su camisa de piñas para acercarle de nuevo a mí y volver a decirle a la cara—: Vamos, gilipollas, ¿qué vas a hacer?

Lo que hizo fue terminarse la copa de un trago, agarrarme de la muñeca y llevarme a la parte de atrás del local para ponerme contra la pared, escupirse en la polla y empezar a clavármela con un gruñido salvaje de garganta mientras me tiraba del pelo.

—Esto es lo que voy a hacer... —jadeaba en mi oreja, empujando un poco más, perdiendo el equilibrio, cayendo sobre mí contra la pared sin cuidado y dejándome sin aire—. Te voy a joder bien duro y se te va a acabar la tontería.

Después se retiró, me agarró de la cadera con fuerza y empezó a follarme sin parar hasta que se corrió con un gruñido que ahogó todos los demás sonidos de la habitación a oscuras. Yo me había corrido un poco antes y, dolorido, jadeante y algo sofocado, me pasé la mano por el pelo antes de subirme los vaqueros.

Chris me rodeó los hombros y me dio un beso en los labios antes de retomar el camino a la salida. A la luz de las farolas estaba sonrojado y algo sudoroso, todavía respiraba con más intensidad para recuperar la respiración y parpadeaba, como si acabara de vivir un sueño lúcido.

—Chris... —murmuré cuando nos detuvimos a cenar en un pequeño local de hamburguesas—, ya hemos hablado de esto...

—¿Mmh...? —murmuró, ya con un buen trozo de hamburguesa en la boca. Mientras masticaba, me miraba, movía las piernas bajo la mesa y arqueabas las cejas.

Bajé los ojos a mi hamburguesa sin tocar y negué, prefiriendo beber un trago de la Coca-cola *light* antes de continuar con la conversación.

—Freddy —me dijo, yendo en busca de una de los aros de cebolla a un lado—, sabes que no pasa nada. A veces lo hacemos así.

Tomé una bocanada de aire y me froté los ojos.

—No, Chris. Sí que pasa —murmuré.

—No es la primera vez, ni la segunda... —me recordó.

No, no era la primera vez, porque eso había sucedido esa noche salvaje en la litera de arriba de la residencia en Oxford, hacía cuatro meses. Entre la borrachera de campeonato y el ardor del momento, a ninguno de los dos se nos ocurrió bajar un momento a buscar los condones, así que Christian King al fin cumplió su profundo deseo de «rellenarme como a un pavo en navidad».

Y después pasó otra noche de borrachera en casa, en una mamada alocada en el sofá mientras él jugaba a un videojuego, en otra escapada de fin de semana, en la autocaravana... ahí pasó un par de veces, la verdad, incluido el polvo tras la fiesta Vikinga.

A excepción de cuando Chris se corrió en mi boca y me pidió perdón por no avisar antes, era algo que siempre sucedía estando borrachos.

Pero esa noche no estábamos tan borrachos.

—Nos hicimos los análisis y...

—No es por eso, Chris —le corté, levantando la mirada hacia él—. Ya sé que no paras de hacerte análisis para tranquilizarme. Po... ¿podemos dejar de hacer el gilipollas por un momento? —terminé preguntando.

Chris dejó la hamburguesa sobre el plato y fue en busca de una servilleta para limpiarse las manos y los labios.

—Claro —murmuró, todavía terminando de masticar.

—Bien —asentí, reorganizando un poco mis pensamientos antes de decir—: confío mucho en ti, Christian. Ya no es cuestión de dudas ni miedos, es cuestión de que tienes pareja abierta, ¿entiendes? Tommy se folla a Marcus a pelo, y a saber a quién más o a quién se folla su ex en otro momento. No quiero arriesgarme a seguir así y que un día nos llevemos un susto.

Chris asintió varias veces y bajó la mirada a la cesta de aros de cebolla, junto al ketchup y la mostaza.

—Rompí con Tommy hace un tiempo ya —me dijo.

—¿Qué? —se me escapó junto una mueca de ceño muy fruncido—. ¿Cuándo?

Sin mirarme, el bombero empezó a jugar entre las manos con el bote de salsa mostaza y, tras unos segundos, respondió:

—Hace cuatro meses.

Mi mente se quedó en blanco por un instante, y al instante siguiente funcionaba a toda máquina, rememorando qué había pasado hacia cuatro meses y desde cuando se suponía que Christian King estaba soltero.

—¿Rompisteis en mayo? —pregunté—. Pero en el Orgullo...

—Rompimos en el Orgullo —me interrumpió, dándole vueltas al bote entre las manos hasta que se lo quité de un puñetera vez y lo dejé con un golpe seco a un lado de la mesa, obligando a mirarme.

—No es momento para tu puto TDAH —le dije de forma cortante—, estate quieto y respóndeme.

Chris entrelazó los dedos sobre la mesa y, con una profunda respiración, continuó:

—El día del Orgullo, cuando me pilló sacándome el nude que te mandé, me preguntó para quién era. Le dije que era para ti y que estábamos viéndonos a menudo. Se enfadó bastante, me estuvo gritando un buen rato y al final me agobié y me fui de allí. En la fiesta solo estaba intentando vengarse de mí con su ex, diciéndome que no me necesitaba, y es verdad, no le necesito —concluyó, separando las manos antes de dar una leve palmada.

—Pero... ¿por qué no me lo dijiste?

Chris balanceó la cabeza de lado a lado y su mirada de ojos almendrados volvió a escaparse en dirección a la ventana. A veces hablar con él era exasperante y daban ganas de darle una bofetada.

—No sé, no quería darte esperanzas —murmuró.

Me quedé helado. Cerré los labios entreabiertos y relajé mi expresión de extrañeza hasta convertirla en una mueca de total indiferencia.

—Pues entonces quizá deberías dejar de decir que me quieres —le sugerí con tono neutro.

Chris asintió lentamente y murmuró:

—Lo siento.

Razón 36: hacer las cosas complicadas

Esa última noche en San Francisco no fue nada divertida.

Christian King y yo compartíamos la cama en un pequeño hotel que habíamos encontrado de forma improvisada, nada pomposo, pero con una cama y un servicio privado. Nada más llegar, me di una ducha y me eché a dormir, pensando todavía en si sería mejor que tomara el primer avión que saliera de vuelta a Londres.

Evidentemente, aquel viaje por California iba a ser solo un horror de ese punto en adelante.

Pero, a medida que le daba vueltas, de espaldas a Chris en la cama, me lo pensé mejor. Quizá estuviera siendo dramático. Quizá me hubiera dejado llevar un poco por mis emociones y había perdido la objetividad de la situación.

Lo que el bombero me había dicho había sido doloroso, pero, en realidad, no cambiaba nada. Mi relación con Christian King seguía siendo la misma: algo estancado y sin futuro. Un divertido trayecto hasta un inevitable final.

Y quizá también fuera un poco de orgullo: no vas a traerme hasta aquí para después hacerme volver corriendo.

Por eso, al despertarme aquella mañana, fui a ducharme y salí del hotel en busca de un buen café y un desayuno. Cuando volví, Chris seguía en la cama, con su camiseta gris de dormir y en ropa interior, con un brazo sobre la cabeza y la mirada perdida en el techo.

—¿Nos vamos? —le pregunté.

El bombero no dijo nada durante un par de segundos, solo me miró por el borde de los ojos y después asintió.

—Claro —murmuró.

Tuvimos unos pocos problemas para encontrar el sitio de alquiler de autocaravanas, pero una vez allí, todo fue bastante sencillo. El hombre nos dio las llaves y nos deseó un feliz viaje, echando una última mirada a un Christian King que parecía extrañamente serio y silencioso.

Nada más empezar el viaje, puso una lista de música de canciones de California o, al menos, sobre el espíritu californiano, mientras yo apoyaba el brazo en la ventanilla y miraba el paisaje. Para mi sorpresa, aquel estado era mucho más boscoso de lo que me esperaba; más similar a Canadá que a las soleadas costas y playas de las películas.

Tomamos la, según Chris, famosa Ruta 1 por la costa y empezamos nuestro viaje.

No creía que resultase un trayecto agradable, no hasta quizá pasados un par de días, cuando la tensión disminuyera y las aguas se asentaran entre nosotros. Entonces, quizá pudiéramos volver a mantener una conversación normal.

Y, de pronto, Chris apagó la música y me dijo:

—Siempre termino estropeando todas mis relaciones, y no quiero joderla contigo, ¿entiendes? Es mejor así. Todo va perfecto, todo es perfecto.

Giré el rostro hacia él y me quedé mirando a un Chris que apretaba con fuerza los puños sobre el volante, con expresión de mandíbula tensa y preciosos ojos azules enfilando la serpenteante carretera entre los árboles.

—Vale —respondí, tan indiferente y breve como parecía.

Chris me echó una rápida ojeada por el borde de los ojos y apretó las comisuras de los labios de forma incómoda. Con un tono más bajo y calmado, añadió:

—Freddy... siempre saboteo las relaciones. Me siento atrapado, me aburro o me angustio, y entonces hago alguna gilipollez para escapar. No quiero hacerte eso a ti. No quiero volver a tu casa llorando para decirte que me he llevado a algún gilipollas a la cama, ¿entiendes?

Asentí y me quedé mirándole un par de segundos sin saber muy bien qué decir.

—Si no te ves preparado para tener una relación seria, no pasa nada —eso fue lo que elegí responder. Chris apretó un poco más el volante entre los puños.

—Entonces, ¿estamos bien así? —preguntó.

—Claro —murmuré.

El bombero soltó aire como si lo hubiera estado conteniendo durante todo aquel rato. Más relajado, volvió a poner la música y le bajó el volumen para poder seguir hablando.

—No quiero hacerte daño, de verdad —insistió—. Me importas muchísimo, Freddy.

—Chris... —pero me detuve y negué con la cabeza, prefiriendo no decir cosas que no valdrían para nada.

—¿Qué? —me preguntó.

—Nada —respondí, encogiéndome de hombros—. La próxima vez, por favor, ahórrate el dramatismo.

El bombero soltó un bufido y sonrió.

—Sí, la verdad es que fue un poco dramático —reconoció—. No sabía muy bien cómo decírtelo y esa fue la primera cosa que se me ocurrió.

—Podrías haber probado con: ey, Freddy, te quiero mucho, pero no creo que esté preparado para algo serio y no quiero hacerte daño.

Chris volvió a reírse, esta vez un poco más alto.

—Sí, la verdad es que eso hubiera sido perfecto —afirmó—. Nos hubiera ahorrado esta noche de mierda.

—Sin duda.

Ahí quedó todo hasta que, apenas un par de segundos después, Chris volvió a subir el volumen del reproductor y me dijo:

—¿Te gusta la música? Hice la lista en el último turno del trabajo. Quería que sintieras la «experiencia californiana» —y, mirando a la carretera, ladeó un momento el rostro y añadió en un tono más bajo—: Tenía muchísimas ganas de hacer esta ruta contigo.

—¿Y eso? —pregunté, con la mirada puesta en el paisaje boscoso—. ¿Tanto te gusta California?

—Sí, pero no es solo por eso. Hace mucho tiempo que quería volver y hacer esta ruta y, cuando hablaste de pedir las vacaciones por estas fechas, ni lo pensé dos veces: tengo que llevarme a Freddy conmigo a California.

—Ya me parecía raro que insistieras tanto con el tema —asentí—. Tenía que ser importante para que rechazaras el Festival de Música Folk de Canterbury.

Chris se rio, más alto que la otra vez, llenando la autocaravana con su risa grave y ruidosa.

—Podemos ir el año que viene —me aseguré.

—No sé, tenía muchas ganas de escuchar a *The Gremlins and the Washmachine*. Me fascina descubrir qué clase de música podría hacer con gaitas y panderetas un grupo con ese nombre.

La risa del bombero volvió a restallar por toda la furgoneta, invadiendo también el bosque que nos rodeaba. A partir de ese momento, todo volvió a la normalidad.

Más o menos.

Una hora y media después, nos detuvimos en uno de los paradores con aparcamiento y vistas al mar. Allí nos asentamos y fuimos a darnos un baño al agua fresca antes de buscar leña para una improvisada hoguera en la playa. No había nadie más allí y, cuando cayó la noche, el cielo se llenó de estrellas.

—Ojalá tuviera mi guitarra para tocarte algo —me dijo Chris, mirando cómo la luna creciente se reflejaba sobre las olas del mar.

Estaba sentado al lado de la hoguera, jugando a golpear suavemente uno de los palos sobre la arena mientras yo me recostaba, con la cabeza en su pecho, los brazos cruzados y los ojos cerrados.

—Uff... —resoplé, negando con la cabeza—. Créeme, saldría corriendo.

La risa del bombero hizo vibrar mi cuerpo apoyado sobre el suyo, extrañamente cálido y familiar.

—No hay forma de ser romántico contigo, Whitechapel —me reprochó.

—¿Cómo que no? —murmuré, entreabriendo los ojos para mirarle—. Sería súper romántico que ahora me besaras y me follaras de lo lindo sobre la arena.

Chris bajó la cabeza para responder a mi mirada, sonrió e, inclinándose, me dio un suave y húmedo beso en los labios. Uno que repitió cuando le agarré del pelo e impedí que se alejara de mí. Con un gruñido de excitación, me di la vuelta y le besé más fuerte, empujándole con la mano hasta que se tumbó en la arena.

Christian King llevaba esa noche un bañador corto y negro, uno que terminó tirado a un lado de la hoguera. Su camisa blanca con globos de colores perdió dos de los botones cuando la abrí a toda prisa para deslizándola por sus hombros, pero sin llegar a quitársela. Sus ojos almendrados miraron al cielo estrellado momentos antes de correrse, agarrándome los muslos mientras le cabalgaban justo como a él más le gustaba.

Esa follada en el hotel nada más llegar a San Francisco, fue la última vez que usamos condón.

Razón 37: distraerse constantemente

Teníamos dos semanas para recorrer una carretera que apenas llevaba diez horas cruzar de punta a punta del Estado, así que tuvimos muchísimo tiempo para detenernos dónde queríamos y hacer un relajado turismo.

Nos pasamos otro día en esa playa solitaria, después pasamos otro día en Santa Cruz y otro en Monterrey, alquilando unas tablas y neoprenos para surfear en la bahía. Chris me explicó cómo hacerlo e incluso se pavoneó tomando un par de olas de pie antes de caerse directo al agua. Como era de esperar, también se había comprado un montón de colgantes y pulseras que le dieron ese aspecto de gilipollas rubio americano con cuerpo de gimnasio, caravana y tabla de surf.

Los locales enseguida le confundieron con uno de los suyos y se acercaron a nosotros para darnos consejos o charlas de cosas que no podrían interesarme menos; a excepción de cuando nombraron par de lugares «canelita en rama» para tomar «unas buenas olas».

—Es como si a cada segundo hablando con ellos, perdiera neuronas —le dije a Chris nada más alcanzar la autocaravana.

—Nah, qué va —negó él—. Si eran muy agradables.

—A ti todo el mundo te parece agradable —le reproché.

—Todo el mundo que solo quiere charlar y tratar de mantener una conversación divertida, sí —respondió, mirándome con las cejas arqueadas.

—Agh... —murmuré con expresión asqueada—. Soy demasiado británico para eso.

Después, en apenas cuarenta minutos de trayecto por carretera, alcanzamos uno de mis lugares favoritos de todo el viaje: Pfeiffer Big State Park. Un lugar impresionante, con bosques de enormes secuoyas, cataratas de agua dulce y costas para quitarte la respiración.

Nos pasamos allí unos cuatro días enteros, recorriendo los senderos, acampando en las zonas permitidas para ello y explorando las aguas termales. Chris no paró de sacarnos fotos, con las mochilas a los hombros y sin camiseta. Hizo todo un documental de nuestra visita y subió unas pocas a Instagram —sus favoritas—, incluyendo un par de *stories* de vistas panorámicas en las que solía salir yo con cara seria esperando a que terminara.

Eso casi se convirtió en un meme que repetimos varias veces y que acabamos haciendo a propósito el resto del viaje.

—Es irónico que hagas esto cuando me llevo quejando todo el verano de la gente que se va de vacaciones y lo anuncia en todas partes como si pidieran a gritos que les robaran —le dije esa misma noche frente a la hoguera.

—No creo que sea lo mismo porque en nuestro caso nadie sabe dónde vivimos —respondió sin apartar la mirada del móvil—. Cuando nos saco fotos allí, jamás pongo localización, solo «Birmingham».

—Créeme, es muy fácil encontrar una localización si miras las fotos y salen ventanas, o alguna clase de referencia que puedas usar para orientarte.

—Sinceramente, Freddy —dijo, levantando la mirada hacia mí con una mueca de párpados caídos y cejas ligeramente arqueadas—, si alguien hace una investigación digna de la C.I.A y tiene los

cojones de robar en la vivienda de un policía de la Scotland Yard, se merece poder quedarse con la televisión de plasma, las bicicletas y nuestra colección de juguetes sexuales.

—¿*Nuestra* colección...? —repetí, soltando un bufido de risa—. Querrás decir *tu* colección.

—No, porque la empezamos juntos —me recordó, volviendo a bajar la mirada al móvil.

—Que yo recuerde, tú fuiste el que llegó a casa con unas esposas y un tapón anal.

Chris tomó una bocanada de aire y abrió las manos de una forma muy dramática, llevando los ojos al cielo estrellado antes de preguntarme:

—Si no puedes traértelas del trabajo, ¿qué te esperabas que hiciera? Me pone cerdísimo que me esposes... Wofffff —terminó diciendo, agitando la cabeza como si fuera alguna clase de perro en celo antes de clavarme su mirada por el borde superior de los ojos, sonreír y arquear una ceja.

Christian King era un hombre insaciable, pero por suerte para él, yo no me quedaba atrás. Lo estábamos haciendo en todas partes: acampando bajo las estrellas, en mitad del bosque, en el lago bajo la catarata y en las playas; donde al bombero se le ocurrió volver a sacar el móvil.

—Por favor, necesito acordarme de esto... —jadeó antes de morderse el labio y apuntarme con la cámara.

—Solo esta vez —le dije, porque sabía perfectamente que no me sentía nada cómodo si me grababa chupándosela.

Si él quería que le grabara chupándomela a mí o comiéndome el culo o follándome, era otro tema, por eso Chris tenía una carpeta guardada en la caja de seguridad del móvil llamada «WOFF», la cual estaba a punto de llenarle la tarjeta de memoria.

Al finalizar el cuarto día, con la piel tostada por el sol y un delicioso tono caramelo sobre los músculos, retomamos el trayecto por la Ruta 1 en dirección sur. Nos detuvimos solo un poco en cada pueblo de nombre hispano y en cada costa con oleaje hasta, tres días después, alcanzar la famosa costa de Malibú.

La cual, odie a muerte. Demasiada gente, demasiada prepotencia y demasiada fama para el conjunto de playas de mierda que eran. Nos quedamos uno o dos días solo porque a Chris le hacía mucha ilusión estar allí.

—*Malibú, baby...* —me decía con una enorme sonrisa y un gorro de paja en la cabeza mientras hacía un gesto de roquero y agitaba las manos.

Allí surfeamos un poco, visitamos el Point Dume e hicimos una pequeña ruta en bicicleta por las secas montañas de Santa Mónica; pero tuvimos que irnos cuando, solo por mantener aparcada la autocaravana, nos estaban cobrando ciento cincuenta dólares la noche.

Siguiente destino: Los Ángeles.

Nunca había entendido la fascinación de la gente por aquel lugar caluroso y húmedo, donde todos parecían plastificados y una fotocopia unos de otros. Decían que todo el mundo era guapo en Los Ángeles, pero, sinceramente, a mí no me lo parecían; no importaba cuantas operaciones estéticas se hicieran o cuanta química usaran en el gimnasio.

—Joder, incluso te sientes feo aquí... —le oí murmurar a Chris en una ocasión, momento en el que me detuve para darle una buena charla sobre el atractivo artificial y los absurdos cánones de belleza de los hollywoodienses.

La tontería le duró poco. Después, se centró en comprarse algo de ropa hortera y mirar Google Maps para descubrir los sitios de mayor interés. Nos los vimos casi todos, lo más famosos al menos, llegando a pagar una pequeña visita guiada por los estudios de Monumental Pictures, una de las grandes industrias del cine.

En mitad del recorrido, un precioso Lamborghini color amarillo se detuvo en la entrada. La mayoría nos giramos para ver si era alguna clase de famoso, y debía serlo, porque aquel hombre era uno de los más atractivos que había visto jamás. Un intenso aire italiano, piel caramelo, pelo moreno, rostro masculino, cadena plateada al cuello y carísimo reloj en la muñeca, barba recortada al milímetro, gafas de aviador con cristales azules y cuerpo de gladiador envuelto en la mejor camiseta de Versace.

Cuando se detuvo, nos echó una breve mirada al grupo y continuó fumando su cigarro como si nada antes de que el guardia de seguridad le sonriera y le dejara pasar; momento en el que hizo rugir el motor del coche y salió disparado hacia el interior de la productora.

—Jo...der —murmuré, mirando a Chris, por si había visto lo mismo que yo.

Él arqueó las cejas y respondió:

—Debe ser un actor, o un modelo o algo así.

No fue hasta tres horas después, mientras cenábamos en un restaurante de sushi, que el bombero volvió su móvil hacia mí y me dijo:

—Lo siento mucho, pero tu chico del Lamborghini ya está cazado.

Cuando miré la pantalla, vi las noticias relacionadas con Monumental Pictures y, entre ellas, había muchas de la prensa rosa y amarilla en la que nombraban al italiano que habíamos visto entrando. Al parecer, llevaba cinco años casado con el hijo del dueño de la productora, un magnate judío heredero de una de las más grandes fortunas de América. Sonaba... sospechoso, por no decir menos. Así que deslicé la pantalla en busca de alguna fotografía. No tardé demasiado en encontrarme con una imagen de ambos en la alfombra roja de los últimos Premios Oscar.

Allí estaba el increíble hombre italiano y, a su lado, su marido, al que le pasaba el brazo por encima de los hombros mientras sonreía.

—Pensaba que sería una pareja más... desigualada —empecé a decir, evitando parecer crudo y frío.

—Yo también —sonrió Chris, tomando el móvil cuando se lo devolví sobre la mesa—. Madre mía, debería ser un crimen ser los dos tan guapos —murmuró, echando otra ojeada a la imagen.

Tras visitar lo esencial, sacarnos las clásicas fotos de turista y sumergirnos en algunos barrios y locales de la ciudad, salimos en dirección a San Diego, nuestro último destino de las vacaciones y una ciudad muchísimo más asequible para quedarse que Los Ángeles.

A mí incluso me gustó más, pero quizá se debiera a que no estaba tan masificada. Allí nos pasamos los últimos días en un pequeño hotelito al lado de la costa, dos de ellos, literalmente, porque a Christian King no se le ocurrió otra cosa que bajar una noche a Tijuana, México.

No recuerdo ni cómo llegamos de vuelta al hotel, solo oír a Chris diciendo durante toda la noche: «*Hola, tequila, por favor*», porque eran las únicas cuatro palabras que sabía decir en español. Pero, por cómo nos despertamos al día siguiente, entre chupito y chupito nos debió dar tiempo a comprarnos un gorro mexicano y una camiseta que decía: «*Me la mamé en Tijuana, wey*».

Eso no compensó la resaca de campeonato que nos dejó día y medio tirados en cama, pero fue un buen recuerdo que llevarnos de vuelta a casa.

Chris colgó el sombrero en la columna de la cocina y suspiró. Con la piel del rostro besada por el sol y una suave sonrisa en los labios, me dijo:

—Ha sido un viaje increíble...

Razón 38: traerme problemas

Volver a la rutina después de las vacaciones le resulta frustrante a mucha gente, sin embargo, a mí me gusta.

Las vacaciones habían estado muy bien y me habían encantado, pero yo era un hombre de costumbres y, a principios de Septiembre, ya tenía ganas de recuperar mi vida, mis turnos, el orden... esas pequeñas cosas.

Chris era todo lo contrario.

Se pasó ese último día refunfuñando como un crío y andando de un lado a otro con una mueca de ligero enfado. No quería volver a los turnos de tres días, a aburrirse allí tirado, a estar encerrado en el parque de bomberos sin nada que hacer... La verdad, que no se pudieran mover de allí era una putada, pero Christian King trabajaba solo tres días a la semana y cobraba más que yo.

—Deja de llorar —fueron mis dulces palabras de consuelo—. Tenéis televisión, gimnasio, videojuegos, películas, libros... y lo único que tienes que hacer es tumbarte como un cerdo a la espera de que suene la alarma.

—Ya... y tú solo tienes que pasearte con el coche patrulla e ir a tomar café —respondió de forma airada mientras abría la nevera—. Ya no quedan yogures, ¿los compras tú?

—Sí, apúntalo en la lista —murmuré.

El bombero cerró la nevera y fue en busca del bloc de notas y el bolígrafo que había a un lado.

—¿Por qué apuntaste la cena del viernes?

—¿Qué? —pregunté desde el baño de la habitación, donde me había ido a lavar los dientes.

—Que por qué apuntaste la cena del viernes —repitió tras caminar hacia allí, mirándome a través del espejo para mostrarme un punto exacto del bloc de notas—. Es el cumpleaños de Gregor, vamos a ir a comer a su pizzería favorita y de copas.

—Ah... —vocalicé malamente antes de arrojar la espuma y enjuagarme la boca—. ¿Se supone que íbamos a ir juntos? —pregunté, dejando el cepillo de dientes junto al suyo en el vaso.

—Claro, Freddy —respondió, como si fuera obvio—. Es su cumpleaños, no es una cosa solo de compañeros de trabajo. Todos van a llevar a sus... —se detuvo.

Me volví hacia él con una ligerísima sonrisa y me crucé de brazos, apoyando la cadera en el lavabo, deseoso de oírle continuar.

—A sus... personas... especiales —dijo.

—Wow... —murmuré, arqueando las cejas.

—Bueno, el caso es que me gustaría que vinieras conmigo —concluyó, agitando su mano libre en el aire como si así pudiera disipar aquel momento que acababa de vivir.

—Esa es la clase de cosas que me tienes que decir antes —le recordé, pasando por su lado en dirección al armario empotrado—. Creí que ibas a ir solo tú.

—No... te lo dije —insistió con tono cansado, apoyando el hombro en el marco de la puerta para mirarme vestirme—. Te dije: Freddy, este viernes es el cumpleaños de Gregor, tenemos que comprarle algo.

—Chris, muchas veces cuando hablas, tocas tantos temas a la vez que me pierdo —le aseguré, algo que ya sabía de sobra. Al terminar de ponerme la camiseta, me giré a mirarle—. Entre las cosas que se te olvida decirme y las cosas que das por hecho que me has dicho, no me entero de nada.

El bombero resopló, puso los ojos en blanco y se apartó del marco de la puerta para acompañarme al salón y decirme:

—Pues no hace que compres comida para la cena del viernes, nos vamos al cumpleaños.

—No puedo ir —murmuré, bajando la bicicleta de la pared—. Ya tengo planes.

Chris se detuvo en seco y me miró con el ceño fruncido.

—¿Qué planes? —quiso saber.

—He quedado a tomar una copa con Mcmilliam, el piloto.

Entonces se hizo el silencio, solo interrumpido por el «clic» del seguro de mi casco al juntarse. Cuando miré a Chris, le vi con los labios entreabiertos y expresión cercana a la sorpresa. Poco a poco, su mente fue procesando aquello y terminó por bajar la mirada a un lado y asentir.

Christian King no estaba preparado para una relación seria, pero yo sí lo estaba. Si nosotros no estábamos juntos, significaba que yo estaba soltero y podía ir a tomarme copas con quien quisiera, y eso iba a hacer.

No era un truco ni una estrategia, ni era mi intención hacerle daño con aquello; pero no quería caer en la trampa que era amar a alguien como él. Vivir en un Limbo que no iba ni adelante ni atrás. Quedarme sentado y esperando a que Chris decidiera si quería estar conmigo.

No.

—Creía... —murmuró, tratando de sonar todo lo desinteresado posible al respecto—, creía que habíais dejado de hablar.

—Sí, durante un tiempo. Me dijo que estaba muy ocupado con los viajes, que era temporada alta, pero esta semana me ha enviado un mensaje diciendo que había vuelto a la ciudad y que le encantaría poder invitarme a esa copa.

—Ahm... —afirmó él—. Pues... entonces iré yo solo al cumpleaños.

—Mándale felicitaciones a Gregor —dije, abriendo la puerta de casa para sacar la bicicleta—. Nos vemos el sábado.

Chris no respondió, salió al pasillo y me miró marcharme desde el borde de la puerta.

Casi me esperaba que esos tres días durante su turno de trabajo, la situación fuera extraña y los acostumbrados mensajes se volvieran raquíticos y breves, pero me equivoqué. Chris se comunicó conmigo con la misma fluencia de siempre, quejándose, la mayoría de veces, y otras veces enviándome fotos subidas de tono para un poco de sexting nocturno. ¿Y quién le decía que no a imágenes de Christian King con su uniforme de bombero a mano y la piel torneada por el sol tras su viaje? Woff, woff...

Nunca me aburría de verle, no importaba cuantas imágenes y videos hubiéramos intercambiado ya. No importaba cuantas veces le hubiera visto desnudo y hubiéramos follado. Chris tenía algo mágico para mí, algo especial y siempre fascinante. Era algo en el profundo azul de sus ojos almendrados, en su sonrisa perfecta, en su cuerpo musculoso, en la forma en la que te miraba mientras es mordía el labio inferior y la manera en la que jadeaba suavemente tu nombre.

Y eso era un problema.

Estar enamorado de Christian King era un terrible problema. Uno que podría haber evitado pero no había querido evitar y ahora ya era tarde.

Saber eso no cambiaba nada, por supuesto, aunque era importante tenerlo en cuenta. Ahora, cada vez que entraba en la app y pasaba perfiles, solo pensaba en «nadie es como él». Y, la verdad, no creía que nadie lo fuera, ni que me pudieran dar lo que él me daba.

Pero me forzaba a seguir adelante; a volver a conocer hombres y retomar las citas decepcionantes, porque sabía que era lo mejor para mí. Mcmilliam simplemente fue el que me dio menos pereza ir a ver.

Así que el viernes, volví a casa del trabajo, me puse una camisa bajo la cazadora de cuero y salí del apartamento sin siquiera retocarme el peinado. Llegué al pub cinco minutos tarde y mojado por la lluvia que caía aquella noche, buscando al piloto entre la gente que abarrotaba el local del centro.

Había sido idea suya reunirnos por esa zona, porque decía que prefería una buena pinta a cualquiera de los cócteles del Gay Village, lugar que no le gustaba visitar demasiado. Él vivía «fuera del ambiente». Así que le había mandado la dirección de uno de mis pubs favoritos.

—Alfred —oí una voz a un lado.

Cuando me volví, vi a Mcmilliam. Era un hombre bastante atractivo, con sus buenos treinta y cinco, ojos azules, barba corta color avellana, peinado clásico color moreno y cara de buenazo. Era uno de estos hombres grandes y altos que te imaginabas más arando un campo en Wessex que pilotando un avión; pero ese era parte del encanto que me atrajo de él.

—Perdona por llegar tarde —me disculpé, acercándome a su mesa en la esquina del local, justo frente a la ventana—. El tráfico era un horror.

—No te preocupes —sonrió, echando un vistazo al reloj de su muñeca—, no llegas ni cinco minutos tarde.

Sonreí y asentí, sentándome frente a él en la silla. El piloto se había puesto una camisa de vestir que marcaba su ancha espalda y, con ella, casi parecía más fuerte que gordo. No es que estuviera gordo tampoco, solo tenía un poco de barriga.

—¿Qué tal el verano? —pregunté.

—Pues con mucho trabajo —respondió, entrelazando los dedos sobre la mesa de pino negro—. Las vacaciones siempre son un caos para nosotros. Estaba deseando poder volver a casa y descansar. ¿Y tú qué tal?

—Bien, volví esta semana a comisaría y mi compañero de ruta tuvo un accidente, así que estuve haciendo la ronda solo y cubriendo todo el papeleo.

—Oh, espero que esté bien —murmuró él, frunciendo ligeramente el ceño—. ¿Fue algo relacionado con un incidente violento o...?

—Oh, no, no —me reí—. Se cayó en la piscina de su casa.

—Ah... —murmuró Mcmilliam antes de sonreír—. Supongo que al final ser policía y piloto no resultan trabajos tan emocionantes como la gente se cree.

—Estoy seguro de que no —respondí con un profundo asentimiento—. Mis amigos se creen que voy con el arma en alto, resolviendo crímenes o participando en emociones persecuciones de película, pero la mayoría del tiempo estoy rellenando formularios de denuncias y atendiendo a borrachos.

El piloto volvió a soltar una de esas vagas y casi inaudibles carcajadas, casi más parecidas a golpes de aire. En ese momento me ofrecí a ir a pedir de beber y regresé un par de minutos después con una pinta negra en cada mano. Por alguna razón, me sorprendió que Mcmilliam no hubiera sacado el móvil ni nada para entretenerse, sino que había esperado allí sentado, contemplando la lluvia a través del cristal.

—¿Eres un psicópata? —le pregunté, dejando la cerveza frente a él antes de sentarme.

—¿Qué? —sonrió, ladeando el rostro y frunciendo el ceño con curiosidad.

—Si eres un psicópata —repetí—. No has sacado el móvil mientras esperabas.

—Ah —comprendió, volviendo a reírse un momento antes de continuar—. No, no uso mucho el teléfono. No tengo redes sociales ni nada así, solo... —y bajando el volumen en tono confidente, me dijo—: la app. Pero incluso esa la uso muy poco.

—Mmh... —asentí tras beber un trago y lamerme la espuma del bigote—. ¿Tú también tuviste un montón de desastrosas citas?

—Sí... Me he encontrado con algunos personajes bastante variopintos a lo largo de los años.

—Qué bien, así no tendrás el listón muy alto conmigo —sonreí.

Mcmilliam volvió a reírse y empecé a pensar si no sería algún tipo de tic nervioso. No creía que yo estuviera siendo tan gracioso, la verdad.

—La verdad es que me gustaste mucho cuando tomamos el café —me confesó—. Pero tenía mis sospechas.

—Oh, hágame de eso —le pedí con interés—. Todo consejo es una mejora.

—No, no por nada que hicieras o dijeras —se apuró a corregirse, dejando la pinta a medio camino de sus labios antes de beber—. Es más bien porque, con mi trabajo, hay épocas en las que no paro. No sabía si serías de los que insisten, de los que se olvidan rápido o de los que están dispuestos a algo más lento y pausado.

—Pues no tengo prisa, la verdad —respondí—. Me gusta tener pareja, pero no soy de los que fuerzan nada. Si surge la magia, perfecto, sino, siempre podremos ser amigos.

Mcmilliam sonrió y asintió, al parecer, bastante complacido con mi respuesta.

Después, la conversación derivó en temas más neutros, como en el primer café que tomamos, hasta alcanzar un giro más intimista. El piloto, quien no se había bajado ni la mitad de su pinta en la hora que llevábamos hablando, quiso preguntar sobre «relaciones».

—Tuve una relación seria de cinco años, pero me engañó —resumí rápidamente.

—Mmh, vaya. Yo tuve dos: una de tres años y otra de uno y medio; por suerte ninguno de los dos me engañó, pero las cosas no terminaron de encajar. Mi primer novio, Philip, era informático en una multinacional; Trevor, el segundo, era piloto comercial como yo. Ya te imaginas qué desastre para coincidir en horarios.

—Pues aún aguantasteis si pasó año y medio antes de romper.

—Sí, pero creo que fue más por pereza que por otra razón. No creo que nos viéramos más de cuatro meses en persona durante ese tiempo.

—Oh.

—También tuve una... especie de relación, aunque creo que no se pueda considerar algo serio —continuó—. Fue con un azafato, pfff... —resopló, bajando la mirada a su pinta antes de arquear las cejas—. Ya me habían advertido que no me liara con azafatos, pero no escuché y pasó lo que pasó.

—Suena emocionante.

—No, en absoluto —aseguró—. Al principio parecía muy dulce y agradable, pero después no paraba de llamarme y querer saber dónde estaba... estaba un poco loco.

—Sí, por desgracia nos llegan bastante denuncias a comisaría de casos de...

—¡Freddy!

Me quedé congelado al instante. Parpadeé y me di la vuelta, encontrándome con, por increíble que parezca, Christian King.

Aunque, la verdad, creo que cualquiera lo hubiera visto venir.

Razón 39: hundirme en la mierda

Christian King llevaba su chubasquero transparente, su camisa de camaleones y sus botas de montaña; y, por alguna razón, uno de esos sombreros con paraguas incluidos, unos globos anudados a las muñecas y una cinta de cumpleaños que decía: «felicidades hombre oso».

—Chris... —murmuré viéndole acercarse con una gran sonrisa.

—Joder, te estás perdiendo un cumpleaños increíble —empezó a decirme justo antes de inclinarse para darme un beso en los labios—. La pizza estaba riquísima y después nos hemos ido de ruta de bares, ya llevo como seis pintas. ¡Mira a los chicos! —exclamó, señalando al grupo de personas que empezó a invadir el pub—. ¡Gregor! ¡Gregor! ¡Greeegooooorr!

El grupo coreó aquello con las manos en alto, dando palmaditas en la espalda a su amigo, el cumpleañosero, quien ya debía llevar diez pintas encima solo por lo roja que tenía la cara y lo que le estaba empezando a costar andar recto.

—Después nos vamos a ir a su casa a terminar la noche —me dijo Chris, agachándose sobre mí para susurrarme aquello como si fuera un secreto al oído.

Entonces se puso de cuclillas en el suelo y me pasó la mano por la cintura, animándome a levantarme.

—Tienes que venirte, Freddy.

Mi respuesta iba a ser un cortante «no», de esos que esconden una nada sutil amenaza y una evidente advertencia; por desgracia, la caballería llegó antes.

—¡Alfred! —gritó Ron, acercándose junto con Sally—. ¿Cómo no has venido al cumpleaños? ¡Estábamos todos allí! ¡Te echamos en falta, campeón!

—Ya, no, es que... —empecé a decir cuando me dio un golpe en el hombro.

—Mira que dejar al pobre Prince solo —atajó Sally, la bombera que siempre atendía la entrada y las llamadas—. Ya sabes cómo es, tienes que cuidar de tu chico o se va a echar a perder.

La mujer lo dijo como una broma que los tres compañeros de trabajo compartieron en una carcajada. Yo miré fijamente a Chris y ladeé el rostro. Ya sabía lo que pensaban todos de nosotros: nuestros amigos, los compañeros de trabajo... incluso la mayoría de gays del Village. Todos daban por hecho que estábamos *juntos*.

Y era obligación de Christian King negarlo, porque él no quería nada serio. Pero ahí estaba, riéndose como si tuvieran razón antes de responder a mi mirada y encogerse de hombros.

—¡Ahora tienes que venirte! —concluyó Ron, haciendo un gesto animado para que me uniera a la fiesta—. ¡Daniella, pide una pinta para Alfred!

—Que sea un submarino —le corrigió Sally.

—¡Un submarinoooo!

—Ehm... será mejor que me vaya —murmuró Mcmilliam, el cual seguí allí, al otro lado de la mesa mirando todo aquel espectáculo.

—Lo siento muchísimo —me disculpé al momento.

—No, no te preocupes —sonrió él, levantándose de la silla para ponerse su cazadora beige—. Ya nos tomamos una copa otro día.

—Claro... —murmuré, seguro de que era una de esas cosas que decías para quedar bien, pero que jamás se harían realidad.

Sin embargo, no sentí pena por perder al piloto. Era muy agradable y tenía potencial, pero no sentí nada por él. Lo que sí sentí fue una profunda rabia contenida por Christian King, el cual se giró por primera vez hacia Mcmilliam con una leve sonrisa en los labios antes de decirle:

—Adiós, campeón...

Le siguió hasta que desapareció por la puerta y, después, bajó la mirada hacia mí, encontrándose con la clase de expresión que nunca querías ver en mi cara.

—Freddy... —empezó a decir.

—Viniste aquí a propósito —le corté.

—Hay como cien pubs en el centro, no...

—Pero tú sabías que este es uno de mis favoritos —le interrumpí de nuevo, levantándome de la silla para encararme a él—. Así que te trajiste a todo el grupo hasta aquí...

Chris al fin dejó de hacerse el tonto y, más importante aún, el borracho. Llevaría dos o tres pintas, pero ni de broma las seis que decía.

—Freddy... —repitió en un tono más lento—. Los cojones... ¿entiendes?

El momento en el que «los cojones» se había convertido en una especie de contraseña para «tengo derecho a marcar territorio», se me escapaba; porque cuando yo lo había dicho, había sido en un contexto completamente diferente.

—No, no lo entiendo —le aseguré—. Lo que entiendo es que no quieres nada y no quieres dejarme tener nada.

Chris entreabrió los labios e hizo un círculo con sus ojos, recorriendo el borde de sus párpados hasta volver a mirarme.

—¿Qué esperas que haga, Freddy?, ¿Qué me quede mirando cómo un gilipollas te aparta de mi lado? Pues eso no va a ocurrir —declaró, teniendo los cojones de ponerse gallito y pegar su frente a la mía.

Quizá sí llevara más de tres pintas y el alcohol le hubiera nublado los sentidos.

—Eres un puto egoísta —le dejé bien claro mientras hundía mi dedo en su pecho—. Me quieres arrastrar contigo a la mierda. Quieres hacerlo todo a tu manera y esperas que yo me quede esperando como un subnormal a que te decidas a solucionar tus problemas y comportarte como un hombre adulto —le solté, tan cerca del rostro que llegué a mancharle con gotas de saliva—. ¡Pues eso no va a ocurrir porque a mí no me sale de *los cojones*! ¿Me oyes?

—¡Lo hago por ti! —tuvo el valor de gritarme a la cara—. ¡Por nosotros! ¡Solo intento que esto salga bien!

—¡No, lo que intentas es buscar excusas y engañarte a ti mismo! —le grité de vuelta. Si los demás clientes ya nos estaban mirando y escuchándonos discutir como si estuviéramos a punto de empezar a puñetazos, me importaba bien poco—. ¡Nosotros ya somos pareja! ¿No lo ves? ¡Llevamos siendo novios mucho tiempo, Christian! ¡Eres tú el único que se niega a verlo!

—No... —jadeó, como si se hubiera quedado sin aire. Entonces retrocedió un paso y tragó saliva—. No me niego a verlo, pero... sé como soy. De verdad, es mejor...

—No —le interrumpí, girándome para quitar la cazadora del respaldo de mi silla—. Si te sientes atrapado y decides follarte a un cualquiera, o a tu ex, o a todo el Gay Village para huir de mí, hazlo. Yo no voy a seguir con esta gilipollez —declaré, poniéndome la cazadora de camino a la puerta del local.

Christian King se quedó atrás y no volví a verle hasta la mañana siguiente.

Como me esperaba, cuando le vi entrar en casa tenía los ojos húmedos y algo que decirme. Esa vez no habría vuelta atrás.

Razón 40: decepcionarme

Chris se sentó en su taburete frente a la isla de la cocina y me miró a los ojos. No dije nada, sorbiendo un trago de mi café recién hecho, a la espera de que me soltara lo que tenía que soltarme y después empezara a embalar sus cosas para largarse de mi casa y no volver jamás.

—Te quiero muchísimo, Freddy —me dijo.

—Me quieres tanto que te has follado a otro —respondí, incapaz de que mi voz no sonara fría y herida—. Pues muy bien, coge tus cosas y lárgate.

—No.

Se me escapó una pequeña risa, como un jadeo incrédulo seguido de un cabeceo de negación.

—¿Qué no? Madre mía... Te aseguro que vas a irte de mi casa, si es andando por la puerta o de cabeza por la ventana, es elección tuya.

—No —repitió, bajando la mirada a la mesa—. No me he follado a nadie.

Eso no me lo esperaba. Por un momento me quedé en blanco, perdiendo ese valor bravo y violento que me había invadido. Fue como explotar un globo, dejándome vacío por dentro.

—¿No? —pregunté.

Chris negó con la cabeza, volviendo a mirarme con sus ojos húmedos y brillantes.

—Después de que te fueras, volví a mi viejo apartamento y me quedé en vela, bebiendo y pensando. Todavía sigo algo borracho... —murmuró, frotándose el rostro antes de pasarse las manos por los ojos para aclararlos un poco—. No quiero perderte. Eres increíble, Freddy. Me haces muy feliz.

Dejé la taza de café sobre la mesa y, sin saber qué más hacer o qué decir, me levanté para ofrecerle una. Cuando volví con ella en la mano y se la dejé delante, Chris tomó una profunda respiración y la miró con ojos enrojecidos de llorar.

—Pero... ¿te has empezado a sentir atrapado o frustrado o... aburrido? —le pregunté.

—No. Hasta ahora todo ha ido genial —murmuró—, pero tengo miedo de que, si esto se vuelve algo serio de verdad, las cosas cambien...

—Esto ya es serio de verdad, Chris —le aseguré—. Míranos. Llevamos meses viviendo juntos.

—Lo sé —afirmó—, sé que sí, pero no quiero pensar que sí. ¿Lo entiendes?

No, no lo entendía, pero en pos de la conversación, asentí.

—¿Has pensado que, quizá, si te vuelves a sentir así significa que aún no estás preparado? O que quizá yo no sea el correcto...

—Sí, sí que lo eres —me cortó en seco, dedicándome una mirada por el borde superior de los ojos—. Vamos, Freddy. Sabes que lo eres. Estoy loco por ti.

Puede que lo supiera, pero es de esas cosas que te niegas a creer hasta que las oyes decir en alto. Entonces notas un calor recorriéndote de arriba abajo y te sientes más vivo que nunca.

—Y yo por ti —concluí.

Chris soltó un jadeo de risa triste y negó con la cabeza.

—¿En serio? Porque lo de seguir en la app no...

—No te atrevas —le interrumpí con un dedo en alto hacia él antes de dar un golpe seco con el en la mesa—. Sabes lo que quiero, siempre lo has sabido: yo no ando con tonterías. A mí me gustan las parejas serias y la monogamia. Que me hiciera el gilipollas todo este tiempo es solo porque me gustas demasiado y te quiero; pero no voy a quedarme estancado contigo en una relación sin futuro.

—¿Crees que no tenemos futuro? —preguntó.

—Creo que tenemos muchísimo futuro si tú te decides de una puta vez a dejar las cosas claras —respondí—, pero, sino, no. Esto es como vivir atrapado en un Limbo de contradicciones: no somos novios, pero sí; estamos solteros, pero no quedamos con otras personas; nos queremos, pero no podemos decirlo; nos presentan como pareja, pero ninguno de los dos nunca les corrige...

Chris fue asintiendo a todo lo que le decía, cabeceando sin parar mientras daba vueltas a la taza de café entre las manos.

—¿Y si sucede? —preguntó entonces—. ¿Y si vuelvo a joder esto como he jodido todo lo demás?

—Pues que se acabó —le dejé bien claro—. Si te sientes atrapado o angustiado o lo que sea, prefiero que me lo digas antes de engañarme. Entonces terminaremos y seguiremos adelante.

—Buff... —resopló él—. A veces sueñas muy frío, Freddy... como si no te importara.

—¡Claro que me importa! —exclamé, volviendo a golpear la mesa con el puño—. Pero es lo que hay. Empiezas una relación y a veces no sabes cómo va a terminar. ¡No puedes estar nunca seguro de que va a funcionar! ¡Mírame a mí, cinco años con el gilipollas de Pet, creyendo que nos íbamos a casar y a tener dos hijos y va y el muy cabrón me deja de lado y me engaña! ¡Es lo que hay!

Mis palabras dejaron un profundo silencio en la casa, así que tomé una buena respiración y me calmé.

—Lo que quiero decir, Chris, es que la vida da muchas vueltas. Ya tengo cuarenta buenas razones para no estar contigo, pero aun así, muchísimas ganas de intentarlo. ¿Entiendes?

El bombero levantó la mirada hacia mí y sonrió levemente.

—¿Cuarenta?, ¿en serio?

Asentí.

—Espero que ninguna tenga que ver con el sexo —bromeó.

—No, ninguna que tenga que ver con nosotros en la cama o con tu cuerpo o con tu polla. De hecho, creo que esas son de las grandes razones para estar contigo.

—Oh, ¿y cuales son las otras? —preguntó, llevándose el café a los labios.

—Hay varias.

—¿No me las vas a contar? —me tentó, sonriendo un poco antes de encogerse de hombros con inocencia.

—Creo que ya las sabes, Chris —le aseguré.

—Vamos... dale a tu hombre un poco de ego...

Me llevé el café a los labios y arqueé las cejas.

Justo lo que Christian King necesitaba, más razones para pavonearse por ahí.

Razón 1: hacerme feliz

A finales de septiembre, Christian King dejó de pagar el alquiler de su apartamento en la zona universitaria y se mudó oficialmente a mi casa.

Aquel cambio sonó mucho más importante y significativo de lo que realmente fue, porque prácticamente ya se había traído todas sus cosas y lo único que quedaba era recoger y limpiar aquella pocilga antes de que llegara el casero.

Esperamos a que terminara su turno en el parque de bomberos y fuimos hasta allí con productos de limpieza y un rollo entero de bolsas de basura tamaño maxi. Chris creyó que exageraba al haberlas comprado, hasta que empezamos a recoger y, solo con la basura acumulada, llenamos dos bolsas enteras.

—¡Ah, joder! —chilló en un momento, saltando para subirse al sofá antes de que me diera la vuelta.

—Es solo una araña, Chris —murmuré, acercándome.

—¡Me da igual, máatala!

Christian King y su pánico por los insectos... Si verle subido a un sofá tras encontrarse una arañita resultaba gracioso, había que verle huyendo de una abeja en mitad del bosque, como si le persiguiera un asesino en serie. Por no hablar de cuando de noche oía un mosquito en la habitación, entonces ninguno de los dos podría dormir hasta encontrarlo y aplastarlo.

—Ya está, tranquilo —le dije, usando el folleto de un restaurante hindú para llevarla hacia la ventana.

—¡Que la mates, joder! ¡No la echas que vuelve!

—A no ser que pueda volar, dudo que vuelva —le aseguré.

La simple idea de una araña voladora hizo que Chris se estremeciera de arriba abajo. Desde entonces estuvo muy atento a cuando recogía algo del suelo, por si debajo había otra inesperada sorpresa.

—¡Ya limpio yo el baño! —le dije en alto, nada más encender la luz y ver una cucaracha arrastrándose por la pared.

Si el bombero veía eso, traería un lanzallamas.

Nos llevó todo el día, pero al fin conseguimos dejarlo irreconocible. De hecho, era un apartamento bastante agradable sin la ropa tirada y la basura acumulada. No muy grande, pero con encanto. Chris echó un último vistazo y suspiró, acompañándome a la puerta antes de cerrar la con llave y mirarme con las cejas arqueadas. Quizá pensando en el capítulo que acababa de cerrar en su vida.

—¿Ya te sientes angustiado? —bromeé.

—No, solo hambriento. ¿Vamos al Takedoki a celebrarlo?

—Suenan bien —respondí, dándole un beso en los labios antes de dirigirnos al ascensor.

A principios de octubre hizo un año de mi llegada a Birmingham y, por extraño que pueda parecer, solo me di cuenta de ello cuando Sarah me recordó la celebración de Policías y Bomberos.

—¿Prince y tú vais a hacer algo antes? —me preguntó ella desde su cubículo, girada en la silla hacia mí y hablándome en alto para superar los dos escritorios de distancia que nos separaban—. Algunos de los chicos están planeando una cena, podríais venirlos.

—A mí no me habló nadie de una cena —se quejó Hansson, levantando la cabeza para dejar de fingir que no nos escuchaba.

—Porque tú no le caes bien a nadie —respondió ella antes de volver a mirarme—. ¿Qué me dices, Alfred?

—Lo siento, ya aceptamos ir a la barbacoa de Mathew esa tarde —respondí.

—Pero después vais a venir al pub, ¿no?

—¿Crees que Chris se perdería esa fiesta? —pregunté sin dejar de teclear en el ordenador.

Por supuesto que no, porque era de sus favoritas junto con Fin de Año y el Orgullo. Cuando fui a buscarle a la salida del parque de bomberos tras su turno, entró como un tornado, me dio un beso en los labios y tamborileó sobre el salpicadero con emoción contenida.

—¡Vamos, no podemos llegar tarde!

—He hablado con Mathew y me dijo que todavía está preparándolo todo —le expliqué, revisando el móvil colgado a un lado por si me había mandado más mensajes—. Me pidió que pasáramos por la carnicería a por un par más de chuletas.

Pasé el brazo por el hueco entre los asientos y le mostré la bolsa.

—Oh, vas a tener el placer de poder verme preparando la parrilla —murmuró con una sonrisa—. ¿Podrás resistirte?

—Woff, woff... —sonreí.

Para cuando terminamos con la barbacoa, Chris ya estaba borracho, gritando gilipolleces por la calle de camino al local hasta que encontró una cinta blanca y roja de unas obras cercanas, la cual se puso a la cabeza como si fuera una diadema de yudo.

Si no hacía esas tonterías, no sería Prince.

Después entró en el pub por todo lo alto, con su brazo alrededor de mi hombro y gritando:

—¡Ya llega la caballería! —a lo que todos gritaron y aplaudieron.

No nos quedamos mucho allí, sin embargo, incitados por los compañeros de la policía aburridos de seguir allí escuchando a los viejos contando sus historias del pasado, de cuando estar en la comisaría era «duro de verdad».

Así que a Chris se le ocurrió llevarnos a todos a uno de esos locales divertidos del Gay Village, uno que habían abierto hacía poco y se estaba llenando más cada fin de semana. Nada más llegar, el bombero se quitó la camisa y pidió otro vodka con lima. Yo me tomé uno con él, pero lo dejé ahí, ya que al día siguiente me tocaba turno de tarde.

Fue más o menos a mitad de la noche cuando ocurrió.

Había salido a acompañar a Fredd a fumar afuera y, al volver al interior, vi a Chris en una tarima. Eso no fue lo sorprendente, lo sorprendente fue ver que Tommy, su ex, estaba con él. El joven tampoco tenía camisa y se acercaba al bombero, el cual continuaba haciendo el tonto, bailando como bailaba él y riéndose.

Por alguna razón, me quedé quieto. Era como presenciar el derrumbe de un enorme edificio, simplemente, no podías dejar de mirar.

Tommy se acercó, le dijo algo a Chris. Él sonrió y asintió y siguió bailando como si nada. Tommy se acercó y, entonces, el bombero se hizo a un lado y, dándole la espalda, continuó a lo suyo. El joven se rio e insistió una vez más, pegándose a él para rodearle con los brazos. Chris también se rio, pero le agarró de los hombros y giró el rostro antes de que pudiera llegar a besarle. Le dijo algo, negó con la cabeza y le apartó. O, al menos, lo intentó, porque Tommy estaba decidido a que esa noche pasara algo.

Se echó sobre él, aprisionándole contra la barandilla y le hundió el rostro en el cuello antes de meterle mano de una forma nada discreta. Chris dejó de sonreír y, con expresión muy seria, le empujó.

No sé lo que discutieron en el tiempo en el que tardé en llegar hasta allí, agarrar a Tommy del hombro y darle tal puñetazo en la cara que le tiró directo al suelo. A nuestro alrededor, todos se detuvieron para mirar el espectáculo, pero antes de que pudiera darle otra patada en la cara, Chris me agarró de los brazos y me llevó con él de allí.

—Vale, ya está... —me dijo, sudado, enrojecido y todavía borracho—. No ha pasado nada.

—¿Qué no ha pasado nada? —pregunté, señalando al interior—. ¿Me estás vacilando, Chris?

El bombero se frotó un momento el rostro y trató de enfocar la vista. Si había algo que a Christian King no le gustaba, era la violencia explícita.

—Relájate, Freddy —me pidió—. Le estaba diciendo que no. Que ahora estamos juntos, ya está. No...

—No, no —me negué—. Lo que tienes que decirle es que, como vuelva a saltarte así encima, le dejo sin putos dientes.

En otro momento, Chris se hubiera puesto muy «woff» con eso, pero no ahora, cuando sabía que lo decía en serio.

—Vale, ya está —insistió, rodeándome con los brazos para darme un abrazo y un beso en el cuello—. Relájate. Es una noche para pasarlo bien.

No tenía ningunas ganas de relajarme, pero apreté los dientes y asentí. Chris no volvió a separarse de mí en toda la noche, convenciéndome para bailar un poco, besarnos salvajemente en el piso superior y llegar a casa para un buen polvo.

A la mañana siguiente, ya ni recordaba el incidente. Dejé a Chris roncando desnudo en la cama y me fui a dar una ducha antes de preparar la comida e irme al gimnasio antes del trabajo. Fue allí cuando, a media tarde, Tommy hizo su gran aparición.

Entró en la comisaría con el ojo amoratado y cara de enfado, no paró hasta encontrarme sentado en mi escritorio y empezó a gritar:

—¡Tú! ¡Te voy a demandar, hijo de puta! ¡Eres un cabrón! ¡Perseguiste a Prince hasta que al fin conseguiste comerle la polla y convencerle para que se mudara contigo! ¡No eres más que una puta cerda y un roba-novios!

La escenita llamó mucho la atención y casi se hizo el silencio en toda la planta. Por desgracia, el capitán también lo oyó, saliendo de su despacho para ver qué sucedía. Yo no me moví de la mesa, mirando a Tommy, cada vez más enfadado, acusándome de las más absurdas barbaridades y, lo más preocupante, de agresión policial y haberle dado una paliza indiscriminada.

—Disculpe —le interrumpió Sarah, levantándose de su asiento para reajustarse la cintura del pantalón y caminar hacia él—. ¿Quiere poner una denuncia?

—¡Sí! ¡Ese hijo de puta me dio una paliza y me robó a mi novio!

—No es posible poner denuncias por infidelidades fuera del matrimonio —respondió ella calmadamente, con ese tono frío y neutro que siempre usaba con los locos—. En cuanto a la agresión, dígame, ¿estaba el agente Whitechapel uniformado?

Tommy se detuvo un momento, miró a la agente Smith y después a mí.

—No... —gruñó con los dientes apretados.

—¿Le mostró la placa antes de pegarle o llevaba alguna acreditación que le identificara como policía?

—¡Todos saben que es policía! —chilló él, alzando las manos en alto.

—Respóndame, por favor.

Tommy no lo hizo, solo continuó insultándome hasta que a Sarah no le quedó otra que agarrarle de las muñecas y ponerle contra una mesa, ya que al genio del joven no se le ocurrió otra cosa que ponerse violento.

—¡Te voy a arruinar la vida! ¿Me oyes, hijo de puta? —me gritó mientras se lo llevaba en dirección a la salida.

—Whitechapel —me llamó entonces el capitán, haciéndome una señal hacia su despacho con expresión muy seria.

Apreté los dientes y me levanté.

El capitán me puso una amonestación leve y una advertencia. Se tomaba muy en serio los escándalos y la imagen de la Scotland Yard y cosas como aquella eran las que hacían que la gente de la calle perdiera la fe y el respeto en las fuerzas del orden.

Acepté todo aquello con un asentimiento y le di las gracias, yendo de vuelta a mi asiento.

Lo que sucedió esa noche, no lo presencié, pero me lo contaron varias personas, aunque las versiones variaran.

Christian King fue directo al Gay Village, buscó a Tommy por todas partes y, cuando le encontró con su grupo de amigos y el ojo morado, contando mierda sobre mí, le agarró de la camisa y le dijo: «eres patético», según unos, «Alfred es mi novio, gilipollas», según otros, «tu y yo hemos terminado para siempre», dijeron los más dramáticos... aunque todos coincidieron en algo.

—Olvídate de mí, y como vuelvas a molestar a Freddy, te mando directo al hospital.

Chris no me contó nada de ese momento, solo volvió a cada muy enfadado y me dijo:

—Tommy ya no será un problema nunca más.

Razón 2: esforzarse por mejorar

Es increíble el daño que alguien resentido puede llegar a hacer.

Aceptar la realidad es a veces complicado. Asumir la pérdida, pasar página y rehacer tu vida... A algunas personas les cuesta bastante. No son capaces de procesar el dolor y se vuelven destructivas, como bombas de metralla explotando con intención de causar el mayor daño posible antes de desaparecer.

Eso hizo Tommy.

No conmigo, porque, fuera lo que fuera lo que Chris le hubiera dicho esa noche, le convenció para no atacarme más. No directamente, al menos; pero no pudo resistirse a arrastrar mi nombre por el Gay Village.

Fred y sus amigos me lo contaron: Will, Paul, Isaac... todo el grupo había oído lo que decían de mí, pero también lo que pensaban los demás.

—Y le dije, mira, nene, es Prince, ¿sabes? —declaró Jamie, contándome aquello de esa forma amanerada y tan graciosa—. No estamos hablando de la puta virgen de la castidad ni de tu maridito de hace diez años. Tú se lo robaste a otro y otro te lo robó a ti. A-cep-ta-lo. Y yo estaba en ese club cuando Alfred te dio esa hostia y te lo mereces, so puta. No vayas de digna ahora —terminó, chiscando los dedos.

Y ese fue un buen resumen de lo que la mayoría pensaban. No puedes quejarte de que Christian King te ha dejado por otro, porque Christian King es esa clase de hombre y había una lista entera de personas a las que le había pasado lo mismo.

Si yo sería una de ellas algún día, aún estaba por ver.

Pero la cosa iba bien, la verdad.

Ya fuera porque, después del puñetazo a Tommy, se lo pensarán dos veces antes de acercarse a Chris; o porque ahora solíamos salir casi siempre juntos; o porque, incluso estando solo, el bombero ya no se dejaba tocar y dar besitos tontos.

Pero fue Gregor, su compañero de trabajo y mejor amigo, el que la noche de Fin de Año se me acercó en la barra del club y me dijo:

—Tienes a Prince loco, ¿lo sabías?

—No me culpes de eso, ya estaba loco de antes.

—No... —se rio, buscando a la camarera con la mirada antes de hacerle una señal para que se acercara—. Digo que le tienes «loco» de verdad. —Tras pagar la cerveza, se giró hacia la gente y apoyó el codo en la barra—. Me ha pedido que le vigile si bebe demasiado y pierde el norte. Ya sabes... si se le pasa por la cabeza alguna tontería.

—Ahm... ¿y has tenido que salvarle muchas veces? —pregunté con un vago interés.

Gregor se encogió de hombros, ladeó el rostro y me miró con sus ojos negros.

—No, por eso sé que le tienes loco. Está haciendo todo lo posible por no estropearlo esta vez.

—Lo sé —murmuré, mirando a lo lejos a Chris en el escenario, presentando al siguiente grupo de personas que se subirían al karaoke.

Parecía tan feliz y animado como siempre, aunque yo sabía que todavía seguía afectado por la bomba de metralla que su ex le había lanzado a la cara. Tommy hizo toda una campaña de difamación contra él, hasta el punto de contar cosas muy privadas o incluso mentir.

Lo que fuera necesario con tal de hacerle daño.

—Me fascina que sea tan feliz con Marcus y aún tenga tiempo para echarte mierda —le dije cuando, en los festivos de enero, me lo había llevado conmigo a Londres para conocer a la familia.

—Sí, la verdad es que es raro —murmuró con la mirada puesta en el móvil—. Aunque es verdad que Marcus la tiene grande, es así y tampoco puedo hacer nada al respecto.

—«El único hombre que me ha hecho disfrutar de verdad» —leí en voz alta al pie de la imagen—. Eso no se lo cree ni él.

—Meh... No sé, a Tommy no le gustaba mucho cómo se lo hacía —respondió, dejando el móvil a un lado para girarse hacia mí en la cama—. No le gustaba que se la chupara y que dijera gilipolleces al follar.

—Ojalá pudiera decir que me sorprende, pero no —murmuré—. ¿Por qué no le bloqueas? Te ahorrarías tener que verle haciendo el subnormal y diciendo tonterías.

—Pensé en hacerlo —reconoció—, pero me di cuenta de que realmente no me molesta. Además, si le bloqueo, no podría ver lo feliz que soy contigo —sonrió.

Puse los ojos en blanco y me moví para colocarme sobre él.

—Esa es la clase de juegos retorcidos en los que no deberías participar. Bloquéale, olvídale y céntrate en el hombre que importa: yo.

Chris se rio, haciéndome vibrar sobre él antes de rodearme con los brazos y besarme.

—Disculpe, señor Whitechapel, pero, ¿le parece que no le presto la suficiente atención?

—Pues llevo diez minutos cachondo y tú ni te has dado cuenta, así que... —ladeé el rostro y apreté los labios.

—Tus padres están abajo —me recordó—. No quiero que me oigan diciendo que voy a rellenar a su hijo como a un pavo.

—Tranquilo, yo te tapo la boca... —sonreí, empezando a ponerme a horcajadas sobre él.

—Woofffff... —resopló.

Razón 3: ser el hombre de mi vida

El día que Christian King se casó, una leyenda murió, pero nadie se sorprendió de ello.

Prince ya no era el mismo.

Sí, seguía siendo el alma de las fiestas, vistiéndose de forma ridícula y haciendo el gilipollas, pero ya no era el chico de una noche del que todos hablaban.

Si alguien era nuevo en el Village o estaba despistado, en seguida se lo aclaraban.

—Ni lo pienses, está con Alfred —eso es lo que solían decir.

Y si, aún así no lo pillaban, Chris se lo decía.

—Lo siento, pero tengo novio.

Y si eso no era suficiente, yo se lo decía. Eso siempre les quitaba las ganas de seguir insistiendo.

Cuando la situación era a la inversa, Chris no esperaba a que nadie tuviera que informar al desconocido, simplemente se echaba sobre mí y me comía la boca hasta que se fuera.

Después se ponía muy «woff, woff» y me llevaba con él a alguna parte.

Al terminar, siempre suspiraba y decía:

—Te amo...

